

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL

RICARDO GARCÍA JAIME



LA EXPERIENCIA
DEL PLACER SEXUAL
EN MUJERES JÓVENES:
DISCURSOS, PRÁCTICAS Y AGENCIA

+Horizontes
Educativos

Esta investigación analiza el placer sexual como una construcción social en la que se relacionan procesos macrosociales (discursos del sexo) y microsociales (percepciones, significados de las prácticas sexuales). Aspira a revertir la tendencia a interpretar las prácticas sexuales como asuntos íntimos, y también a redirigir la atención de quienes producen el conocimiento científico hacia un fenómeno descuidado desde distintas disciplinas: el placer sexual de las mujeres.

Se parte del supuesto que la significación de la experiencia del placer sexual está estrechamente vinculada a hechos sociales, objeto de largos periodos de negociación histórica, así como a representaciones de las mujeres emanadas desde regulaciones del género, y sostiene la existencia de agentes (pares, familiares, entre otros) y discursos (pedagógico, médico, y otros más) mediadores en la significación de la vivencia del placer sexual.

Desde un enfoque teórico sociológico que retoma a Michel Foucault, Gayle Rubin, Anne Koedt, Jane Gerhard, Randal Collins y Daniel Jones (por mencionar algunos), se realiza una aproximación a la producción de subjetividades, relaciones de poder, dispositivos y discursos, cristalizados en la experiencia del placer sexual, que se resignifica mediante la experiencia y la agencia sexual de las mujeres entrevistadas

La experiencia del placer sexual
en mujeres jóvenes:
discursos, prácticas y agencia

Ricardo García Jaime

*La experiencia del placer sexual en mujeres jóvenes:
discursos, prácticas y agencia*

Ricardo García Jaime

Primera edición, 31 de agosto de 2023

© Derechos reservados por la Universidad Pedagógica Nacional. Esta edición es propiedad de la Universidad Pedagógica Nacional, Carretera al Ajusco núm. 24, Colonia Héroes de Padierna, CP 14200, Ciudad de México.

www.upn.mx

Esta obra fue dictaminada por pares académicos.

ISBN 978-607-413-488-9

Nombre: García Jaime, Ricardo

Título: La experiencia del placer sexual en mujeres jóvenes: discursos, prácticas y agencia

Descripción: Primera edición | Ciudad de México : Universidad Pedagógica Nacional, 2023 | Serie: Horizontes educativos

Identificadores: ISBN 978-607-413-488-9

Temas: Mujeres jóvenes – Conducta sexual – Ciudad de México

Clasificación: HQ27.5 G37 2023

Queda prohibida la reproducción total o parcial en cualquier medio sin la autorización expresa de la Universidad Pedagógica Nacional.

Hecho en México.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
CAPÍTULO 1 EL PLACER SEXUAL EN INVESTIGACIONES CONTEMPORÁNEAS	23
CAPÍTULO 2 CON FOUCAULT Y MÁS ALLÁ DE ÉL: UN ABORDAJE SOCIOLOGICO DEL PLACER SEXUAL	73
CAPÍTULO 3 HORIZONTE METODOLÓGICO Y CONTEXTO DE LA INVESTIGACIÓN	105
CAPÍTULO 4 LOS SIGNIFICADOS DEL PLACER SEXUAL EN MUJERES JÓVENES	125
CONCLUSIONES.....	181
ANEXOS.....	193
REFERENCIAS.....	197

*Muchas personas contribuyeron en la elaboración de esta obra,
a todas expreso mi agradecimiento,
sin embargo,
destaco de manera especial la participación de la
Dra. Olga Sabido Ramos,
sin su dirección este texto no sería realidad*

*El orgasmo alucinante se ha vuelto un indicador
que define el placer sexual
Jeffrey Weeks*

INTRODUCCIÓN

El placer sexual, aun cuando se trata de un suceso que ha adquirido mayor presencia en medios como internet o en el ámbito literario, no ha sido posicionado como un objeto de estudio en torno al cual se generen copiosas investigaciones. Esta afirmación es válida tanto para los estudios sexológicos, los cuales se habían asociado por ámbito disciplinar con temáticas relativas al comportamiento sexual, como para las ciencias sociales en su conjunto.

Con respecto a los estudios sexológicos, cabe mencionar que el grueso de su producción editorial se concentra en manuales de respuesta sexual humana, disfunciones sexuales, terapia sexual y en menor caso de textos orientados a mejorar las *habilidades amorosas* de hombres o mujeres, asunto que evidencia su focalización hacia ciertos tópicos, así como su faceta normativa de la *conducta sexual*, la cual le ha merecido amplias críticas (Béjin, 1987; Vendrel, 2004, 2004a).

En cuanto a las ciencias sociales, algunas de sus disciplinas, como la antropología, han considerado al comportamiento sexual —desde sus primeros años como campo disciplinar— un asunto vinculado a procesos culturales, otorgándole gran relevancia. También los textos psicoanalíticos plantearon la *sexualidad* como aspecto esencial en su construcción teórica. Sin embargo, en campos

disciplinares como la sociología o la psicología, en sus vertientes experimentales y anti-psicoanalíticas, el interés por el comportamiento sexual, sea en sus manifestaciones conductuales o en sus significados, se presenta hace apenas unas décadas, derivado entre otros factores de la influencia de los estudios desarrollados en Estados Unidos por Alfred Kinsey en 1948 y 1953, William Masters y Virginia Johnson en 1966 y 1970, y Helen Singer Kaplan en 1975, 1978 y 1979; así como los estudios de Michel Foucault de los años setenta y las aportaciones feministas, entre ellas las de Carol Vance, Gayle Rubin y Teresa de Lauretis, publicadas en 1989.

En el caso de nuestro país, los estudios sociales han generado en las últimas décadas un cuerpo importante de investigaciones en torno a las sexualidades a través de tópicos como las identidades, infecciones de transmisión, el VIH-SIDA, la orientación sexual, el embarazo adolescente, entre otros (Amuchástegui, 2001, 2002, 2005; Sosa, 2005; Sosa, Lerner y Erviti, 2014; Szasz y Lerner, 2005). Sin embargo, el análisis del placer sexual se aprecia como escenario prácticamente desierto. Es en países sajones donde las investigaciones de Braun (2005) o Croissant (2006) abordan el tema del placer sexual y sus implicaciones, al estudiar fenómenos como la masificación del uso de psicofármacos sexuales para hombres y cirugías estéticas genitales en mujeres.

En este contexto, años atrás se llevó a cabo una investigación exploratoria en torno al placer sexual en mujeres de 20 a 40 años de la Ciudad de México (García, Ricardo, 2015), en la cual se documentó no sólo el interés de las mujeres por el placer sexual, sino un conjunto de condiciones desfavorables en torno a las cuales intentaban vivir: reprobación, mandatos contradictorios del quehacer con el cuerpo y represión. Cuando estas condiciones se solventaban de modo que se hallaran ante posibilidades de placer sexual (ya fueran en autoerotismo o en pareja), sus vivencias estuvieron marcadas por tres hechos: a) Posponerlo para experimentarlo en el *entorno adecuado* (vida en pareja heterosexual); b) Significarlo como una vivencia a la que no se accede sólo por el deseo y c) Considerarlo

como experiencia dada por un compañero sexual, siendo éste el responsable de ofrecerlo y el coito el medio idóneo para alcanzarlo.

Los hallazgos de ese estudio contrastaron con un conjunto de supuestos sexológicos, desde los que se concibe al placer sexual como algo acontecido al hallarse ante *estímulos sexuales efectivos*, indistintamente del género, clase u otras condiciones de vida. Lejano a ese escenario, el acceso al placer sexual se apreció como un suceso hipervigilado, materializado en historias de distanciamiento, negación, miedo, confusión e interés ante su encuentro.

Derivado de esos hallazgos, así como de los resultados de estudios latinoamericanos relacionados con las sexualidades (Amuchástegui y Rivas, 2004; Sosa, 2005; Jones, 2010), surgió el interés por realizar una nueva investigación que analizara el placer sexual como una construcción social, con miras a relacionar procesos macrosociales (discursos del sexo) y procesos microsociales (percepciones, significados de las prácticas sexuales), con el doble propósito de revertir la creciente tendencia a interpretar las prácticas sexuales como asuntos íntimos, y redirigir la atención de quienes producen el conocimiento científico, hacia un fenómeno descuidado desde distintas disciplinas: el placer sexual.

Diseñada desde una perspectiva interpretativa, la investigación plantea como objetivo central: conocer la manera en la que mujeres jóvenes, habitantes de la Ciudad de México, significan la experiencia del placer sexual a partir de su propia vivencia y las relaciones con los otros. Adicionalmente se propone: describir el significado que tienen determinadas prácticas sexuales en la significación del placer sexual, identificar agentes e instancias participantes en el proceso de construcción de la significación del placer sexual y distinguir prácticas de resistencia, asociadas con la significación del placer sexual.

La investigación parte de un supuesto general: la significación de la experiencia del placer sexual está estrechamente vinculada a hechos sociales, objeto de largos periodos de negociación histórica, así como de dos supuestos específicos: que la significación del placer se encuentra vinculada a representaciones específicas de

las mujeres, emanadas desde regulaciones del género y, en segundo lugar, que existen agentes (pares, familiares, y otros) y discursos (pedagógico, médico, entre otros) mediadores en la significación de la vivencia del placer sexual.

En su conjunto, objetivos y supuestos intentan ofrecer respuesta a la pregunta de esta investigación: ¿de qué manera significan la experiencia del placer sexual un grupo de mujeres jóvenes de la Ciudad de México?

Considerar al placer sexual como fenómeno social precisa separarlo de planeamientos sexológicos-psicológicos (clínicos) y vincularlo a un enfoque teórico que contribuya a su anclaje sociológico. En este sentido, las aportaciones de Foucault, particularmente las formuladas en la *Historia de la sexualidad*, constituyeron el punto de partida de esta investigación para conceptualizar al placer sexual como un asunto estrechamente relacionado con la producción de subjetividades, relaciones de poder, dispositivos y discursos.

De la vasta producción de Foucault, se retoman tres nociones para el análisis de la experiencia del placer sexual: la presencia de un conjunto de maniobras morales-formativas encaminadas a incidir en su vivencia; un grupo de apreciaciones que lo señalan como asunto propio de los hombres, y la prevalencia de prácticas activas a través de las que se busca moldear la interacción con el placer sexual. Derivado de la incorporación de estas nociones, es posible afirmar que los modos de relación con el placer sexual, tanto los de hombres como los de mujeres, resultan de procesos histórico-sociales, regidos por relaciones de poder y políticas de largo plazo. A partir de estos principios, es posible afirmar que la relación de los individuos con el placer sexual es intervenida por mecanismos como la normalización del comportamiento sexual, la institucionalización y la transversalización; en las cuales los discursos especializados (pedagógico, médico, entre otros) son elementos centrales para la promoción de estilos deseables de vivir el placer, los cuales marcan el cuerpo con prácticas de vigilancia y auto-coacción que se transmiten por generaciones.

Los textos de Foucault ofrecen elementos para configurar una perspectiva en torno al placer sexual, la cual no se halla exenta de críticas, particularmente aquellas que señalan haber elaborado sus nociones a partir de la exclusión de las mujeres o las que subrayan su visión determinista de los individuos por efecto de las prácticas de saber-poder. Para atender esas críticas, este estudio se complementa con otras aportaciones, entre ellas las de Rubin, Collins y Jones.

De Gayle Rubin (1989) retomo su propuesta en torno a la existencia de sistemas jerarquizados de comportamiento sexual, desde los cuales se promueve una heterosexualidad monógama y reproductiva como modelo ideal de interacción. A partir de ese patrón, se ordena la multiplicidad de prácticas sexuales y se estigmatiza el modo de obtener placer, en la medida que se aleja del ideal heterosexual reproductivo. Esta visión crítica se complementa con aportaciones de dos feministas de la segunda ola: Koedt y Gerhard. Ambas señalan la interpretación androcéntrica del placer sexual de las mujeres en distintas épocas, la cual oscila entre el reconocimiento o el olvido del clítoris y el orgasmo como elementos fundamentales del placer sexual. Emanado de sus aportaciones, esta investigación reconoce la particular sensibilidad del clítoris, pero no concibe la experiencia del placer sexual como un asunto focalizado, sino como un suceso que rebasa los límites del cuerpo, pues acontece siempre en contextos invadidos por la significación cultural y por la copresencia, sea física o imaginaria de quien interpreta el placer. Más allá del clítoris y el orgasmo como realidad material-corporal, el placer sexual se concibe como fenómeno social que precisa ser analizado desde aquellos dispositivos que promueven interpretaciones específicas de los cuerpos.

A las aportaciones de Foucault y Rubin se suma la propuesta sociológica de Randal Collins (2009), quien afirma que los procesos sociales son los responsables de dar forma al comportamiento sexual y sostiene que el sexo no es un instinto interno, sino una cualidad variable que se controla desde fuera del individuo, es decir, una construcción social. Desde su teoría de los rituales de interacción

sexual, es posible plantear que el placer sexual se aprende y significa a partir de sucesivas experiencias de interacción.

En lo metodológico, esta investigación se construye como un estudio cualitativo, orientado a relacionar procesos macro y microsociales cristalizados a través de las interacciones sexuales, en la experiencia del placer sexual. Cuatro ejes orientaron el análisis de los datos: considerar a las personas como actores interpretativos; centrarse en sucesos subjetivos estructurados a través de la socialización; entender lo social como la suma de negociaciones intersubjetivas donde los actores crean el orden social; y en última instancia, orientarse hacia la comprensión, más que la explicación o ponderación de los aspectos subjetivos (Castro, 2002).

Participaron en la investigación nueve mujeres con edades entre 17 y 19 años, estudiantes de bachillerato del Centro de Estudios Científicos y Tecnológicos (CECyT) del Instituto Politécnico Nacional (IPN) y del Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), habitantes de la Ciudad de México.

Se recurrió para el acopio de la información a tres técnicas de investigación: línea de vida, entrevista en profundidad y cuestionario. Abundaré más adelante sobre el contenido de dichas técnicas, lo que quiero subrayar es que fue necesario el uso de instrumentos que visibilizaran no sólo los significados que las jóvenes atribuyen al placer sexual en el presente, sino también los agentes y situaciones particulares que han contribuido, desde su propia reconstrucción biográfica, a la significación del placer y placer sexual.

El enfoque teórico de este estudio fue sensible a las necesidades de interpretación de los datos obtenidos durante el trabajo de campo. Por ello se recurrió a dos categorías que, aunque no se derivaron de los estudios sociales del placer sexual revisados durante el análisis documental, emergieron como elementos indispensables para dar sentido a los datos: corporalidad y *agency sexual*.

La corporalidad se entiende, retomando las ideas de Mauss, Douglas, Foucault y Merleau-Ponty, como un producto social,

siempre ubicado en la cultura, resultante de prácticas individuales. Un objeto socialmente constituido que se traduce, por efecto de técnicas que tienen género, en modos particulares de usar el cuerpo. La corporalidad es “la experiencia corporal, la consciencia perceptiva [...] el lugar que ocupa nuestro cuerpo en el mundo” (Entwistle, 2002, p. 45). Percepción y experiencia ofrecen la posibilidad para entender el mundo desde la relación con un cuerpo activo y reflexivo de su propia existencia. Conforme a esta perspectiva, el placer sexual no sólo es producto de prácticas de saber-poder como lo planteara Foucault, sino de la propia experimentación y transformación, develándolo como un proceso que ha de aprenderse con el cuerpo, ubicado éste en su posición social en el mundo.

Esta perspectiva de la corporalidad se complementa con la noción de *agency* de Giddens, la cual rechaza la determinación de las personas por fuerzas externas, sin negar con ello, la participación del contexto en la acción de los individuos: “*agency* implica la posibilidad de no estar totalmente determinado y esta posibilidad está sustentada en el conocimiento que posee el agente y su capacidad para hacer una diferencia” (Giddens, en García Adriana, 2013a, p. 312). La incorporación de la noción *agency* y su aplicación en la experiencia del placer sexual, amplía la perspectiva del sujeto-sujeto por los sistemas de saber-poder y ofrece ventanas para comprender la experiencia de las personas.

En función del andamiaje teórico y del análisis realizado, se define el *placer* como: una experiencia de bienestar a nivel del *self* (sí mismo) relacionada con emociones, la cual se asocia a regulaciones y normatividades emitidas desde contextos culturales específicos, considerándola como una categoría sociopolítica y al *placer sexual* como fenómeno relacional de bienestar asociado con procesos corporalizados estrechamente vinculados a significaciones sociales, regulados desde dispositivos de poder, con dos niveles de análisis interconectados: 1. Los procesos donde se configura (discursos, mandatos sociales) y 2. El relacional, donde se define el trasfondo social y sus significantes (experiencia íntima, noviazgo, prácticas sexuales, agencia).

El placer sexual se entiende como una categoría sociopolítica con una evidente cualidad contradictoria, la cual se advierte tanto en los discursos científicos desde los que se analiza (*v. gr.* psicoanálisis, sexología, ciencias sociales), sea por su vaguedad conceptual, limitada teorización o escasa problematización; así como por los relatos de las mujeres participantes en este estudio, quienes lo señalan como un asunto ambivalente. La dimensión sociopolítica, responde al hecho de hallar en el placer sexual un cruce entre experiencias subjetivas positivas con elementos discursivos y prácticos de control.

A la luz del enfoque teórico, el diseño metodológico y las categorías emergentes durante el análisis, la interpretación de la información apunta hacia seis situaciones:

1. La existencia de un proceso de formación para la vivencia del placer sexual, el cual se halla presente desde la niñez de las jóvenes y se ejecuta, entre otros actores, por las mujeres adultas de sus familias de origen. Esta formación inicia con mensajes relativos a los cambios físicos de su cuerpo, a los que se suman prácticas de vigilancia y control apegadas a normas de género que les exigen evitar experiencias sexuales y al mismo tiempo les señalan el contexto en que deben tenerlas: edad, participantes (hombre-mujer), tipo de interacción (noviazgo) y otros requerimientos (amor). Este proceso formativo incluye momentos donde las jóvenes muestran apertura o cerrazón hacia el discurso de miembros de la familia, docentes y pares; etapas donde la experiencia de las y los adultos tiene mayor peso que la de las jóvenes y periodos donde la propia vivencia adquiere el lugar central para la construcción de los significados de la experiencia del placer sexual.
2. La estrecha relación del placer sexual con la corporalidad que se observa en distintos niveles:

- a) Los primeros significados del placer sexual, contruidos con base en los mensajes del cuerpo y sus cambios, los cuales inician ante los signos inminentes de la pubertad.
 - b) Un conjunto de prácticas encaminadas a controlar el uso de su cuerpo: apariencia, vestimenta, interacción con otras personas (especialmente los hombres del mismo grupo de edad: amigos, novios, tiempo que pasan con ellos, actividades realizadas).
 - c) La resignificación del placer sexual derivado de su participación directa en distintas prácticas sexuales.
3. El matiz que ofrece a la significación de la experiencia del placer sexual la *agency* sexual de las jóvenes, advertida en dos hechos interdependientes: que para el acercamiento a distintas prácticas sexuales es necesaria la reconstrucción de los significados ofrecidos por sus madres, padres, profesores, orientadores o pares; y que dicha reconstrucción ofrece la posibilidad de encontrar placer sexual en sus interacciones.
4. La reconstrucción de significados precisa varias condiciones:
- a) La apropiación de nueva información relativa a la interacción sexual (tratarse de algo *normal*, ser una acción positiva, que la hará sentirse bien).
 - b) Una pareja cuidadosamente seleccionada (varón en casi todos los casos documentados).
 - c) Hallarse en una relación de noviazgo.
 - d) La participación sucesiva en distintas prácticas sexuales.
 - e) Un conjunto de disposiciones cognitivas para cuestionar el orden sexual existente y tomar decisiones.
5. La presencia de un sistema de jerarquización sexual que prepondera el coito y un modelo de interacción heterosexual basado en el noviazgo, notorio tanto en los mensajes de

familiares, docentes, tutores, tutoras y pares (sea para proscibirlo, vigilarlo o permitirlo), como en las historias de las jóvenes, quienes revelan centrar sus prácticas sexuales en el coito con su novio. Este sistema de jerarquización se aprecia también en la devaluación y rechazo de otras prácticas y orientaciones sexuales.

6. La experiencia del placer sexual, a diferencia de los planteamientos sexológicos, no sólo resulta de una técnica efectiva de estimulación genital. La decisión de tener una práctica sexual y su significación placentera requiere de una *agency* sexual que provea elementos para analizar, tomar decisiones y construir una percepción propia del placer sexual como experiencia de bienestar. Sin embargo, tampoco se aprecia una *agency* sexual omnipotente, capaz de transformar en su totalidad las *disposiciones sociales del sexo*, pues en tanto que modifica algunas (participar en prácticas sexuales, permitirse sentir placer sexual), conserva otras (noviazgo, heterosexualidad, coito), como elementos imprescindibles para su existencia. La experiencia del placer, derivada de sus prácticas sexuales, aparece en un contexto de tensión y ambivalencia, acompañada por los discursos prescritos por personas con quienes las jóvenes tienen vínculos más o menos intensos; por sus propias inquietudes e intereses en torno al placer sexual y por sus experiencias sexuales previas, a veces placenteras y otras desconcertantes o culpígenas.

En cuanto a su organización, el texto se presenta en cuatro capítulos. En el primero se revisan consideraciones en torno al placer sexual desde dos perspectivas disciplinares: los estudios sexológicos y las aportaciones de los estudios sociales. El propósito del capítulo es presentar algunos antecedentes significativos para la comprensión del placer sexual como asunto histórico, así como dar cuenta del estado actual de investigaciones derivadas de las ciencias sociales en torno al placer sexual.

En el segundo capítulo se revisan las aportaciones de Foucault, la propuesta de la jerarquización de las prácticas sexuales de Rubin, la perspectiva feminista de la segunda ola y las aportaciones teóricas de Collins y Jones. A partir de sus ideas se teje el enfoque teórico de esta investigación.

En el tercer capítulo se describe el diseño metodológico de la investigación en sus distintas etapas, que como se ha señalado, se ubica en la tradición de los estudios cualitativos enfocados en la comprensión —*Verstehen*— de aspectos subjetivos, meta histórica de los estudios sociológicos. Se describen también las dificultades y limitaciones encontradas durante el proceso de campo.

El último capítulo presenta el análisis de los datos recogidos durante el trabajo de campo, sobre los que se han adelantado algunos aspectos en los párrafos precedentes.

CAPÍTULO I
EL PLACER SEXUAL EN INVESTIGACIONES
CONTEMPORÁNEAS

Es imposible pensar con claridad sobre la política de las razas o de los géneros, mientras los consideremos como entidades biológicas y no como construcciones sociales. De igual modo, la sexualidad es impermeable al análisis político, mientras se la conciba como un fenómeno biológico o como un aspecto de la psicología del individuo. La sexualidad es tan producto humano como lo son las dietas, los medios de transporte, los sistemas de etiqueta, las formas de trabajo, las diversiones, los procesos de producción y las formas de opresión. Una vez que se comprenda el sexo en términos de análisis social e histórico será posible una política sexual más realista.

Gayle Rubin, 1989

El presente capítulo se dedica al análisis del placer sexual desde dos perspectivas disciplinares: sexológica y de las ciencias sociales. Es preciso aclarar que esta exploración no abarca la diversidad de disciplinas y escuelas que componen ambos enfoques, sino que se centra, en el caso de la sexología, en la producción teórica europea de las postrimerías del siglo XIX y los primeros años del siglo XX, así como en la norteamericana de la segunda mitad del siglo pasado, la cual

ha influido notablemente la sexología en México y en buena parte de Occidente. En cuanto al acercamiento de las ciencias sociales a la sexualidad, se revisan contribuciones de estudios feministas, sociológicos y antropológicos generadas desde los años setenta.

La revisión documental del placer y el placer sexual llevada a cabo en este libro, no ignora que ambas categorías preceden al *corpus* disciplinar con el que se pretenden examinar y que de ellas mucho se ha escrito a lo largo del tiempo. Reconoce también que han sido estudiadas por la filosofía, las humanidades, psicología, psicoanálisis y neurociencias, sentando un conjunto de precedentes conceptuales que han influenciado las propuestas contemporáneas del placer sexual. Estos hechos hacen necesaria una revisión, aunque breve, de algunos postulados emanados desde las disciplinas antes señaladas, para continuar luego con el análisis anunciado.¹

Para la filosofía, el placer se aprecia como objeto de estudio estrechamente vinculado con la ética y la reflexividad:

El placer no es algo que se percibe y nada más. No puede reducirse en el hombre [*sic*], a la calidad de estímulo. La pregunta (¿qué es el placer?) interroga por la experiencia del placer, es decir por los movimientos del alma que suceden al goce. Se refiere pues a las emociones, pero sobre todo lo hace sobre las preguntas, las cuestiones que sobre sí mismo se hace el hombre frente al placer (Priani, 1998, p. 23).

Esta perspectiva, generada por Aristóteles y vigente en la filosofía desde hace más de 20 siglos (Priani, 1998), muestra al placer como objeto complejo, pues remite a quien intenta analizarlo al ámbito de la subjetividad, las emociones y los procesos mediante los cuales los individuos significan las experiencias.

¹ El placer y el placer sexual pueden relacionarse con otra categoría: el erotismo, sin embargo resulta problemática pues termina por ubicarse en alguno de dos extremos: como categoría que engloba todas las manifestaciones del placer o bien para referir actividades sexuales *más refinadas* en contraste con meros actos genitales. Dada su ambigüedad, se prefiere mantener el uso de placer y placer sexual.

Las experiencias y emociones concernientes al placer fueron objeto de interés para pensadores como Galeno, Aristóteles, Avicenna e Hipócrates quienes afirmaron, en el caso específico de las mujeres, que su cuerpo disponía de capacidad de goce ilimitada debido a su exceso de humedad, tener clítoris, recibir y emitir semen, así como a su *frenético* deseo sexual.

Desde sus primeras formulaciones, el placer sexual se construyó sobre un dualismo que le ha acompañado durante siglos: es reflexión de la experiencia de goce, pero es también cuerpo, órganos sexuales (clítoris) y fluidos corporales (eyaculación). De allí que el interés por el placer sexual no sólo se hallara en los manuales anatómicos que afirmaban sus beneficios en la fecundación y el embarazo, sino también en las prácticas vinculadas con el amor, la reproducción y todas aquellas que ofrecieran gratificación *venérea* a sus copartícipes (Foucault, 2005; 2005a).

Desde la investigación histórica de Foucault, puede apreciarse cómo esa perspectiva del placer sexual se mantuvo vigente hasta que el cristianismo se propagó por Europa y el resto del orbe. A partir de entonces, se convirtió en un asunto hipervigilado, no por sus efectos en la salud, sino por constituir un instrumento para el control de los cuerpos, razón por la que fue proscrita cualquiera de sus aproximaciones y castigada su búsqueda por desviar a las personas de sus metas espirituales.

Desde las perspectivas filosófica y cristiana, la relación con el placer ha sido observada a través del equilibrio entre satisfacción y evitación del dolor, exceso o escasez, en un contexto moral que clasifica las experiencias placenteras como buenas (objeto de felicidad o medio para acceder a ella) o negativas (enemigas de la moralidad, corruptoras), situándolas como objeto bajo continuo escrutinio por sus efectos en la construcción de los individuos. Esta constante inspección resulta central para la vertiente del placer expuesta por Michel Foucault en la *Historia de la Sexualidad*, quien más allá de una *ars erótica* centrada en la regulación de su cantidad, “inscribe a los placeres en una historia del poder, en regímenes de normalización

a partir de fijarlos, clasificarlos e instruirlos” (Schaufler, 2013, p. 2). Esta perspectiva adquiere gran relevancia para este estudio, pues señala una tensa condición con respecto a las interpretaciones del cuerpo y de su potencial para significar el placer sexual, situaciones que se revisan a lo largo de este texto.

Las perspectivas aristotélica, cristiana y foucaultiana coexisten con otras, para las cuales el placer no remite a la subjetividad, la moral o hacia dispositivos de poder, sino que se interpreta como una vivencia agradable. Esta perspectiva se deriva de comprender el término latino *placêre* como *gustar*, relacionándolo con las ideas y sensaciones experimentadas al hacer o percibir algo agradable, como comer, hacer ejercicio, jugar. Se le concibe como un sentimiento positivo que se puede experimentar en el nivel físico, psíquico, emocional o estético.

En el caso de la psicología, es posible advertir dos grandes tendencias en sus aproximaciones al placer. En la primera, influenciada fuertemente por el psicoanálisis, se le concibe como energía libidinal, gran fuerza que signa la vida anímica de los individuos durante la niñez, hasta que el exterior se impone como fuente de goce. Desde esta perspectiva, creada por Freud, se señala que las primeras fuentes de placer se derivan de la relación con uno mismo a través de distintas zonas del cuerpo: boca, ano, genitales; las cuales, al paso de los años, ceden su sitio al placer hallado en la relación con otros individuos.

Para Freud la vida afectiva resultaba de la mediación entre la vida interna (instintiva y pulsional), la relación con el objeto de placer externo y la interpretación de dichas vivencias; apreciándose en la vida adulta a través de la búsqueda del placer en el erotismo o la genitalidad. El nudo central en torno al placer en la propuesta freudiana, se halla en la continua tensión entre pulsión sexual interna y las restricciones impuestas por el contexto externo al individuo, tensión que resulta determinante en la construcción de la personalidad y la vida afectiva (Freud, 2012).

En la segunda tendencia de los estudios psicológicos, las formulaciones del placer se aprecian distantes del psicoanálisis. Desde

esa visión, se le describe como un conjunto complejo de vivencias relacionadas con el alimento, el amor, el sexo, la creación y la vinculación afectiva (Amezcuca, 2001, p. 18). El placer se advierte como una experiencia íntima, de la cual se describen sus procesos y mecanismos, exentos de la conflictiva carga resultante de las interpretaciones psicoanalíticas. Sin embargo, la aparente ausencia de conflicto constituye sólo una ilusión, pues desde distintos enfoques clínicos de la psicología se vigilan los *excesos* del placer, los cuales son interpretados como *phillias* en los manuales de trastornos mentales como el Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales (DSM-V) o la Clasificación Internacional de Enfermedades (CIE-10), ambos de difundido uso entre profesionistas de la salud mental.

En cuanto a las neurociencias, particularmente desde la perspectiva de Damasio,² el placer resulta de un conjunto de señales químicas y acciones corporales innatas —no aprendidas— encaminadas a la regulación de la vida. Para este autor, a través de la autorregulación placer-dolor, se resuelven las necesidades básicas en la vida de múltiples especies: hallar fuentes de energía, conseguir equilibrio químico, reparar el desgaste, detener agentes externos causantes de enfermedad o daño inminente; todo ello sin la necesidad de sentir o razonar dichos problemas y sus sensaciones (Damasio, 2009, pp. 34-37). Sin embargo, a diferencia de organismos cuya regulación acontece automáticamente, sin necesidad del pensamiento, en los humanos se presenta con otras características.

Sin la pretensión de llevar a cabo una revisión exhaustiva, se puede decir que Damasio (2009) plantea que la mayoría de los animales actúa al detectar ciertos estímulos ambientales en un esquema básico: perciben estímulos y demuestran emociones. Sin embargo, los seres humanos usan sus estructuras cerebrales para

² Antonio Damasio, un reconocido neurólogo especializado en las emociones, debido a su labor en la divulgación del funcionamiento del sistema nervioso. Cuenta con múltiples publicaciones, entre ellas *En busca de Spinoza. Neurobiología de la emoción y los sentimientos*, el cual sirvió para la redacción de esta breve sección.

representar, en forma de mapas sensoriales, las transformaciones que se producen en el cuerpo cuando tienen lugar reacciones emotivas. Una vez percibidas, las transformaciones en el cuerpo y las representaciones de mapas sensoriales se clasifican en placenteras o dolorosas, dando lugar a distintos sentimientos.

El autor plantea que las emociones constituidas por reacciones que promueven la supervivencia del organismo se representan en el cuerpo, en tanto que los sentimientos lo hacen en el pensamiento y atienden no sólo a necesidades básicas de regulación, sino a la adquisición de estados de comodidad y bienestar. Adicionalmente, Damasio plantea que, al tener conocimiento cartográfico de las representaciones de diversas sensaciones corporales, así como de las emociones que de ellas se derivan, aparece en los seres humanos la posibilidad de manejar intencionalmente sus sentimientos, orientándose a la búsqueda del bienestar.

Esta breve revisión ofrece elementos importantes para el estudio del placer sexual, los cuales se pueden resumir en cuatro puntos: Uno: se trata de un objeto de análisis sociohistórico construido desde múltiples campos disciplinares. Dos: un objeto de estudio asociado a sistemas morales que permean la organización social y disponen normatividades sexuales. Tres: debemos concebirlo como una experiencia de bienestar. Cuatro: la relevancia de cuestionar aquellos planeamientos que lo ubican como proceso *natural*, escasamente arraigado en fenómenos sociales.

Así pues, derivado de las aportaciones descritas en los párrafos anteriores, de las disposiciones y prácticas que giran en torno a ellas, así como de la interpretación de los datos recogidos durante el trabajo de campo (los cuales se presentan en los capítulos posteriores), esta investigación propone al placer como *una experiencia de bienestar a nivel del self (sí mismo) relacionada con emociones, la cual se asocia a regulaciones y normatividades emitidas desde contextos culturales específicos, considerándola como una categoría sociopolítica*.

Se le atribuye una dimensión sociopolítica por considerar al placer como un hecho donde se intersectan experiencias subjetivas

connotadas de manera positiva con aspectos de vigilancia y control, es decir, constituye un escenario donde los procesos macro y micro-sociales se encuentran y reconfiguran.

En cuanto al placer sexual, dado que se analiza a lo largo del capítulo, sólo es posible adelantar algunas notas. En primera instancia, que hereda del placer la concepción sociopolítica antes referida, patente en un permanente conjunto de prácticas de vigilancia exacerbadas, desde la propagación del imperio cristiano y la producción de discursos científicos en occidente, de los cuales Foucault (2005) dio amplia cuenta en su obra. En segundo lugar, que muestra una cualidad ambivalente, la cual se advierte tanto en los disímiles discursos científicos desde los que se analiza (*v. gr.* Psicoanálisis, sexología, ciencias sociales), sea por su vaguedad conceptual, limitada teorización o escasa problematización, como también en los relatos de las mujeres partícipes de esta investigación, quienes lo señalan como un asunto conflictivo. Por ello, es posible decir que en este estudio el placer sexual se conceptualiza como *fenómeno relacional de bienestar, asociado con procesos corporalizados estrechamente vinculados a significaciones sociales, regulados desde dispositivos de poder, con dos niveles de análisis interconectados: 1. Los procesos donde se configura (discursos, mandatos sociales) y 2. El relacional donde se define el trasfondo social y sus significantes (experiencia íntima, noviazgo, prácticas sexuales, agencia)*. Las razones para arribar a esta propuesta conceptual, tanto las analíticas como las derivadas de los hallazgos empíricos, se desarrollan en las distintas secciones de este texto y se anticiparon para ubicar al lector en dos de las aportaciones conceptuales que atraviesan la estructura teórica y metodológica de esta obra.

PRIMEROS ACERCAMIENTOS AL PLACER SEXUAL: LOS PLANTEAMIENTOS SEXOLÓGICOS

Como se expresó al inicio de este capítulo, preceden a los planteamientos sexológicos siglos de aportaciones relativas al placer

sexual, ya sean derivadas de *grandes pensadores*, representaciones míticas o de prácticas ancestrales. Las más relevantes para este estudio se relacionan con el conocimiento anatómico del cuerpo de las mujeres, y constituyen un antecedente necesario para el análisis de las aportaciones sexológicas de finales del siglo XIX.

La importancia del placer venéreo y del orgasmo en la vida de mujeres y hombres fue un asunto conocido desde la época de Hipócrates hasta los primeros años del siglo XX (Maines, 2001, p. 178), así como lo fue el hecho de que la estimulación de los genitales de las mujeres hasta el *paroxismo*, formó parte de la terapéutica médica para el tratamiento de afecciones como la histeria desde las sociedades egipcia y griega hasta la primera década del siglo pasado. Varias son las evidencias de que no sólo egipcios y griegos plantearon esa importancia: “En 1559 Mateo Renaldo Colón describió un pequeño órgano escondido atrás de los labios vulvares donde se asentaba el placer femenino, explicando que éste, así como la posibilidad de experimentar placer se hallaba en todas las mujeres” (Margolis, 2004, p. 182), en tanto que en 1653 Pieter van Forrest proponía como tratamiento para la histeria, enfermedad del útero o sofocación de madre *prefocatio matricis*, la estimulación del clítoris:

Cuando estos síntomas se indican, consideramos necesario pedir a una partera que ayude, de modo que pueda masajear los genitales con un dedo adentro, utilizando el aceite de lirios, raíz de almizcle, azafrán, o [algo] semejante. Y de esta manera la mujer afligida pueda ser excitada hasta el paroxismo. Este tipo de estimulación con el dedo es recomendado por Galeno y Avicenna, entre otros, en especial para viudas, para quienes viven vidas castas y para mujeres religiosas, como propone Gradus (Ferrari de Gradi); se recomienda con menor frecuencia para mujeres muy jóvenes, mujeres públicas o mujeres casadas, para quienes es mejor remedio realizar el coito con sus cónyuges (Maines, 2001, p. 175).

El clítoris fue, durante al menos 2000 años, un precioso órgano sexual y sus sensaciones placeras una deseable fuente de regocijo y bienestar. Sin embargo, hacia finales del siglo XIX y principios

del XX, esos hechos presentaron importantes modificaciones, pues una ola de amnesia se apoderó de los círculos médicos a grado tal que en los manuales anatómicos se borraron las referencias al clítoris, al orgasmo femenino y a la estimulación vulvar (Laqueur, 1994, pp. 395-401).

En ese contexto de olvido y desinterés, los pioneros de la sexología —médicos en su mayoría— se ocuparon en dos labores.

La primera fue la descripción de la *naturaleza sexual* de hombres y mujeres, de la que resultaron un conjunto de rasgos distintivos en el comportamiento sexual de cada sexo. Con un claro fundamento esencialista, afirmaban la existencia de una polaridad sexual: para los hombres un instinto incontrolable y para las mujeres nulo interés, pues éstas se caracterizaban por su asexualidad, aspirando sólo a ofrecer satisfacción sexual a su esposo. Los pocos médicos disidentes de esta visión afirmaban que el coito era saludable para las mujeres, pero coincidían con respecto al lugar otorgado al placer, pues dudaban si la mujer requería el orgasmo (Gerhard, 2001, p. 224). Desde la perspectiva de ambos grupos de especialistas, el placer sexual fue considerado asunto masculino y pasó a ser objeto de interés en las mujeres sólo cuando destacaba por su incremento o manifestación reiterada: “ninfomanía” (Tordjman, 1977, p. 168).

De manera paralela, otro discurso ganaba fuerza y alimentaba las ideas de los primeros sexólogos: el psicoanálisis de Sigmund Freud, quien en su texto *Tres ensayos sobre una teoría sexual* de 1905, sostenía que el placer proveniente de la estimulación directa o indirecta del clítoris representaba un asunto patológico en las mujeres y establecía que el placer sano se originaba en la vagina, en tanto que el clítoris sólo servía: “*like pine shavings, used in order to set a log of harder Wood on fire*” (como virutas usadas para prender fuego a un tronco más grande. Trad. del autor) (Laqueur, 1990, p. 93). La invención de Freud en torno a dos tipos de orgasmo en las mujeres, el vaginal: sano y maduro, y el clitorideo: patológico e infantil, rompió una tradición milenaria de conocimiento que planteaba la existencia de una sede del placer sexual para las mujeres: el

clítoris (Laqueur, 1994, p. 397). A partir de ese momento, y durante la primera mitad del siglo XX, las propuestas freudianas se convertirían en la perspectiva hegemónica del placer sexual, adquiriendo influencia a grado tal que los manuales médicos dejaron de señalar la existencia del clítoris o de su función (Gerhard, 2001, p. 224) y la salud de las mujeres fue interpretada desde la relación con sus genitales y el tipo de placer que les ofrecían.

La segunda labor de los primeros sexólogos fue la delimitación del “comportamiento sexual anormal” (Weeks, 2005). Como consecuencia de ese interés se produjeron múltiples propuestas clasificatorias, popularizadas con el nombre de *perversiones sexuales*, asociadas a las relaciones amorosas-sexuales entre personas del mismo sexo; con el interés, principalmente de hombres, por imitar roles o vestimenta del *otro sexo* y con la forma de vivir el placer sexual en el caso de las mujeres. Para categorizar esas *perversiones*, los especialistas inventaron criterios nosográficos como: “sentimiento sexual contrario” (Karl Westphal, 1870) o “instinto sexual contrario” (Krafft-Ebing), las cuales fueron atribuidas a prácticas como la masturbación o a defectos en la constitución del sistema nervioso (Nieto, 1988, p. 128). En cuanto al segundo grupo de *perversiones*, vestir o adoptar roles adjudicados a los miembros del otro sexo, fue denominado: “sentimiento sexual contrario” (Westphal, 1870), “metamorphosis sexualis paranoica” (Krafft-Ebing, 1890), “travestismo” (Hirschfeld, 1910), “inversión sexo estética” y “eonismo” (Ellis, 1913) (en Nieto, 1988, p. 131). Clasificación que continúa hasta nuestros días y ha transitado de *transexualidad*, “trastornos de la identidad sexual” (Asociación Americana de Psiquiatría [APA por sus siglas en inglés], 1995), “trastornos de género” (APA, 2002) a “disforias de género” (APA, 2014).

En el caso de las mujeres y los trastornos derivados de su modo de vivir el placer, aparecieron términos como frigidez, ninfomanía y la ya citada histeria. Posteriormente se añadieron a los listados anteriores la “satiriasis”, “actividades sexuales no reproductivas” y “gozos más allá de los procesos anatomofisiológicos normales”.

El efecto de los postulados científicos de los siglos XIX y XX en torno de los asuntos sexuales antes señalados, consiguió transformar *acciones* en *rasgos* asociados con la salud, la salud mental o la identidad; también modificar antiguos significados del comportamiento humano.³ Los postulados de ese grupo de científicos no sólo inventaron límites *legítimos* para el comportamiento sexual, sino que habilitaron vías para la intrusión en la vida sexual de las personas, materializándose en intervenciones de orden físico, moral o psicoterapéuticas.⁴

El periodo de entre guerras mermó el avance de la ciencia sexual europea, la cual resurgiría años después en Estados Unidos. Los estudios de Kinsey *La conducta sexual en el hombre* (1948) y *La conducta sexual en la mujer* (1953), así como los textos de William Masters y Virginia Johnson *Respuesta sexual humana* (1966) y *La inadecuación sexual humana* (1970), consolidarían una nueva sexología que mantiene su influencia hasta nuestros días.

A diferencia de los anteriores pronunciamientos sexológicos, los textos de Kinsey presentaron nuevas dimensiones para entender el comportamiento sexual, pues lo mostraron como objeto de estudio tangible, preciso en su delimitación y medición, superando las perspectivas que lo subordinaban al orden de fenómenos intrapsíquicos:

Erotic arousal is a material phenomenon which involves an extended series of physical, physiologic, and psychologic changes. Many of these could be subjected to precise instrumental measurement if objectivity among scientists and public respect for scientific research allowed such laboratory investigation (Kinsey *et. al.*, 1948, p. 157).

³ El ejemplo más evidente de esa transformación, aunque no el único, se encuentra en lo que se denominó *sodomía*, la cual pasó de un acto reprobado, hacia un problema de salud mental asociado a desórdenes del individuo.

⁴ “Ejemplo de éstas son las clitoridectomías que se practicaban a mujeres para prevenir histeria o epilepsia derivada de sus pulsiones sexuales” (Tordjman, 1977, p. 168).

(la excitación erótica –decían– es un fenómeno material que implica una larga serie de cambios físicos, fisiológicos y psicológicos, muchos de los cuales podrían ser objeto de mediciones instrumentales precisas si la objetividad de los científicos y el respeto público por la investigación lo permitieran. Trad. del autor)

Por su parte, los trabajos de Masters y Johnson, resultantes de sus investigaciones realizadas entre 1959 y 1969 con más de 700 individuos, mostraron perspectivas desconocidas del comportamiento sexual humano (Lehrman, 1976, p. 28). Sus estudios, apegados al empirismo de Kinsey, dieron cuenta pormenorizada de la fisiología sexual humana, poco estudiada en ese momento, constituyendo las aportaciones más relevantes de esta disciplina.

Kinsey, Masters, Johnson, entre otros, generaron una descripción de la anatomía y fisiología de la conducta sexual basada en investigaciones controladas en situaciones de laboratorio. Derivado de los trabajos de Masters y Johnson se formuló un modelo de respuesta sexual estructurado en cuatro etapas secuenciales: *excitement, plateau, orgasm and resolution*. Cada una de estas etapas fue minuciosamente descrita, tanto en sus respuestas genitales: lubricación vaginal en las mujeres o erección en los hombres, como en sus respuestas extragenitales: aumento en frecuencias cardíaca, respiratoria, dilatación pupilar, enrojecimiento de distintas zonas del cuerpo, entre otros (Belliveau y Richter, 1976, p. 55). Masters y Johnson describieron un modelo único de respuesta sexual, de aplicación en mujeres y hombres, aunque con importantes diferencias en las dos últimas etapas del ciclo sexual. En cuanto al orgasmo, la diferencia radicaba en que las mujeres podían tener varios durante el mismo ciclo de respuesta sexual (condición multiorgásmica), a diferencia de los hombres, quienes sólo podían experimentar uno en cada ciclo. La etapa de resolución difería en que los hombres requerían cierto tiempo entre la conclusión e inicio de un nuevo ciclo de respuesta sexual (periodo refractario), que además tendía a incrementarse con la edad, situación no observada en las mujeres (Lehrman, 1976, p. 53).

Sus investigaciones evidenciaron un conjunto de suposiciones erróneas en torno a la conducta sexual de hombres y mujeres, y de manera particular del placer sexual en las mujeres. Mostraron que ambos disponían igualmente de capacidades fisiológicas para responder a la estimulación sexual y que la respuesta resultaba del cuerpo, al igual que la respuesta inmune, respiratoria o digestiva; con lo cual anclaron la respuesta sexual en las sensaciones corporales y no en el inconsciente (como lo hacía el psicoanálisis) o en el desarrollo (como se postulaba desde la psicología).

La capacidad fisiológica para sentir placer (sensibilidad sexual) tanto en mujeres como en hombres dependía, afirmaba Kinsey, de una técnica sexual exacta, afirmación que impactó en las consideraciones de la *frigidez*, explicada como trastorno debido a insuficiencias en las mujeres o a la ambivalencia con respecto a su papel socialmente asignado, sin considerarla como efecto de una pobre técnica sexual en la pareja (Gerhard, 2001, p. 237). Sus estudios mostraron también que más del 70% de las mujeres tenían dificultades frecuentes para alcanzar el orgasmo a través de la penetración (Maines, 2001, p. 181), es decir que el *orgasmo vaginal* resultaba una experiencia inaccesible para más de la mitad de mujeres observadas. La afirmación cobró mayor importancia cuando afirmaron que: “la penetración no acompañada por estimulación directa del clítoris es una manera ineficiente y, por lo general, ineficaz para producir el orgasmo en las mujeres” (p. 210).

Como en cascada, los argumentos sostenidos por la vieja sexología y el psicoanálisis caían uno a uno ante las evidencias de los estudios sexológicos. Tras detalladas observaciones de mujeres y hombres mientras se masturbaban o tenían relaciones sexuales, Masters y Johnson destacaron las similitudes en la respuesta sexual, cuestionando el esencialismo sexual antagónico defendido años atrás. Ambos autores dieron el golpe más significativo a la propuesta psicoanalítica del *orgasmo vaginal* y el *orgasmo clitorídeo* al evidenciar que: “la estimulación clitoridiana [...] era sin duda la técnica sexual más placentera para las mujeres y la que ofrecía el

nivel más consistente de orgasmos” (Gerhard, 2001, p. 238), confirmando lo que pocos años antes también había dicho Kinsey *et. al.*, con respecto a que la penetración vaginal no era la práctica sexual más satisfactoria para la mujeres, puesto que la vagina carecía de suficientes inervaciones para ser el centro de la respuesta sexual femenina. Ambos descubrimientos cuestionaron las representaciones *científicas* de mujeres y hombres, de la heterosexualidad y del coito como expresión sexual capaz de satisfacer igualmente a ambos. Masters y Johnson revelaron también que, en la estimulación apropiada del clítoris especialmente a través de la masturbación, radicaba la capacidad de las mujeres para experimentar uno o varios orgasmos, siendo el clítoris el centro de la sensibilidad sexual (Koedt, 2001, p. 254).

Tal como lo afirmara Mateo Colón en 1559, pero con evidencias emanadas de pruebas de laboratorio y novedosos instrumentos de observación y medición, un antiguo conocimiento resurgía con mayor fuerza: el clímax sexual en las mujeres deviene de la estimulación de una estructura anatómica: el clítoris. Sea mediante estimulación física o a través de fantasías sexuales, el clímax se manifiesta físicamente a partir de las sensaciones percibidas en los corpúsculos de ese órgano del cuerpo.

Con más fuerza que nunca, la sexología norteamericana situó la respuesta sexual en el cuerpo, en sensaciones, en procesos fisiológicos y cuestionó las representaciones de las mujeres que las circunscribían a la asexualidad, desinterés por las prácticas sexuales, deseo de la maternidad como forma de realización o al ámbito de la anormalidad y los trastornos mentales como respuesta a su interés por el sexo. Aunque constituyó un importante punto de quiebre con respecto a ciertos planteamientos del cuerpo y el placer sexual, al describir patrones de comportamiento, el modelo de respuesta sexual de Masters y Johnson también fue base para la identificación de *atipicidades sexuales*, teorizadas como *inadecuaciones sexuales* e implicó el diseño de intervenciones para mejorar el funcionamiento sexual (terapia sexual), las cuales ofrecían a las personas la

posibilidad de llegar a la culminación del ciclo de respuesta sexual, es decir, al orgasmo.

Las *inadecuaciones sexuales* descritas por Masters y Johnson fueron: “impotencia, incompetencia eyaculatoria y eyaculación precoz” en los hombres; así como “disfunción orgásmica, vaginismo y dispareunia” en las mujeres (Lehrman, 1976). En lo que respecta a su tratamiento, Masters y Johnson fueron pioneros en el diseño de una serie de técnicas educativas y ejercicios terapéuticos, algunos realizados de manera individual, otros con el apoyo de una pareja sexual, los cuales iniciaron una tradición terapéutica orientada a “devolver al sexo su pauta natural” (Lehrman, 1976, p. 57).

Resulta importante señalar que la clasificación del comportamiento sexual, sea planteado como *perversiones sexuales*, *parafilias*, *disfunciones sexuales* o *síndromes sexuales*, se ha convertido en un rentable conjunto de acciones para ajustar a los individuos a reglas sexuales consensuadas por especialistas, clasificaciones que se trasladan en la vida cotidiana en restricciones que definen y validan el tipo de experiencia sexual entre las personas,⁵ con lo que se mantiene bajo continuo escrutinio las formas de interactuar con el placer sexual, asuntos también señalados por Foucault (2005, 2005a y 2005b) en sus disertaciones en torno a los dispositivos de la sexualidad.

Las propuestas de Masters y Johnson, tanto las relativas al ciclo de respuesta sexual, como las referentes a las inadecuaciones sexuales, predominaron hasta los años setenta del siglo XX, cuando se reformularon con la visión de Helen Singer Kaplan, psiquiatra y psicoanalista norteamericana.⁶ En sus primeros escritos, describía

⁵ Weeks (1998) explica la permanente organización social de las posibilidades eróticas del cuerpo a través de restricciones “de quién” (las que norman el género, especie, parentesco, raza, casta o clase aceptables entre quienes desean interactuar en pareja) y las “de cómo” (las que definen los órganos y orificios que se pueden penetrar, el modo de las relaciones sexuales, las zonas corporales y la frecuencia con que se pueden tocar).

⁶ Su propuesta, resultado de años de trabajo en clínicas de Nueva York, puede leerse en su obra *La nueva terapia sexual* publicada en 1974 y reeditada hasta nuestros días.

la respuesta sexual en dos etapas: *excitación y orgasmo*, a diferencia de las cuatro enunciadas por Masters y Johnson. Años después modificaría sus planteamientos, al postular un modelo trifásico de respuesta sexual: *deseo, excitación y orgasmo*. Pero más allá del número de etapas, Kaplan transformó la perspectiva interdependiente del modelo de Masters y Johnson pues señaló al deseo, la excitación y el orgasmo como fenómenos no concatenados; es decir, que las personas podían manifestar deseo sin excitación, orgasmo sin deseo o cualquiera de las posibles combinaciones de estos tres elementos, lo cual revolucionó el paradigma sexual existente.

Como ocurrió con sus predecesores, las propuestas de Helen Singer generaron nuevos sistemas clasificatorios del comportamiento sexual. Las “inadecuaciones sexuales” propuestas por Masters y Johnson fueron transformadas en *trastornos sexuales* subclasificados en variaciones y disfunciones.

Las variaciones sexuales, también conocidas como *desviaciones y perversiones*, se caracterizarían por un funcionamiento sexual eficaz y placentero donde el objeto sexual elegido se “alejaba de la norma” (Singer, 1997, p. 353); es decir, en lugar de llevar a cabo la actividad sexual con una persona, preferentemente del mismo grupo de edad y sin relaciones de parentesco, se escoge un animal u objeto o en lugar de llevar a cabo actividades sexuales coitales, se opta por prácticas que involucran otras partes del cuerpo.

“Las disfunciones” fueron descritas como trastornos psicossomáticos que impedían al individuo realizar el coito o gozar de él (Singer, 1997, p. 354). En esos casos, las personas disfuncionales se orientaban hacia *objetos normales* pero presentaban una respuesta sexual inadecuada, que impedía llevar a cabo el acto sexual (refiriéndose por lo general a dificultades para lograr la penetración). Helen Singer propuso tres síndromes disfuncionales para los hombres: “eyaculación precoz, eyaculación retardada e impotencia” (Singer, 1997, p. 357) y cuatro para las mujeres: “disfunción sexual general, disfunción orgásmica, vaginismo y anestesia sexual” (Singer, 1997a, p. 469).

Los modelos de respuesta sexual de Masters y Johnson, así como el de Helen Singer, tienen implicaciones importantes para este estudio, pues han contribuido a la promoción de una visión normalizada del comportamiento sexual, en la que los procesos fisiológicos: erección en los hombres y elongación vaginal en las mujeres, se interpretan como *indicios naturales* que delinean al coito como única interacción sexual válida para consumir el ciclo de respuesta sexual. Además de que promueve un modelo masculino de placer sexual, puesto que la triada erección-penetración vaginal-eyaculación, constituye un tipo de interacción sexual que beneficia particularmente a los hombres por encontrar en la penetración vaginal un medio altamente gratificante; asunto no equiparable en las mujeres, ya que la penetración vaginal no se identifica como el medio más eficaz para generarles placer sexual.⁷

Dicho modelo masculino de interacción sexual eclipsa aquellas prácticas sexuales que rompen con la triada erección-penetración vaginal-eyaculación, por ejemplo, las actividades autoeróticas o las prácticas hetero u homoeróticas no penetrativas, lo cual invisibiliza que la obtención de placer sexual en las mujeres no precisa la erección, el coito vaginal, la eyaculación masculina, ni tampoco atender exigencias con respecto a un modo específico de sentir placer: el orgasmo. “La mujer no necesita ni erección, ni potencia, ni fuerza ni nada. El pene es el sexo propio del hombre y es para él” (Lonzi, 1981, p. 76).⁸ Sin embargo, estos mismos elementos: erección, elongación vaginal, coito y eyaculación, se hallan estrechamente

⁷ Masters y Johnson, como Kinsey *et. al.*, explicaron que el coito no es la práctica más placentera para las mujeres, pues la vagina no posee suficientes receptores nerviosos para ser altamente erógena. Afirmaron que era: “de mínima importancia en la contribución a las respuestas eróticas de la mujer [y] puede que contribuya más a la excitación sexual del hombre que lo que contribuye a la excitación de la mujer” (Gerhard, 2001, p. 237), datos minimizados, nulificados por un modelo que otorga mayor relevancia al placer masculino.

⁸ En el caso de hombres heterosexuales, parejas de hombres homosexuales y personas con alguna discapacidad física tampoco precisan los tres elementos señalados para la experiencia del placer sexual.

asociados al placer en los hombres y con la reproducción, lo cual señala la vigencia en la equiparación entre procesos placenteros y reproductivos en quienes promueven este modelo. Todo ello también fue señalado por diversas feministas y Foucault, quienes explicaron la existencia de modelos sexuales jerárquicos que se valen de la penetración para promover relaciones de superioridad-inferioridad social-sexual (Foucault, 2005b, p. 35).

Como ocurrió con las propuestas de Masters y Johnson, las ideas de Helen Singer devinieron en modelos y tratamientos clínicos (terapia sexual) para devolver la *normalidad sexual* a los individuos, tratamientos utilizados por miembros de las comunidades sexológicas de Estados Unidos, México y Latinoamérica, con notable influencia entre quienes pertenecen a la World Association for Sexual Health (WAS); la Federación Latinoamericana de Sociedades de Sexología y Educación Sexual (FLASSES) y la Federación Mexicana de Educación Sexual y Sexología (FEMESS).

Si bien esta investigación reconoce tres contribuciones sexológicas estadounidenses que modificaron la perspectiva del placer sexual: la presencia de fenómenos fisiológicos en la respuesta sexual, la demostración del clítoris como la zona del cuerpo con mayor número de terminaciones nerviosas e inductor de sensaciones sexualmente placenteras para las mujeres, y la desarticulación del mito del placer vaginal creado por los psicoanalistas; también señala que, desde los planteamientos sexológicos, se promueven estándares de normalidad sexual que benefician particularmente a los profesionistas (sexólogos, psicólogos, psiquiatras, urólogos, ginecólogos, educadores sexuales), quienes al hurgar el comportamiento sexual de las personas se hacen de un nicho laboral, sin reparar que tras sus propuestas se configuran redes de poder orientadas a enunciar, como lo señalara Foucault, la verdad de los cuerpos y de las identidades.

Por otra parte, derivado de los esquemas de respuesta sexual, tanto el propuesto por Masters y Johnson como el de Helen Singer, se perpetúa la construcción de *disfunciones sexuales* focalizadas en el orgasmo, las cuales lo encumbran como meta obligada de la

interacción sexual (Béjin, 1987, p. 272); sin apreciar que no es un fenómeno idéntico en hombres y mujeres, pues las condiciones y disposiciones para vivirlo guardan importante distancia cultural entre ambos sexos, asuntos que también contribuyen a invisibilizar el placer sexual como un objeto de estudio social.

El placer sexual en la perspectiva sexológica: imprecisión y olvido

Ocupados en la normalización y clasificación del comportamiento sexual, la discusión en torno al placer sexual se aprecia como asunto marginal, sólo atendido cuando, equiparado con el orgasmo, trastoca las normas clínicas creadas desde la misma sexología, es decir cuando aparece como síndrome anorgásmico en mujeres u hombres.

El placer sexual aparece como elemento velado, cuya presencia puede inferirse entre las fases de excitación-orgasmo:

La fase de excitación se caracteriza por el inicio de las sensaciones eróticas y por la consecución del estado eréctil en el hombre y la lubricación vaginal en las mujeres. Las manifestaciones de tensión sexual incluyen también una reacción somática generalizada de vasocongestión y miotonía. Además, a medida que el cuerpo se prepara para la tensión concomitante al coito, se aceleran los procesos respiratorios, aumenta el ritmo cardíaco y se incrementa la presión arterial (Singer, 1997, p. 26).

La fase de meseta es, en esencia, un estado de excitación más avanzado, inmediatamente anterior al orgasmo. Durante la meseta la respuesta congestiva local de los órganos sexuales primarios alcanza su máximo en ambos sexos (Singer, 1997, p. 28).

Y con respecto al orgasmo citan:

Durante el orgasmo, al que se considera como la etapa más placentera del acto sexual, el semen brota del pene erecto en tres a siete chorros y con intervalos de 0,8 segundos [...] Independientemente de la forma de estimulación, el orgasmo femenino consiste también en contracciones rítmicas reflejas, a intervalos de 0,8 segundos, de los músculos circunvaginales y del perineo, así como de los tejidos dilatados de la plataforma orgásmica (Singer, 1997, p. 30).

Entre las descripciones de Masters y Johnson, el orgasmo aparece como elemento estructurador de la respuesta sexual. En torno a él se disponen los cuerpos con un conjunto de cambios en las zonas genitales y más allá de ellas. Fuera de los hechos fisiológicos hay un minúsculo reconocimiento de *sensaciones eróticas*, las cuales acompañan los procesos físicos del cuerpo y se intensifican durante el orgasmo, reconocido como la etapa *más placentera* del acto sexual. La descripción del placer sexual apenas puede leerse entre esas líneas.

Con respecto a Singer y su modelo trifásico, la presencia de placer sexual puede inferirse en cada una de las etapas, aunque nunca se le refiere directamente. En el deseo, la autora refiere un conjunto de sensaciones producidas por activación psíquica o del sistema neural cerebral que motivan a los individuos a la búsqueda de las experiencias sexuales; incluye entre dichas sensaciones las que se perciben en los genitales, que cesan después de la gratificación sexual, es decir, el orgasmo (Singer, 1997).

Con respecto a las fases de excitación y orgasmo plantea:

son análogas en ambos (sexos). En el varón, la vasocongestión local de los cuerpos cavernosos y esponjoso del pene produce la erección, mientras que en la mujer la vasocongestión de estructuras anatómicas análogas -por ejemplo, la vulva vestibular que rodea al introito- desencadena la lubricación vaginal y la ingurgitación, creándose a su vez, la plataforma orgásmica [...] El orgasmo también es análogo en ambos sexos. En el macho el orgasmo lo desencadena la estimulación del glande y la verga. La eyaculación se manifiesta mediante espasmos involuntarios de 0,8 segundos, por parte de los músculos

de la base del pene. La estimulación del clítoris desencadena, de una manera similar, el orgasmo femenino [...] El orgasmo femenino se exterioriza mediante la contracción de músculos análogos a los que se hallan implicados en la eyaculación, es decir, los músculos de la vulva y el perineo, así como los circunvaginales que también responden con una serie de contracciones de 0,8 segundos de intervalo (Singer, 1997, p. 58).

Aunque Singer repite la descripción fisiológica de Masters y Johnson, su obra se distingue de ellos por reconocer la presencia de factores no biológicos en la respuesta sexual: sensaciones producidas por activación psíquica que motivan la búsqueda de experiencias sexuales. En palabras de la autora “la libido masculina y femenina y el funcionamiento sexual se hallan sometidos a múltiples factores. Ambos dependen, en último término, de los andrógenos, así como de ciertos determinantes psíquicos”⁹ (Singer, 1997, p. 59), factores importantes en la aparición de las disfunciones sexuales. Desde la perspectiva de Singer, el deseo y el placer sexual constituyen elementos presentes en las actividades sexuales; pero reciben escasa atención en contraste con las manifestaciones fisiológicas: espasmos, contracciones, vasocongestión que acompañan la respuesta sexual, déficit que contribuyó a la formulación de críticas que señalan las limitaciones de la sexología del siglo XX: “Como resultado de su énfasis en la respuesta corporal, Kinsey y Masters y Johnson consideraban al orgasmo como el único indicador del placer sexual” (Gerhard, 2001, p. 236).¹⁰

⁹ Helen Singer refiere tres tipos de determinantes psíquicos de la respuesta sexual: los vinculados a sucesos relacionados con la personalidad, los relativos a problemas en la relación de pareja y los relacionados con sucesos que interfieren con la excitación (angustia, distracciones).

¹⁰ Es importante señalar que otras de sus revelaciones fundamentaron la crítica feminista de la sexualidad patriarcal, pues mostraron que las prácticas sexuales de las mujeres no diferían diametralmente de las de los hombres pues se interesaban por el placer, se masturbaban, tenían relaciones sexuales durante el noviazgo y fuera de éste. A sus investigaciones se deben datos que terminaron por separar la sexología de sus fundamentos psicodinámicos, el reconocimiento del clítoris como origen del orgasmo y el rechazo al mito del orgasmo vaginal.

En la actualidad, la comunidad sexológica de México y otros países del continente americano, fundamenta su práctica sexológica (clínica o educativa) en las formulaciones de los autores antes descritos, asociando el placer sexual con la eliminación de la tensión sexual, la contracción rítmica de los músculos del perineo, la emisión del semen, las contracciones de las paredes vaginales y el orgasmo. Además, mantienen una división entre aquellos fenómenos del orden biogénico o psicógeno que interfieren con la *normal* respuesta sexual humana.

El evidente contraste entre las pormenorizadas descripciones fisiológicas de las etapas sexuales y la incipiente presencia del placer sexual en la producción de los autores revisados, constituye un asunto central que obliga a recurrir a otros enfoques que coadyuven en la formulación del placer sexual como objeto de estudio.

PERSPECTIVAS SOCIALES DEL PLACER SEXUAL

Fuera del ámbito médico-sexológico, otras disciplinas se han interesado por la sexualidad en sus diversas manifestaciones, como el sexo, el deseo, el orgasmo y el placer sexual. El estudio de estos asuntos encontró terreno fértil en el psicoanálisis, los trabajos de Foucault, los estudios feministas, antropológicos, etnohistóricos y sociológicos (Elliot, 2009, pp. 185-186).

Con respecto a la *sexualidad*, destacan los estudios enfocados al análisis de la supuesta *naturaleza sexual* de hombres y mujeres, la masculinidad, la feminidad, las orientaciones sexuales, las identidades sexuales, los cuales con frecuencia coinciden en plantearla como una construcción social: “una unidad ficcional, que alguna vez no existió y que en algún momento del futuro puede volver a dejar de existir” (Weeks, 2012, p. 242).

En cuanto al sexo, sus descripciones han transitado de usarse como referente para la división de los seres humanos en grupos dimórficos (varón/mujer) hacia un concepto que refiere relaciones físicas entre

los individuos (tener sexo) o bien que describe rasgos identitarios de las personas (Weeks, 2012). Ambas perspectivas son relevantes para esta investigación, pues las ideas y prácticas relacionadas con *ser hombre* o *ser mujer*, así como *tener sexo*, forman parte de procesos que se encuentran al interior de representaciones sociohistóricas.

Si se realiza un análisis cronológico de las aportaciones a la *sexualidad* desde los campos disciplinares antes señalados, los postulados de Freud deben ser mencionados en primera instancia. Sus ideas fueron determinantes para posicionar el placer como objeto de estudio. En *El malestar en la cultura*, señalaba: “Se ve claramente que el principio del placer es el que determina el fin de la vida, el que gobierna desde un comienzo las operaciones del aparato psíquico” (Freud, 2012, p. 115). Asocia el placer con la satisfacción de instintos, estando entre éstos el genital y la expresión agresiva, señalando además dos aspectos relevantes del placer: uno positivo (la obtención del goce) y otro negativo (evitación del sufrimiento). El aspecto neurálgico de la relación de los seres humanos con el placer radicaría, según ese autor, en la dificultad para alcanzarlo pues tres hechos: la potencia de la naturaleza, la cualidad finita del cuerpo y la reglamentación de la convivencia entre las personas (cultura), terminarían por limitarlo.

La cultura, entendida como “la totalidad de las obras y de las organizaciones cuya institución nos aleja del estado animal de nuestros ancestros y que contemplan dos objetivos: protección del hombre contra la naturaleza y reglamentación de las relaciones de los hombres entre sí” (Freud, 2012, p. 136), ocupó un lugar central en las disertaciones de Freud. La cultura, desde la elaboración de utensilios, la domesticación del fuego o la construcción de refugios, hasta las producciones artísticas, intelectuales y científicas, marcaría y regularía la forma de vida de los individuos al imponer cotos (de pareja, familiares o legales) a la vivencia del placer, límites desconocidos por los ancestros que vivieron en aislamiento.

La civilización, el progreso, la libertad se construirían a partir de la renuncia (represión, rechazo) de la expresión instintiva (genital y

agresiva) y su sublimación, posibilitando la aparición de actividades psíquicas elevadas, científicas, artísticas o ideológicas. En cuanto al impacto de la renuncia al instinto genital, Freud escribiría:

La elección de objeto de parte de un individuo llegado a la madurez sexual será limitada al sexo opuesto y la mayor parte de las satisfacciones extragenitales serán prohibidas como perversiones. Todas estas interdicciones traducen la exigencia de una vida sexual idéntica para todos; esta exigencia, consideradas las desigualdades que presenta la constitución sexual innata o adquirida de los humanos, restringe el placer erótico en un número considerable de ellos y llega de este modo a ser origen de una grave injusticia (Freud, 2012, p. 158).

Por efecto de la cultura, la vida sexual quedaría profundamente lesionada, no sólo en el terreno de lo que fue denominado *perversidad*, sino al interior del matrimonio heterosexual legítimo y monógamo, al prescribirle una genitalidad reproductiva, negando el origen autónomo de placer. Las fuertes pasiones instintivas terminarían por generar en el individuo un conflicto por la oposición entre las pulsiones del yo (instinto de conservación de sí mismo) y las pulsiones de objeto (instintos libidinales, eróticos, sádicos, de dominación, agresivos) “naturales en los hombres”.¹¹

Las ideas de Freud revolucionaron la perspectiva sexual imperante en su tiempo pues

creó su teoría irrumpiendo a través de la hipocresía y el olvido artificial de su época que relegaba todas las ‘funciones inferiores’ del hombre al dominio de la vergüenza, del ingenio de dudosa especie y de la imaginación mórbida (Erikson, en Marsal, 1976, p. 98).

¹¹ El término “hombres” es utilizado por Freud para referirse exclusivamente a ese segmento de la población. En cuanto a las mujeres poco se aborda en *El malestar en la cultura*. Sin embargo, las escasas referencias del texto sugieren su perspectiva: “Por lo demás, las mujeres no tardan en contrariar la corriente civilizadora y ejercen una influencia que tiende a hacerla más lenta y a contenerla” (Freud, 2012, p. 157).

Estableció las bases para teorizar tres asuntos que adquieren particular importancia en este estudio, que: 1. Desde la infancia, la función sexual se manifiesta a través de fenómenos importantes. 2. La función sexual constituye una gran fuerza “que preserva la vida y se encarga de vincular libidinalmente a los individuos” (Schaufler, 2013, p. 3) y 3. Que esa energía imperiosa acaba por ser sublimada ante disposiciones sociales (Freud, 2012).

Si bien las propuestas de Freud señalan la presencia de principios sociales en el comportamiento sexual, así como una estrecha relación entre personalidad y cultura, las aportaciones psicoanalíticas no constituyen un referente teórico central para esta investigación, debido a sus discrepancias con algunos planteamientos sociológicos, particularmente aquellos desarrollados por Norbert Elias (2012).¹² A partir de su obra, es posible señalar que tópicos como instinto o pulsión, los cuales aparecen en los textos de Freud como asuntos universales y constantes en los hombres, son sucesos “historizados” decantados al interior de procesos civilizatorios de largo alcance.

Pese a que en la obra de Elias (2012) se percibe la influencia freudiana, al mismo tiempo se identifica un claro posicionamiento que distingue el enfoque sociológico del psicoanalítico.

En primer término, Elias critica el esquema de oposición entre el individuo y la sociedad sostenido en la dinámica de las instancias psíquicas: *ello* (parte animal de la economía psíquica), *yo* (parte individual de la economía psíquica) y *super yo* (parte social de la economía psíquica). De acuerdo con el autor, el psicoanálisis había descuidado “la construcción social e histórica de la economía psíquica propia de las sociedades modernas” (Urteaga, 2013, p. 26), universalizando sus conceptos sin someterlos a un riguroso proceso de historización en un marco de interdependencia entre fenómenos políticos, sociales, culturales y psíquicos. En su obra, Elias

¹² Se retoman las ideas de Norbert Elias expuestas en el texto *El proceso de la civilización*.

insistiría en señalar que las oposiciones material/ideal, subjetivo/objetivo, individual/colectivo, individuo/sociedad, consideradas antagónicas, debían ser superadas y concebidas por una visión de sociedad interdependiente (Capdevielle, 2012).

Elias (2012) señalaría también que no se puede entender la psicogénesis de los hábitos en la sociedad civilizada, sin la sociogénesis de éstos, por lo que las estructuras de la personalidad cambian en función de la evolución de la sociedad, por lo cual resulta necesario analizar la economía psíquica en función de las variaciones en los modelos culturales; propuesta que adquiere relevancia en un estudio que analiza el placer sexual como fenómeno historizado, el cual es intervenido desde procesos de socialización que lo nombran, lo estratifican por género y orientan la construcción de sus significados.

En segundo término, Elias criticó de las disciplinas humanas y sociales (incluido el psicoanálisis) la excesiva compartimentación del conocimiento, la focalización en el presente inmediato y la ausencia de articulación entre trabajo conceptual e investigación empírica (Urteaga, 2013). En contraste, pugnó por un trabajo científico interdisciplinario y abierto que rechazara la atomización del individuo o sus acciones:

se concentran a menudo sobre unas representaciones de un solo aspecto de la personalidad humana (solamente sobre la acción o únicamente sobre la experiencia) y que se apoyan así sobre un modelo llano, unidimensional de la personalidad humana descuidando su carácter multidimensional (Elias, 2012).

Su crítica hallaría en el psicoanálisis un terreno fértil, pues los rasgos distintivos con los que Freud construyó su teoría: elitismo, ensimismamiento teórico y escasa vinculación con el ámbito empírico, describían la artificialidad de la realidad social cuestionada por Elias.

En tercer lugar, Elias (2012) propuso que el proceso civilizatorio se fundamenta en la monopolización de la violencia legítima del Estado, la cooptación de los guerreros y el posterior afianzamiento de

un *habitus* civilizado en el que se idealizarían las relaciones sociales pacificadas. En ese contexto, la violencia física sería paulatinamente reprimida, sublimada o transformada en violencia simbólica y relegada a los espacios de ocio o esparcimiento determinados por el contexto civilizatorio. La ruptura del equilibrio que representa la transformación de la violencia física en violencia simbólica, generaría un proceso de des-civilización, expresado en un estallamiento de las pulsiones en contra de las exigencias del proceso civilizatorio, sea expresado en el comportamiento individual o en el de toda una sociedad. En contraste, el psicoanálisis freudiano señalaría el instinto agresivo como asunto innato, autónomo en el hombre (Freud, 2012), explicando la expresión de la pulsión de objeto en función de la economía psíquica (neurosis, psicosis, perversión).

En cuarto y último término, Elias insistió en la necesidad de una sociología de larga duración que atendiera minuciosamente los procesos históricos de largo alcance. Desde su óptica, la diversidad, la personalidad o el comportamiento, no se pueden explicar desde las acciones individuales, sino desde *habitus* contextualizados en el tiempo y el espacio.¹³ En su perspectiva, la psicología y el psicoanálisis habrían fallado en acoplar la psicogenética y la sociogenética para dar cuenta de la existencia social de las personas.

Otro *corpus* disciplinar con importantes aportaciones para la reflexión de la sexualidad en general y del placer sexual en particular, son los estudios feministas, específicamente aquellos asociados a la vertiente de la *segunda ola*.¹⁴ Este grupo de mujeres se valió de las aportaciones sexológicas de Kinsey, Masters y Johnson para

¹³ El *habitus* social se manifiesta en códigos de conducta, cuyos esquemas se transforman con el paso del tiempo, pero que hacen referencia a disposiciones que son compartidas por los miembros de una sociedad. El *habitus* individual remite a la conducta y disposición emocional de un individuo (Zabludovsky, 1999, p. 169).

¹⁴ El feminismo de la segunda ola, cuya presencia puede ubicarse entre los 60 y 70 del siglo pasado, se caracterizó por el rechazo a descripciones patológicas oficiales sobre el lesbianismo y trastornos neuróticos e histéricos, oposición a los pronunciamientos psicoanalíticos de la sexualidad y reformulación de supuestos en torno al clítoris y el placer sexual de las mujeres (Gerhard, 2001, p. 250).

cuestionar la organización social existente detrás de la interpretación de la conducta sexual de las mujeres. Sus críticas refutaron las interpretaciones con respecto al origen inconsciente de los *trastornos sexuales*, la existencia del orgasmo vaginal o la patologización del clítoris como forma desviada de sexualidad; señalaron el sexismo del psicoanálisis, la hegemonía del modelo heterosexual y las limitaciones de la sexología estadounidense en su interpretación del cuerpo.

De esos grupos de mujeres surgieron voces advirtiendo que la interpretación del placer sexual nunca ha sido neutra, que nunca se ha visto sólo como un proceso corporal asociado a estructuras anatómicas, pues detrás de sus inferencias se encuentran sistemas de organización social que inventan el cuerpo, sus límites y potencialidades. Señalaron también que, a lo largo de la historia de la humanidad, las interpretaciones del cuerpo han sido útiles para controlar sus posibilidades de placer sexual. Desde su perspectiva, el clítoris y el orgasmo en las mujeres se hallan marcados por la exégesis androcentrista, por eso señalaban: “El orgasmo y las maneras de producirlo eran y son anómalas desde un punto de vista biológico, así como político y filosófico” (Maines, 2001, p. 183).

Fueron también esos grupos feministas los que se negaron a aceptar la propuesta de las disfunciones sexuales y establecieron, en cambio, las disfunciones sociales: sexismo, homofobia y heterosexualidad obligatoria, como base de las dificultades para vivir el placer sexual (Gerhard, 2001, p. 244). Con sus contribuciones, evidenciaron que eran los papeles sociales asignados a las mujeres los que generaban limitaciones para el placer, puesto que sólo en la desarticulación de un coito que sostiene prácticas desiguales, de poder y subordinación, las mujeres encontrarían prácticas sexuales satisfactorias. Este sector del feminismo planteó la existencia de una “sexualidad patriarcal” palpable en una serie de condiciones culturales desde las que se asume que lo “natural” para los hombres lo es también para las mujeres (Lonzi, 1981, p. 46). Mostraron también que esa sexualidad patriarcal se fundamentaba en tres hechos: la imposición del coito, reproducción y negación del placer sexual de las mujeres.

Al interior de esta sexualidad patriarcal, el coito se impone como modelo igualitario de placer para hombres y mujeres mediante complejas disposiciones sociales: supuestos científicos que afirman la existencia de dos tipos de placer sexual (el vaginal y clitoriano) proclamando la normalidad y madurez del primero; criterios de patología mental-sexual asociados a la dificultad recurrente y persistente para obtener el placer sexual mediante zonas moderadamente erógenas (vagina); la existencia de sociedades que mutilan físicamente el cuerpo de las mujeres para privarlas del acceso al placer; la ausencia de medios que apoyen en las mujeres la búsqueda y libre manifestación del placer basado en sus gustos y necesidades; ellos ejemplifican esas disposiciones, las cuales persisten aun cuando múltiples investigaciones sexológicas ejemplifican las disímiles implicaciones fisiológicas y emocionales del coito para mujeres y hombres.

Los esfuerzos por imponer a las mujeres el orgasmo vaginal o los constructos: enferma, histérica, neurótica o frígida a quienes no alcanzan el orgasmo con el coito, evidencian un conjunto de estrategias para mantener una interacción sexual centrada en la penetración. Del mismo modo, el tratamiento de los *trastornos sexuales* con masaje genital, terapia psicoanalítica o sexual, revela los sistemas sociales que se ocultan tras las prácticas científicas, pues ninguno de ellos modifica “la disonancia entre realidad y modelo sexual androcéntrico” (Maines, 1994, p. 191).

Desde la perspectiva feminista de la segunda ola, autoras como Gerhard (2001) y Koedt (2001) señalan que la preeminencia del acto sexual centrado en la eyaculación en la vagina forjó un “mito genital”, el cual llevó las actividades sexuales hacia una meta reproductiva. Esto, aunado al interdicto para las mujeres de la masturbación o cualquier otra forma de estimulación de sus órganos sexuales que no sea a través del coito, terminó por encauzar una sexualidad no reproductiva desde la cual no se integra al clitoris como zona de placer.

Con respecto a la negación del placer sexual de las mujeres, las feministas evidenciaron un conjunto de intervenciones científicas que ajustaban los cuerpos a los discursos:

Para que el acto sexual sea completamente satisfactorio para una mujer, ella debe, en las profundidades de su mente, desear, entrañable y completamente, ser madre [...]. La regla es: mientras menor sea el deseo de una mujer de tener hijos y mayor sea su deseo de emular al hombre [...] menor será su disfrute del acto sexual (Gerhard, 2001, p. 234).

Un conjunto de argumentos androcéntricos define la sexualidad de las mujeres y oculta antiguos conocimientos en los que se reconocía al clítoris como su epicentro del placer sexual. La negación de éste, refuerza un modelo de sexualidad heterosexual focalizado en la penetración, la reproductividad e interesado en la satisfacción sexual de los hombres.

Los argumentos feministas mostraron otro hecho incuestionable: la ausencia de fundamentos anatómicos en los planteamientos relativos al placer sexual de las mujeres, tanto los relativos al *refinamiento cultural asexual*, como los del orgasmo vaginal. Éstos fueron contruidos a partir de representaciones, supuestas características psicológicas, y se mantienen, pese a múltiples evidencias que los contradicen, por la voluntad de una sociedad que no busca cambios en los roles de las mujeres (Koedt, 2001, p. 257).

En contraste con el olvido sexológico y psicoanalítico, las feministas postularon el clítoris como estructura corporal central, tanto para el placer como para contrarrestar la subordinación social y sexual. El placer sexual fue planteado como asunto político, vinculado con sociedades patriarcales y prácticas de dominación, pues la significación del cuerpo y del placer sexual se fundamenta en prácticas sociales y se cristaliza en estereotipos de género, salud mental y estilos de interacción entre mujeres y hombres. Ante estos argumentos, esta investigación reconoce al cuerpo y al clítoris como base para el placer sexual en las mujeres, pero no se le concibe sin

sus nexos con un cuerpo social, más aún, es posible afirmar que es representado por el cuerpo social y puesto a su servicio mediante el lenguaje de la ciencia: biología, medicina, psicología, sexología. Más allá del clítoris y el orgasmo como realidad material, el placer en general y el placer sexual se conciben como fenómenos que precisan ser analizados desde los dispositivos sociales que inciden en la interpretación de los cuerpos. Por ello, distanciándose de las aportaciones sexológicas y psicoanalíticas, esta obra retoma planteamientos de Foucault, de estudios feministas y sociológicos para los que la sexualidad es un producto cultural que carece de esencia o cualidades naturales, como resultado de sistemas de poder-conocimiento, los cuales son expresados en discursos que se infiltran a los individuos y llegan a ser considerados aspectos esenciales o identitarios (Entwistle, 2002, p. 223).

Una aproximación al placer sexual desde los estudios sociales

Para conocer el estado actual de investigaciones en torno al placer sexual, se consultó el banco de datos del proyecto de investigación “Cuerpo y afectividad en la sociedad contemporánea. Una aproximación desde la sociología” (Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología núm. 106 627) Universidad Autónoma Metropolitana (UAM-Azcapotzalco).¹⁵

El procedimiento consistió en revisar 2 027 títulos de artículos mediante el uso de cuatro descriptores: *sexual*, *sexuality*, *pleasure*, *sexualities* para los textos en inglés; y sexual, sexualidad, placer y sexualidades, para los aquellos en español. Como resultado de la búsqueda, se encontraron 59 artículos relacionados con los descriptores (2.9% del universo de artículos publicados).

¹⁵ El banco de datos reúne 2 755 artículos publicados entre 1989-2008 en cuatro regiones: anglosajona, francesa, castellana y mexicana. Proviene de cinco portales electrónicos: SAGE, REIS, E-REVISTAS y REDALYC. Las responsables del proyecto son las Dras. Adriana García Andrade y Olga Sabido Ramos.

De las publicaciones anglosajonas, se revisaron 1 787 títulos, 48 de los cuales (2.6%) se relacionaron con uno o más de los descriptores ya señalados. Pese al bajo porcentaje, resultó relevante encontrar dos revistas especializadas en sexualidad: *Sexualities* y *Theology and Sexuality*, así como una más: *Body & Society*, con múltiples publicaciones relacionadas con los descriptores de la investigación documental (34 de las 48 seleccionadas).

En cuanto a las publicaciones en castellano, se encontraron 97 artículos, 7 de los cuales incluyeron en sus títulos uno o más de los cuatro descriptores. Pese a la notable diferencia entre la producción anglosajona y la castellana (1 787 vs 97 artículos), en ésta última se encontró un mayor porcentaje (7.2% de artículos), posicionándose como un objeto más estudiado que en la base anglosajona. Por su parte, entre las publicaciones mexicanas se seleccionaron 55 artículos, cuatro de los cuales hicieron referencia a uno o más de los descriptores.

Tendencias en estudios anglosajones, españoles y mexicanos

Seleccionados los artículos, se procedió a la lectura de 55 *abstracts* (cuatro artículos no contaban con éste). La procedencia de los trabajos se ubicó en seis tradiciones del conocimiento: estudios de género, estudios feministas, filológicos, sociológicos, antropológicos y psicoanalíticos.

La lectura de los *abstracts* permitió identificar la existencia de dos tipos de trabajos: ensayos teóricos (históricos, filosóficos o críticos) e investigaciones de corte cualitativo elaboradas a partir de intervenciones con grupos focales, entrevistas en profundidad y semiestructuradas, observación participante, encuestas y análisis de textos. A partir de la lectura de los *abstracts*, también se identificaron cinco tendencias, las cuales se presentan a continuación en función de la frecuencia con que fueron halladas en los artículos.

Cuerpo y sexualidades

Este grupo de artículos plantea el cuerpo como eje analítico. Ambos tópicos se presentan como construcciones mediadas por múltiples discursos con predominancia de aquellos emanados desde la medicina y los medios. Los textos plantean que, al tratarse de construcciones sociales, ambos tópicos son depositarios de representaciones y prescripciones, convirtiéndose en objetos sobre los cuales se imponen estándares diferenciados por sexo. Enfatizan también los vínculos entre prácticas sexuales de los individuos y normatividades.

Género y sexualidades

Estos textos ubican el género como eje de análisis; plantean la existencia y el efecto de ideologías y sistemas políticos asimétricos, desiguales, patriarcales, los cuales se valen de la construcción de diferencias anatómico-sexuales para controlar: la sexualidad, el deseo y las oportunidades de realización de las mujeres en distintos ámbitos.

Identidades y representaciones sexuales

Los artículos establecen relaciones entre subjetividades, discursos y disposiciones heteronormativas. Se señala el papel de la *agency* en la mediación de las representaciones de la sexualidad.

Política y placer sexual

Ubican la política como eje para el análisis del placer sexual. Señalan la existencia de políticas del cuerpo y normatividades que inciden en las acciones de las personas. De acuerdo con los textos, el poder social muestra sus efectos en la relación de las personas con el placer sexual.

Prácticas y orientación sexual

El último grupo de textos se centra en la manera como se obtiene el placer. Se analizan prácticas (sexo en público, virginidad, entre otras) y posibilidades sexuales (homosexualidad, heterosexualidad, transexualidad) marcadas por signos contemporáneos: heteronormatividad, homofobia, farmacologización, medios de información, imposición, ausencia de autonomía en los modos de vivir y significar la sexualidad.

De la revisión de los 55 *abstracts*, se identificó en ambas bases (anglosajona y mexicana) diez textos particularmente relacionados con el placer sexual:

1. Fiona Stewart (1999). *Femininities in Flux? Young Women, Heterosexuality and (Safe) Sex.*
2. Myra Hird (2002). *Out/Performing Our Selves: Invitation for Dialogue.*
3. Hannah Frith (2000). *Focusing on Sex: Using Focus Groups in Sex Research.*
4. Sarah Oerton y Joanna Phoenix (2001). *Sex/Bodywork: Discourses and Practices.*
5. Bülent Diken y Lausfsen Carsten (2005). *Sea, sun, sex and the discontents of pleasure.*
6. Virginia Braun (2005). *In Search of (Better) Sexual Pleasure: Female Genital 'Cosmetic' Surgery.*
7. Jennifer Croissant (2006). *The New Sexual Technobody: Viagra in the Hyperreal World.*
8. Alexander Lambevski (2005). *Bodies, Schizo Vibes and Hallucinatory Desires-Sexualities in Movement.*
9. Marta Lamas (2000). *Diferencias de sexo, género y diferencia sexual.*
10. Ana Amuchástegui y Marta Rivas (2004). *Los procesos de apropiación subjetiva de los derechos sexuales: notas para la discusión.*

El análisis de texto completo de estos artículos mostró que hasta hace poco tiempo los significados del cuerpo, el sexo y la sexualidad se habían vinculado a *lo natural*, manteniéndose alejados de procesos de construcción social. Tal como lo refieren Csordas, 1994; Davis, 1997; Frank, 1991; Scott y Morgan, 1993; Shilling, 1991; Turner, 1996 (en Oerton y Phoenix, 2001), tras décadas deconstruccionistas y de estudios críticos feministas, es cada vez más claro que sus significados resultan de discursos creados en contextos específicos.

Los textos coinciden en plantear que los significados para el sexo y la sexualidad tienden a ser fusionados en el cuerpo, pero entendido este último desde el *embodiment*, es decir desde la experiencia encarnada: “el sexo y la sexualidad existen como categorías significantes porque están encarnados en experiencias” (Simón, 1996, en Oerton y Phoenix, 2001, p. 391). Si el sexo se desacopla del cuerpo se convierte en un espacio vacío, pues:

todos los discursos de la sexualidad son inherentemente discursos sobre otra cosa: la sexualidad, en lugar de servir como un hilo conductor que unifica la totalidad de las experiencias, es la variable dependiente final, que requiere a menudo más explicación de lo que ella misma explica (Simon, 1996 en Oerton y Phoenix, 2001, p. 391).

Se aprecia entonces que el corazón de la sexualidad no son las prácticas sexuales, sino un espacio donde diferentes guiones sexuales pueden ser escritos. Éstos sugieren el qué, dónde o con quién, con respecto a determinadas prácticas sexuales (Weeks, 2012, p. 117). A diferencia de los *roles sexuales*, que desde una perspectiva funcionalista-determinista presentaban las rutas de acción, los guiones señalan que, tanto el comportamiento sexual moralmente aceptado, como sus variaciones, no son azarosas, sino que se originan en interacciones sociales estructuradas mediante el lenguaje y otros símbolos. Los guiones sexuales pueden ser normativos, pero desafiantes, ofrecen posibilidad de agencia, pero también de aceptación/

obediencia: “Los guiones no son esclavos de las necesidades sociales, sino que surgen en el incesante proceso de construcción de significados humanos” (p. 117).

La sexualidad encarnada recicla los discursos de la moral-inmoralidad, bien-mal, enfermedad-salud, suciedad-limpieza, reputación-desprestigio, recreando incesantemente nuevos significados. La sexualidad se entiende como una práctica social y a las sociedades como generadoras de representaciones sociales y posibilidades prácticas para los individuos (Connell, 1997; Jackson y Scott, 2001, en Braun, 2005, p. 409). En este sentido, las relaciones sexuales poseen *per se* una naturaleza social que las hace susceptibles de contradicciones internas y, por lo tanto, de alteración histórica.

En los textos revisados, la sexualidad presenta dos dimensiones. Una macro que incluye los sistemas de relaciones, las normas de género, las identidades (masculina, femenina); y otra microsituacional visible en las relaciones sexuales, signadas por luchas de poder, dependencia, posesión, pasividad, impotencia, que se interrelacionan para estructurar las condiciones materiales de las interacciones sexuales (Vance, 1984, en Stewart, 1999). Los artículos presentan un reclamo en torno a que comprender una sociedad significa vincular procesos estructurales e históricos con las biografías individuales, entender los asuntos personales como públicos (Croissant, 2006, p. 342).

Por otra parte, el placer sexual es descrito en los textos como espacio en conflicto. Desde una de las vertientes encontradas (la anglosajona), se le aprecia como *objeto* que recibe excesiva atención por parte de especialistas y empresas (farmacéuticas, publicitarias) quienes lo promueven como fuente de beneficios para las personas. El placer sexual se relaciona con la felicidad personal e incluso con mejoras en la identidad (Seidman, 1991; Braun *et al.*, 2003; Gordon, 1971, en Braun, 2005, p. 408).

El placer y la erotización emergen como tendencia apreciable en la oferta y demanda de tratamientos que pretenden mejorar el cuerpo, e incluso trascender los límites de la genética, así como en la difusión de técnicas sexuales para mejorar el *talento amorio*. A

esta visión se asocian dos prácticas difundidas mundialmente: la cirugía estética genital (CEG) dirigida a mujeres y la masificación del uso de fármacos sexuales (FS) destinada a los hombres.

Los procedimientos quirúrgicos referidos con el término CEG incluyen: reducción de labios vaginales (labioplastía), aumento de labios mayores, liposucción en monte de venus, estrechamiento vaginal (vaginoplastía), amplificación del punto G, reposicionamiento o reconstrucción del clítoris y reconstrucción del himen (himenoplastía). En todos estos casos, la cirugía se ofrece como solución a insatisfacciones del cuerpo y como medio para resignificar atributos negativos relacionados con los genitales de las mujeres.

De acuerdo con Braun (2005), la práctica de cirugías estéticas genitales en mujeres se ha popularizado durante los últimos 20 años. De un par de peticiones al año pasaron a 40 solicitudes al mes en Nueva Zelanda.¹⁶ La popularización de estas cirugías hace de los genitales de las mujeres, espacios viables para la intervención médica, un campo hasta hace algunos años apenas mencionado por esos especialistas, convirtiéndolos al mismo tiempo en espacios oportunos para la comercialización en los medios informativos.¹⁷

En el caso de los hombres, el placer sexual es promovido como producto residual de erecciones inducidas mediante los fármacos sexuales Viagra, Cialis o Levitra, pues su uso asegura erecciones disponibles a la demanda. Como ocurre con las mujeres, los genitales se convierten en promesa de buen rendimiento corporal, en garantía de felicidad y satisfacción (Croissant, 2006, p. 338).

¹⁶ Un estudio realizado en 2011 en el Reino Unido señaló la realización de 2 000 operaciones de este tipo en hospitales públicos, sin contabilizar las realizadas en hospitales privados (Anónimo, 23 de noviembre de 2012). Mientras que en Colombia dos de cada 10 mujeres se practicó una cirugía genital (Plástica. Imagen & Juventud (s/f).

¹⁷ Los textos revisados no ofrecen un análisis detallado de las condiciones sociales de las mujeres que acceden a este tipo de cirugías (clase, ingresos, composición familiar, costo de cirugías, medios de pago de los servicios médicos), tampoco de su capital cultural, condiciones laborales o de pareja. Sin embargo, es posible inferir que las CEG no constituyen sucesos cercanos a la cotidianidad de las mujeres de nuestro país.

Los textos señalan que, aunque algunas CEG se deben a situaciones físicas, la mayoría se practican como solución a problemas de estética genital, con lo que se da a la apariencia de los genitales poder para crear timidez, vergüenza, estrés o trastornos de ansiedad.

Las cirugías no sólo permiten a los médicos la intervención del cuerpo. Aquí aparece otro agente importante en la descripción de factores relacionados con los significados del placer sexual: la psicología. Las aportaciones de profesionistas de esta disciplina explican el aumento de placer después de las cirugías puesto que, desde su perspectiva, la nueva apariencia física mejora la autoestima, ofrece mayor seguridad y libertad con la pareja. De este modo, el factor psicológico se convierte en clave para pasar de una sexualidad impedida a una liberada: orgásmica.

El efecto de la visión psicológica es notable en la demanda de cirugías; en la creación de categorías clínicas como ansiedad genital¹⁸ o en la validación de las transformaciones corporales, sin atender que detrás de éstas se hallan representaciones culturales en torno al cuerpo de las mujeres. Con respecto a este efecto, Foucault enfatizaría el modo en que los discursos científicos, a partir del binomio saber-poder, permean las expectativas de los individuos contribuyendo en la creación de necesidades y comportamientos que reproducen los esquemas sociales convalidados.

En cuanto a la promoción del placer sexual desde el comercio de productos sexuales, los textos revisados muestran a los medios de información, particularmente las revistas, como la principal fuente para la construcción social de ideas acerca de la apariencia, salud, enfermedad y sexualidad. A través de ellas, se ofrecen cirugías y medicamentos como alternativa de embellecimiento, funcionalidad, bienestar o estabilidad, influyendo tanto en la representación de los cuerpos como de sus sentimientos (Braun, 2005, p. 420).

¹⁸ El término genital anxiety se refiere a la preocupación persistente de las mujeres con respecto a la apariencia de su vulva (Braun y Wilkinson, 2001 y 2003; Reinholtz y Muehlenhard, 1995; Roberts *et. al.*, 1996, en Braun (2005).

Las revistas dirigidas a población femenina son una de las fuentes más importantes para la aceptación de las cirugías. Los anuncios tienen un doble efecto: por un lado, prometen sexo perfecto y una nueva identidad (Croissant, 2006, p. 338) y por otro, tienen potencial para producir consumidores ansiosos de tratamientos médicos para solucionar sus problemas; en otras palabras, los medios construyen y legitiman la naturaleza de los problemas y sus soluciones (Braun, 2005, p. 419).

En el caso del placer sexual en los hombres este proceso es evidente, pues los anuncios pagados por las farmacéuticas remiten a los consumidores hacia formas idealizadas de rendimiento sexual, de los hombres jóvenes. Así, el medicamento se ofrece como regreso a la juventud viril, estableciéndola al mismo tiempo como estándar de normalidad sexual (Croissant, 2006, p. 336).

Otra perspectiva del placer sexual se encontró en los artículos mexicanos. Estos textos presentan una realidad alejada de la anglosajona. El análisis revela que se trata de un asunto con escasa atención, particularmente cuando se trata de las mujeres.

Un artículo de Amuchástegui y Rivas (2004), propone reflexionar sobre el proceso subjetivo mediante el cual las personas reconocen sus posibilidades para disponer de su cuerpo, sexualidad y reproducción, otorgándose la autorización para hacerlo. Este sentido de apropiación se revisa en dos áreas de la vida de un grupo de mujeres: el placer y la crianza: El hallazgo central es que existe una mayor apropiación de la crianza —derechos reproductivos— que del placer —derechos sexuales— (Amuchástegui y Rivas, 2004, p. 548). El placer sexual se muestra como territorio en conflicto puesto que el dominio del cuerpo, la sexualidad y el amor transcurren en contextos de relaciones de poder y desigualdades de género, hechos que coinciden con los resultados de otras investigaciones (García, R., 2015). El amor aparece como una intensa forma de vinculación afectiva que, si bien no se refiere exclusivamente a las relaciones entre parejas, encuentra en la modalidad amor romántico un contexto privilegiado para la dominación masculina (García, A., 2013, p. 38).

El texto de Amuchástegui y Rivas (2004) muestra que el conflicto en la apropiación del placer sexual se debe, entre otros fenómenos sociales, a su paso por varios filtros antes de convertirse en una posibilidad para las mujeres; por el discurso católico —presente en nuestro país desde hace varios siglos— que le confina al pecado; el de la sexualidad y la salud (presentes en procesos modernizadores como la educación pública, los medios de información o el fenómeno migratorio hacia áreas urbanas de México o los Estados Unidos). Estos filtros sujetan el placer sexual a modelos heteronormativos que no ofrecen condiciones para su apropiación. De acuerdo con las autoras, la noción de apropiación del placer, como proceso subjetivo, está dificultado por condiciones de producción, sujeción social y cultural; así como por ordenamientos de género. El género se presenta como una categoría de importancia central que hace referencia a lo social, histórico y simbólico; que describe estructuras y relaciones donde se construyen múltiples variantes de la masculinidad y la femineidad: “El género alude a la simbolización que se hace de la diferencia anatómica, que es construida culturalmente e internalizada en el psiquismo de los seres humanos” (Lamas, 2016, p. 156). Al dotar de significados diferenciados a la anatomía, se simboliza la sexuación y se establecen mecanismos de desigualdad y relaciones de poder.

Como lógica cultural, el género implica procesos sociales que atribuyen un conjunto de reglas, códigos y sanciones a las personas en función de su cuerpo, justificadas a partir de hechos simbólicos, los cuales constituyen conjuntos de disposiciones y prácticas que inciden en la identidad y subjetividad. Sin embargo, el género es un acto performativo “en el que el significado es construido por los mismos términos que participan en su definición. Por eso la persona interpreta las normas de género recibidas de tal forma que las reproduce y organiza de nuevo” (Butler, en Lamas, 2016, p. 160). El género es, para este estudio, una categoría útil para clarificar aquellos procesos por medio de los cuales las personas se asumen mujeres u hombres en esquemas de interacción binarios, complementarios y heteronormativos.

Varios artículos analizan el efecto de la visión medicalizada y comercializada de la sexualidad en la vida las personas¹⁹ y señalan tres situaciones con implicaciones en el placer sexual: la centralidad del orgasmo, el mantenimiento de expectativas patriarcales y la patologización del cuerpo.

Con respecto a la primera, tanto en los discursos médicos como en los mediáticos, el orgasmo ocupa una posición privilegiada: expresión más deseable e importante del sexo (hecho subrayado en la sección precedente), presentándolo como suceso incuestionablemente deseable. Subsumido en una retórica libertaria de la sexualidad de las mujeres, la búsqueda del orgasmo se legitima primero para ser luego considerada una obligación, al equipararse como manifestación inequívoca de salud mental y sexual. Desde estas expectativas, se le coloca como derecho o como deber y se visibilizan cirugías y fármacos como recursos disponibles para obtenerla. Destaca también la ausencia de cuestionamientos con respecto al lugar otorgado. Lo que implica otro hecho: la invisibilización de otras formas del placer sexual, pues al concebir como interacción sexual ideal un performance para tener orgasmos, las experiencias que inducen otros matices de placer sexual (no el orgasmo de descarga, explosivo, equiparado con la eyaculación masculina) quedan desdibujadas de las posibilidades eróticas de las personas. La invisibilización se aprecia a través de mensajes donde otras formas de placer, por ejemplo, aquellas obtenidas por besos, caricias o prácticas sexuales no penetrativas, son relegadas a un segundo término por distanciarse del modelo masculino de actividad sexual. Finalmente enfatizan que tras la idea del orgasmo se estructura un andamiaje heteronormativo, pues se presupone que éste proviene de relaciones coitales.

El segundo grupo de implicaciones asociadas a las cirugías: el mantenimiento de expectativas patriarcales explica que la idea del

¹⁹ Para mayor referencia se puede consultar: *The New Sexual Technobody: Viagra in the Hyperreal World*; *The New Sexual Technobody: Viagra in the Hyperreal World* y *The New Sexual Technobody: Viagra in the Hyperreal World*.

placer se desplaza, de una experiencia liberadora hacia una experiencia obligada, dando cuenta de la trampa oculta en una supuesta acción de empoderamiento (Gagne y McGaughey, 2002; Gillespie, 1996; Negrín, 2002, en Braun, 2005, p. 409). Señalan también que las cirugías adaptan los genitales no sólo a un prototipo *normal del cuerpo*, sino a que sean más susceptibles para la estimular sexualmente a los hombres durante el coito, lo que contribuye a que las mujeres se conformen a los valores tradicionales heterosexuales. Es decir, se adaptan los cuerpos a ciertas prácticas heterosexuales en lugar de diseñar prácticas sexuales que se adapten a los cuerpos. El placer sexual así obtenido, refuerza los límites de la heterosexualidad normativa ofreciendo libertad sexual dentro de un marco de referencia muy limitado (Braun, 2005, p. 413).

El mantenimiento de expectativas patriarcales se aprecia también en la promoción del orgasmo mediante la penetración vaginal, hecho que eclipsa otras vías para la obtención del placer, lo cual se puede interpretar como un intento de limitar la satisfacción sexual de las mujeres a la penetración, principal medio para obtención del placer sexual en los hombres (Croissant, 2006, p. 337). Al centrarse el interés en las condiciones circunscritas a la penetración (coito), se desestiman condiciones estrechamente relacionadas con los significados del placer sexual, como la relación de pareja o ciertas variables contextuales (Braun, 2005, p. 419).

El peso de la heteronormatividad es también evidente en la promoción de fármacos sexuales. La publicidad ofrece un uso heterosexual que deja fuera del imaginario médico a personas con prácticas hetero u homosexuales no coitales o prácticas autoeróticas. “Más duro, más fuerte, más largo” se materializa en un modelo fálico de la sexualidad masculina, donde la penetración es el único aspecto importante de la dinámica heterosexual (Croissant, 2006, p. 337).

Pese a que entre los hombres se comercializa la idea del falo erecto, la realidad del rendimiento sexual es que es impredecible a cualquier edad y dependiente de sucesos como el estado emocional,

problemas en la relación de pareja, consumo de alcohol o drogas, factores todos enmascarados por la ilusión del uso de fármacos sexuales. Así pues, la oferta de drogas sexuales reproduce fantasías de un desempeño sexual hiperreal donde, a pesar de años de descuido físico, de no hacer ejercicio o de afectaciones en la salud, el efecto del medicamento acercará al usuario a estándares ideales de rendimiento sexual (Croissant, 2006, p. 336).

Los anuncios de fármacos sexuales hacen de la *eficiencia técnica* el criterio sexual más importante. Los medicamentos se toman para garantizar un pene que logrará su propósito principal; producir orgasmos. Estos medicamentos “se han convertido en píldoras de la felicidad que ofrecen una dosis inmediata” (Weeks, 2012, p. 264), se ofrecen como liberadores de la *deficiencia sexual masculina* creada desde los estándares de desempeño sexual impuestos por profesionistas y mercadólogos. “Toda la ciencia (*sexual*) no es más que una vidriera, afirma Tiefer (2006), de una industria que quiere estandarizar los placeres sexuales para maximizar globalmente sus ventas” (Weeks, 2012, p. 265). La intimidad sexual y las emociones no figuran entre los objetivos del encuentro sexual, en cambio la promesa de las erecciones ofrece seguridad y autoestima.

El tercer grupo de implicaciones asociadas a las cirugías, agrupadas bajo el nombre: patologización del cuerpo, señalan que, tanto en mujeres como en hombres, al invisibilizar la participación de variables contextuales en las relaciones sexuales, se crean expectativas con respecto a *habitar cuerpos defectuosos* que precisan intervenciones quirúrgicas-farmacológicas para ser *normales*. Ciertas estructuras anatómicas del cuerpo de las mujeres (como el tamaño, textura o color de la vulva) o determinados estándares de rendimiento sexual en el caso de los hombres (grado de erección, duración de la misma), son vistos como inadecuados, por lo que se ofrecen productos capaces de transformarles en cuerpos deseables (Braun, 2005, p. 414).

Fármacos y cirugías, industria y economía, discurso científico y mediático, constituyen parte importante del contexto en el que

las mujeres se aproximan a la vivencia del placer sexual. A través de exigirlo, promover su derecho u ofrecerlo como producto, todos contribuyen en la conformación de una experiencia problemática cuyas fronteras se delinean por una corporalidad generizada en la que las elecciones individuales adquieren valor y significado único, asuntos que no pueden ser comprendidos desde el esencialismo biológico. Revelar las implicaciones de la medicalización del placer sexual es una de las aportaciones de los estudios sociales en la problematización del placer sexual, pero como se verá en la siguiente sección, es una entre un notable conjunto de contribuciones.

APORTACIONES DE LAS CATEGORÍAS CORPORALIDAD Y AGENCY EN UN ENFOQUE SOCIOLOGICO DEL PLACER SEXUAL

La perspectiva de las ciencias sociales mostrada en las secciones precedentes ofrece un fructífero contexto general para aproximarse al estudio del placer sexual. Sin embargo, dos categorías derivadas del procesamiento de los datos ofrecieron vastas posibilidades para analizar el placer sexual: corporalidad y *agency*, específicamente la *agency sexual* de Weeks (2012), ambas aportaron elementos sociológicos para identificar los significados de la experiencia del placer sexual, propósito central de esta investigación. Aunque los estudios revisados señalan la relevancia del cuerpo en la comprensión de las estructuras sociales y de interacción, éste y sus significados ocuparon un papel de poca relevancia para la tradición clásica de la sociología (Entwistle, 2002, p. 24), acontecido en buena medida por su adscripción a una visión moderna que tiende, por un lado, a contraponer naturaleza/cultura, acción/estructura, corporalidad/consciencia, y por otro a separar lo conceptual/cognitivo/teórico, de lo físico/perceptivo/imaginativo (García Fernando, 1994).

Fue consecuencia de la difusión de criterios estructuralistas, postestructuralistas y fenomenológicos de Mauss, Douglas, Foucault y

Merleau-Ponty, que el pensamiento sociológico transformó su interpretación clásica del cuerpo como entidad biológica o fenómeno natural, hacia perspectivas híbridas donde éste se percibía como objeto de la naturaleza mediado por la cultura (Entwistle, 2002, p. 28) o incluso en posturas que rechazaban el dualismo entre lo social-cultural y lo biológico-natural, planteando una *corporalidad* o *encarnación* que capta ontológica y metodológicamente al cuerpo, así como el papel que cumple en la construcción de la realidad social (García Fernando, 1994).

En la transición hacia la perspectiva de la corporalidad, los estudios antropológicos fueron determinantes pues establecieron la legitimidad del cuerpo como objeto de estudio. Enfatizaron, además, que mujeres y hombres hacen diferente uso del cuerpo debido al género que marca la interpretación de los cuerpos (Entwistle, 2002, p. 28), con lo cual deslizaron el foco de atención hacia la vivencia del cuerpo y lo que se hace con éste. Los estudios de Foucault también impulsarían la transformación de las perspectivas del cuerpo al colocarlo en el centro de los discursos y tecnologías disciplinarias de las sociedades modernas, las cuales inducen modos de pensarlo y habitarlo a partir de ejercicios de poder que se activan al interior de sistemas de vigilancia orientados a que los individuos disciplinen su propia conducta (Foucault, 2005).

Entwistle (2002) refiere un “paradigma de la corporalidad” como opción al “paradigma del cuerpo”, el cual apunta a la interpretación del cuerpo como una representación, un campo independiente. En contraste, el segundo paradigma proponía un cuerpo con realidad propia que rebasaba los discursos que lo definían, un ámbito existencial de la cultura presente en la experiencia del corporal y las prácticas sociales. La corporalidad mostraría las múltiples realidades que habitan el cuerpo:

es carne y hueso, pero también entidad social, es símbolo primario del yo, pero también de la comunidad; es algo que tenemos y algo que somos, que nos tiene; es individual y único, pero también es común con toda la humanidad;

es a la vez sujeto y objeto [...] es en sí mismo un constructo social (García Fernando, 1994, p. 45).

El paradigma de la corporalidad señala a la percepción y la experiencia como los elementos centrales de las relaciones de los individuos:

Llegamos a entender nuestra relación con el mundo a través de la situación de nuestros cuerpos física e históricamente en el espacio. Lejos de ser meramente un instrumento u objeto en el mundo, nuestros cuerpos son los que nos dan nuestra expresión en el mismo, la forma visible de nuestras interacciones (Entwistle, 2002, p. 45).

La corporalidad se plantea como proceso de reflexión cuyos significados físicos y simbólicos resultan de la objetivación de la cultura de referencia (*v. gr.* erotización, biologización, entre otros), la cual se concreta a través de interacciones y reinterpretaciones de los individuos (Salinas, 1994). Desde esta perspectiva se sugiere que, tanto la estructuración sensorial como la experiencial, cambian socio-históricamente y que es en la interacción social comunicativa donde el cuerpo adquiere orden, sentido o significado; en suma, donde se construyen los agentes sociales (Salinas, 1994; García Fernando, 1994).

La corporalidad es el proceso que posibilita la reproducción de marcos de sentido, identidades, disposiciones duraderas (*habitus*), que se construyen a lo largo del proceso histórico de humanización.

El uso de la perspectiva de la corporalidad, ofrece a este estudio la posibilidad de interpretar el placer sexual como producto de la reflexión e interpretación histórica. Es en la corporalidad donde el placer sexual se vuelve realidad. El cuerpo es una condición esencial para el placer sexual (realiza la acción) sin cuya existencia no es posible, pero es al mismo tiempo insuficiente para ofrecerle sentido al interior de la historia personal. Son el conjunto de disposiciones corporales las que ofrecen condiciones para su aprendizaje y significación.

A través de la corporalidad es posible integrar los *factores biológicos* con la siempre acompañante presencia del entorno multifactorial (psicológico, relacional, ritual, social) en un proceso de reflexión de las condiciones para vivir o negar el placer sexual. Así, la significación del placer sexual se vislumbra como asunto complejo donde intervienen numerosos actores y procesos a través de los cuales se trazan modos de relación que organizan la vida sexual (Salinas, 1994).

Si bien la corporalidad ofrece el trasfondo de sedimentaciones significantes para que ciertas acciones resulten sexualmente placenteras:

El hecho de que el sujeto esté construido en redes prácticas de significación con efectos normativos no implica que el sujeto esté determinado por las reglas mediante las cuales es generado puesto que la significación no es un acto fundador (Butler, 20010, p. : 176, en Ema, 2004, p. 10).

Es aquí donde la segunda aportación de los estudios sociales, la *agency*, adquiere gran relevancia.

La *agency*, como *el cuerpo*, surge en un contexto de binarismo conceptual (sujeto/objeto, social/natural, cuerpo/mente) destacándose dos perspectivas:

las posiciones que hacen desaparecer toda posibilidad de agencia como propiedad del sujeto, reduciendo ésta a un mero efecto de las estructuras y al sujeto como un efecto de ellas. En el otro extremo, la posición individualista-subjetivista de algunos enfoques que mantienen una concepción de los individuos como agentes autónomos capaces de abstraerse de sus condiciones estructurantes y dirigir la acción de manera racional (Ema, 2004, p. 14).

En contraste con ambos extremos, desde la propuesta de Giddens, la *agency* se entiende no como una propiedad individual, sino como posibilidad estrechamente asociada con la cualidad relacional del poder. La *agency* no se refiere tanto a las intenciones para hacer

cosas, como a la capacidad de hacerlas en primera instancia; es por ello que implica poder. Hace referencia a los sucesos de los que el individuo es actor, revelando que un individuo pudo haberse conducido de otra manera (Ema, 2004, p. 15).

La *agency* implica una capacidad para actuar, sea de un individuo o un colectivo que logra con su acción introducir una novedad en el mundo de significados existentes. La capacidad se entiende como posibilidad, dadas las relaciones de poder que median a la acción misma. Comprendida como posibilidad, la *agency* se halla siempre ubicada en un espacio social y en una trama de relaciones que no determinan el acto concreto, pero sí median su posibilidad.

Un hecho puede o no ser, dado que su existencia no está predeterminada de forma definitiva: “la posibilidad de ser de una manera diferente sigue presente en el acto” (Ema, 2004, p. 19). La posibilidad (o imposibilidad) se sostiene por la dimensión relacional. El acto es por las tramas de relaciones que lo sostienen y en esas relaciones existe, se bloquea, se desborda ante las condiciones que lo constriñen, al poder.

Afirmar que nada está predeterminado, implica que todo se construye al interior de relaciones en las que circulan las definiciones y reflexiones que propone el poder. La *agency* es entonces la posibilidad de escapar a la norma para tratar de fundar otra regla. Es incorporar nuevas formas de relacionar, conectar o desconectar. La *agency* posibilita conexiones y relaciones. “Tener agencia es estar en situación (relacional) de funcionar cuestionando-generando conexiones, a partir de otras conexiones” (Ema, 2004, p. 20).

Con apego a la propuesta de *agency* como posibilidad de acción, Weeks (2012) plantea una *agency sexual* bajo la cual se inscriben una serie de debates en torno al grado en que se pueden elegir asuntos relacionados con los límites sociales del comportamiento sexual: heterosexualidad, homosexualidad, entre otros. El autor menciona que, pese a la fortaleza de dichos límites sociales, las posibilidades son fuertes. Valiéndose de las ideas de Foucault, señala que donde hay poder también hay resistencia:

a través de todas las culturas e historias hay abundantes pruebas de individuos que ejercen agencia y resistencia, dentro de los límites de lo que es posible en cualquier tiempo en particular, pero que también curvan, tuercen y expanden las posibilidades de sus sociedades (Weeks, 2012, p. 25).

La *agency sexual* muestra constantemente su posibilidad de deslizarse entre las estructuras sociales y las relaciones de poder. Weeks incluso va más allá y plantea que la “sexualidad” se ha convertido en el foco de una “agencia colectiva”, pues un conjunto de movimientos sociales aparecidos desde la década de los 60 del pasado siglo han permitido la aparición de sujetos sexuales que reclaman su legitimidad y reconocimiento como sujetos de derecho. Estos movimientos agrupan las necesidades individuales y las identidades colectivas, cuestionan el *estatu quo* y conforman nuevas ideologías, prácticas y posibilidades sexuales.

Acoger la corporalidad (desde las ciencias sociales) y la *agency sexual* en este estudio, contribuye a visibilizar distintos sucesos que concurren en el placer sexual: el disciplinamiento que promueven los significados impresos por la cultura moderna a la relación con el cuerpo: amor-odio; énfasis por estar en forma, retraso del envejecimiento, comercialización del comportamiento sexual; la presencia de técnicas internas y externas de auto-control; hechos que desestabilizan el orden sexual, en el entendido que son las interacciones el contexto donde se posibilitan los hechos, donde se recrean los individuos y sus posibilidades.

La perspectiva ofrecida por los estudios sociales obliga a reconsiderar el lugar concedido al placer sexual desde los estudios sexológicos, sea como estado fisiológico, como etapa de la respuesta sexual (orgasmo) o como experiencia subjetiva poco explorada. En contraste, en este estudio se le concibe como asunto que “no deja de ser problemático, en especial en la demarcación de los límites y las fronteras” (Weeks, 2012, p. 196) y se propone considerarlo como: fenómeno relacional de bienestar, asociado con procesos corporales estrechamente vinculados a significaciones sociales, regulados

desde dispositivos de poder con dos niveles de análisis interconectados: a) el de los procesos donde se configura (discursos, mandatos sociales) y b) el relacional, donde se redefine el trasfondo social y sus significantes (experiencia íntima, noviazgo, actividades sexuales, agencia). Ambos niveles son relevantes, pues vinculan las dimensiones micro-macrosociales del placer sexual y cuestionan las interpretaciones que lo acotan como hecho exclusivamente intrapersonal o íntimo.

La presente propuesta del placer sexual intenta ser congruente con las ideas expuestas en el texto: con la concepción de Elias (2012), al aportar elementos para superar la oposición subjetivo/objetivo, individuo/sociedad, integrándolas en perspectivas interdependientes; con la corporalidad como posibilidad reflexiva (García Fernando, 1994; Salinas, 1994; Oerton y Phoenix, 2001); con las propuestas relativas a las representaciones de las actividades sexuales como productos históricos con contradicciones internas, así como con las aportaciones de autores que señalan las huellas de la modernidad en el comportamiento sexual: cirugías y fármacos sexuales que legitiman y acercan el cuerpo a sus representaciones idealizadas (Coissant, 2006; Braun, 2005).

CAPÍTULO 2

CON FOUCAULT Y MÁS ALLÁ DE ÉL: UN ABORDAJE SOCIOLÓGICO DEL PLACER SEXUAL

*Contra el dispositivo de sexualidad, el punto de apoyo
del contraataque no debe ser el sexo-deseo,
sino los cuerpos y los placeres.*
Michel Foucault

Esta investigación precisa una aproximación teórica sensible a las relaciones entre subjetividad y poder. Por ello se parte de la obra de Foucault, quien se convirtió en los años 70 y 80 del siglo pasado en referente central para los estudios de las sexualidades y el poder. Su vasta producción en torno a los dispositivos de saber y los procesos de subjetivación, ha permeado el pensamiento de múltiples disciplinas y ha generado numerosas interpretaciones. Sin embargo, la aproximación teórica de este estudio no se circunscribe exclusivamente a las ideas de Foucault, sino que se enriquece con las aportaciones sociológicas de Randal Collins, Daniel Jones y con el pensamiento feminista de Gayle Rubin.

Los textos de Michel Foucault resultan de gran relevancia, pues a través de ellos se logra problematizar las concepciones predominantes de la sexualidad, dotándoles de carácter histórico (Rubin,

1989; Elliot, 2009). También a partir de ellos, se elabora una crítica radical al fundamento biológico de la sexualidad, ampliamente difundido por teorías de corte médico-psicoanalítico-psicológico, las cuales, como se vio en el capítulo anterior, habían dominado la escena del conocimiento científico.

la sexualidad se definió “por naturaleza” como: un dominio penetrable por procesos patológicos, y que por lo tanto exigía intervenciones terapéuticas o de normalización; un campo de significaciones que descifrar; un lugar de procesos ocultos por mecanismos específicos (Foucault, 2005, p. 86).

En oposición al planteamiento del sexo como base biológica de las subjetividades y las interacciones, Foucault le refiere como un elemento moldeable cuya organización se traza al interior de relaciones sociales. Tras cuestionar la perspectiva de un “yo esencialista”, ofreció una visión del comportamiento sexual como entidad construida en espacio-tiempo específicos. Derivado de la perspectiva crítica de Foucault, se develaron:

las formas deterministas de pensamiento que suponen que es posible explicar todas las formas de comportamiento humano a partir de una presunta esencia humana, un ser interior que existe antes que lo social y es constitutivo de la experiencia humana (Weeks, 2012, p. 81).

Así como un conjunto de ideas que intentan explicar *lo sexual* desde la biología, entendiéndola como *peligrosa* o *amenazante* del orden social establecido al cual debe sujetarse.

Esta primera contribución de Foucault fue retomada por otros autores. Thomas Laqueur, por ejemplo, señaló: “la epistemología no produce dos sexos opuestos por sí misma; eso sólo lo pueden hacer ciertas circunstancias políticas” (1994, p. 32). En la misma línea, Jeffrey Weeks dio cuenta de la interdependencia entre asuntos políticos y epistemológicos:

Nos gusta imaginar que nuestros cuerpos nos dicen la verdad última de nosotros, dictando nuestras características, deseos y necesidades fundamentales. No obstante, es cada vez más evidente que los cuerpos y sus potencialidades para el placer sexual y el sufrimiento nunca son “inocentes”, ni están libres del juego de nuestra imaginación social e individual, ni de los tabúes y tradiciones culturales. Los cuerpos están revestidos por nuestras historias individuales y colectivas a un grado de singular importancia (Weeks 1994, p. 180).

Desde otra línea de pensamiento (antropológico-feminista), Gayle Rubin planteó que las capacidades biológicas no pueden comprenderse como asuntos exclusivamente biológicos:

Los cuerpos y los cerebros son necesarios para las culturas humanas, pero ningún examen de estos puede explicar la naturaleza y variedad de los sistemas sociales [...]. El cuerpo, el cerebro, los genitales y el lenguaje son todos necesarios para la sexualidad humana, pero no determinan ni sus contenidos, ni las formas concretas de experimentarlos, ni sus formas institucionales. Más aún, nunca encontramos al cuerpo separado de las mediaciones que le imprimen los significados culturales (Rubin, 1989, p. 15).

Sin embargo, fue Foucault quién inició los planteamientos con respecto a la sexualidad enmarcada en un conjunto de representaciones culturales. Sus ideas también fueron clave en la transición del análisis de quién o cómo llevar a cabo la práctica sexual, hacia consideraciones con respecto a qué se dice del sexo, quiénes lo dicen o desde qué puntos de vista se habla; y su planteamiento deslizó la atención hacia los discursos del sexo.

Ya desde sus trabajos de “Historia de la locura”, 1964 y “Arqueología del saber”, 1969, Foucault había insistido en que “el objeto al que se refiere [un] saber no es nunca un dato, sino que es un resultado, una consecuencia del entramado de categorías y discursos con los que es enunciado” (Pérez, 2012, p. 505). Sus investigaciones en torno a la sexualidad, fueron pieza fundamental para evidenciar redes de poder-conocimiento: saberes e instancias centradas en

decir la verdad sobre el sexo, leyes que lo rigen y sistemas de poder relacionados con los discursos del sexo.

Existen múltiples relaciones de poder que permean, caracterizan y constituyen el cuerpo social, y esas relaciones de poder no pueden ser establecidas, consolidadas o instrumentadas sin la producción, acumulación, circulación y funcionamiento de un discurso. No existe ejercicio de poder sin una cierta economía de discursos de verdad que operan a través y sobre la base de esta asociación. Estamos sujetos a la producción de la verdad mediante el poder y no podemos ejercer el poder excepto a través de la producción de la verdad (Foucault, 1980a, p. 93, en Elliot, 2009, p. 194).

Así, las contribuciones de Foucault evidenciaron nexos entre estructuras sociales, conocimiento científico y subjetividades específicas. Develó, donde sólo se veía esencialismo sexual, disposiciones discursivas (las verdades del sexo) y sistemas de regulación del placer, los cuales dictaban lo aceptable e inaceptable de prácticas individuales.

Al hacer a un lado las propuestas de un determinismo sexual, Foucault insistiría en que la configuración de sujetos sexuales, es más cercana a mecanismos de sujeción o estrategias de resistencia (hechos teórico-políticos) que a circunstancias clínico-identitarias, por lo que las propuestas en torno al sexo no debían reducirse a un conjunto de enunciados médico-sexológicos, dados sus nexos con discursos y relaciones de poder.

Foucault propuso disgregar los modos en que actúan las relaciones de poder; las formas cómo se encarnan los discursos, también en el modo en que éstos soportan esa encarnación, así como los procedimientos (técnicas, dispositivos) a través de los cuales las relaciones de poder se entrelazan bajo el aspecto de políticas del sexo.

El poder clasifica a los individuos, los jerarquiza, los designa y les impone una identidad (como acepción “verdadera” de sí) en la que deben reconocerse y ser reconocidos. Así el poder transforma a los individuos en *sujetos* (entendiendo

esto en su doble acepción): sujeto sometido a otro a través del control y la dependencia, y sujeto atado a su propia identidad por la consciencia o el conocimiento de sí mismo (Foucault, 1989, p. 17).

Las propuestas de Foucault transformaron la visión de sujetos universales, constantes e invariables; dieron un giro hacia el análisis de procesos históricos a través de los cuales se construye la subjetividad. A través de su obra, se afirmaría que más allá de una biología universal, las transformaciones sociales modificarían el comportamiento, la sensibilidad y los hábitos psíquicos, asuntos también señalados por Elias en el proceso de la civilización:

Cuando no se consideran las estructuras de modo estático, sino su génesis social, se muestra aquí el rasgo general de estas manifestaciones de entramado como algo muy simple: al aumentar los grupos de personas en relaciones de interdependencia y al excluirse de éstas los actos de violencia física, surge un aparato social en el que las coacciones que los hombres ejercen unos sobre otros se transforman en autocoacciones [...] Su resultado es una contención regular de las manifestaciones instintivas y emocionales, según un esquema diferenciado peculiar de cada situación social (Elias, 2012, p. 548).²⁰

Ambos autores enfatizarían que cada época provee a las personas disposiciones específicas, dadas las variaciones en la distribución del poder político. Por ello, es posible sostener que los modos de relación con el placer sexual, tanto los de hombres como los de mujeres, resultan de procesos históricos, regidos por relaciones de poder y políticas de largo plazo.

De la obra de Foucault, se utilizó en este estudio la perspectiva del placer sexual plasmada en su obra *Historia de la sexualidad en*

²⁰ Si bien Elias plantea la represión como hecho necesario para el proceso civilizatorio, a diferencia de Freud, de quien se ha distanciado este texto, su origen no se halla en las profundidades de un aparato psíquico, sino en la intervención consciente y propositiva ejercida desde instancias y actores sociales claramente identificables.

sus tres tomos: 1. La voluntad de saber, 2. El uso de los placeres y 3. La inquietud de sí. Cabe aclarar que no se intentó revisar exhaustivamente la evolución de su pensamiento con respecto al tema, sino utilizar algunas de sus formulaciones en la comprensión del placer sexual. En atención a sus ideas se analizó el placer sexual como construcción social e histórica, como territorio polémico donde convergen poderes, políticas, significados, identidades y relaciones, caracterizándole como constructo social atravesado por relaciones de desigualdad y jerarquía entre los géneros.

Del extenso rendimiento que ofrecen las ideas de Foucault, tres resultan centrales para este estudio, por lo que se revisarán a continuación; la problematización del placer y su señalamiento como un asunto moral, las reflexiones del placer como asunto masculino (viril), y finalmente sus planteamientos en torno al esquema de interacción social-sexual del placer.

EL CARÁCTER MORAL DEL PLACER

En la *Historia de la sexualidad*, Foucault analizó el placer en las culturas griega y latina hasta los primeros siglos después de Cristo, así como en las sociedades europeas de los siglos XVIII y XIX. Sin embargo, es preciso señalar que su obra hace referencia a textos alusivos al placer sexual sin adentrarse, como en esta investigación, en el ámbito de la experiencia “directa” del placer sexual.

En cuanto a las sociedades antiguas Foucault plantearía que los “actos, gestos, contactos que buscan cierta forma de placer” se agrupaban en torno a las *aphrodisia* (Foucault, 2005a, p. 39). En ellas se congregaba un conjunto de experiencias placenteras que abarcaban “los colores, los gestos, los dibujos, el teatro, la música, el perfume de las frutas, las rosas y del incienso [...] el contacto con la boca, la lengua, la garganta y el contacto con otras partes del cuerpo” (32).

Si bien las *aphrodisia* incluían experiencias que ahora consideramos genitales o sexuales, a diferencia de las inquietudes sexuales

actuales centradas en la modalidad bajo la que se lleva a cabo la actividad sexual o el tipo de objeto hacia el que se orienta el placer, la preocupación en esa época se hallaba en “la fuerza” con que los individuos se dejaban llevar por los placeres (Foucault, 2005a, p. 42).

Bajo la perspectiva de las *aphrodisia*, la conducta sexual y el placer fueron problematizados como prácticas de sí. Su apreciación moral no se encontraba en la actividad sexual o en el placer *per se*, tampoco en el deseo que se consideraba natural y necesario. La cualidad moral de las *aphrodisia* radicaba en la consideración de los tres tipos de placer: comida, bebida y generación como asuntos inferiores, comunes a todos los animales, aunque reconocían en la generación el más fuerte de los apetitos fundamentales, por lo cual requería ser sometido mediante el uso de prácticas de “moderación o continencia” (p. 44).

Las prácticas de sí exigían al individuo intimidad y moderación en la relación con sus placeres. Sería con el paso de los siglos y del proceso civilizatorio que se transformarían en actividades llevadas a cabo con participación directa de varios discursos y el escrutinio de distintas personas.²¹ En la primera etapa descrita por Foucault, el uso de los placeres precisaba un ejercicio reflexivo íntimo, el cual se sostenía en tres estrategias: necesidad, momento y estatuto.

En un contexto donde el acceso al placer era considerado algo implícito en los animales, ni más ni menos que la satisfacción de una necesidad, la estrategia de “necesidad” propugnaba por vivir las *aphrodisia* mediante una dinámica de equilibrio entre placer y deseo (Foucault, 2005a). Cabe decir con respecto al deseo, como fue esbozado en el capítulo precedente, que se trata de una categoría polémica debido a sus múltiples significados y que en esta

²¹ Con respecto a la transformación de la sociedad, de la misma manera Norbert Elias (2012) señala que el proceso civilizatorio no ha sido un trazo “racional y consciente” capaz de anticipar todas sus manifestaciones, mecanismos y consecuencias, sino un proceso creado sin plan previo con efectos en la promoción de subjetividades.

investigación el deseo sexual se entiende como *el interés de un individuo por participar en prácticas sexuales*.²²

La segunda estrategia, la del “momento”, consideraba al placer como un arte que podía ofrecer sus mejores beneficios si se experimentaba en las circunstancias oportunas. El cuándo, que representaba parte del dilema moral, se hallaba vinculado con encontrar los mejores momentos para asegurar descendencia sana o equilibrar el temperamento entre hombres y mujeres (Foucault, 2005a). Nada se prescribía con respecto a asuntos que ahora guardan notable interés en el comportamiento de las personas: tipo de relación sexual, masturbación, sexo oral, relaciones homoeróticas, entre otros. Los actos no se clasificaban en buenos o malos. El interés se centraba en definir las condiciones favorables o las prácticas más útiles del uso de los placeres. Fueron cantidad y circunstancias las que problematizaron la práctica sexual, haciéndola un asunto dietético, con la pretensión de lograr autonomía de la relación con el placer (Foucault, 2005a).

La tercera de las estrategias, la del “estatuto”, se refería a la necesidad de modular la conducta sexual mediante principios rigurosos de libre elección y carácter voluntario. No se trataba de la aplicación de reglas universales, pues cada individuo se constituía como sujeto ético en la medida que transformaba sus deseos comunes, mediante el uso de la inteligencia y la justa opinión, siendo el carácter voluntario e individual uno de los ejes de las *aphrodisia*.

El acento moral se hallaba en la resistencia o lucha para asegurar el dominio de los placeres dado el riesgo de permitirles extender su dominio, el cual terminaría por someter al individuo a una forma de esclavitud: “luchar contra los deseos y los placeres es medirse con uno mismo” (p. 66). Lejano a conservar la inocencia original

²² Se retoma de Jones la idea de práctica sexual como “actividades mentales o corporales vinculadas a una dimensión erótica que pueden implicar contactos físicos entre dos o más personas o no (como en el autoerotismo) y ligarse o no a sentimientos amorosos y a la procreación (ya sea buscándola o evitándola)” (Jones, 2010, p. 18).

se pretendía un estado de libertad: la del individuo consigo mismo: “Ser libre en relación con los placeres no es estar a su servicio, no es ser su esclavo. Mucho más que la mancha, el peligro que traen consigo las *aphrodisia* es la servidumbre” (Foucault, 2005a).

La estrategia moral frente al placer fue de dominio, donde el individuo se impusiera al placer y no el placer al individuo. Las prácticas de sí pretendían la intensificación de la relación con uno mismo para constituir un individuo sujeto de sus actos. Este rasgo sería la característica principal de las *aphrodisia*: “es el pensamiento moral quien define la relación del sujeto con su actividad sexual” (Foucault, 2005b, p. 37).

Las prácticas de sí precisaban un conjunto de ejercicios sensatos, voluntarios e intencionales, por medio de las cuales las personas no sólo se imponían reglas de conducta, sino que buscaban transformarse a sí mismas, sus cuerpos, deseos y placeres. Utilizaron la razón como elemento central en la constitución del sujeto moral, así como un conjunto de fórmulas para lograr dicha transformación: recogimiento, memorización de principios, meditaciones, reflexión de libros, volverse sobre uno mismo.

Las prácticas de sí, que iniciaron como actividad íntima, darían lugar, pocos siglos después de Cristo, a un conjunto de doctrinas filosóficas, médicas y pedagógicas transmitidas en escuelas, pero particularmente: “a relaciones interindividuales, a intercambios y comunicaciones y a veces incluso a instituciones [...] a cierto modo de conocimiento y a la elaboración de un saber” (p. 43), transformándose en una práctica acotada a los miembros de los grupos sociales más favorecidos de esa época.

Si bien la reflexión moral en las *aphrodisia* se orientaba a distinguir los modos económicos de enfrentar los placeres sin emitir prescripciones universales, las prácticas de sí paulatinamente transitaron hacia ejercicios donde el cuidado era expuesto a otros (amigos, confidentes, filósofos, médicos) para recibir ayuda y dirección ante las perturbaciones del cuerpo y del alma (Foucault, 2005b). Así, desde ejercicios de la razón, escuelas, profesionales de

la dirección de almas, parientes, amigos u hombres de buena reputación, todos aconsejaban... “La inquietud de sí -o el cuidado que se dedica a la inquietud que los demás deben tener de sí mismos- aparece entonces como una intensificación de las relaciones sociales” (p. 52).

EL PLACER COMO ASUNTO VIRIL

A medida que Foucault detalla la moral en las *aphrodisia*, se aprecia un marcado carácter viril en las consideraciones en torno al placer. En primera instancia por las concepciones del cuerpo basadas en la teoría del calor, desde la cual las mujeres eran consideradas versiones frías de los hombres.²³ La segunda evidencia de la moral viril antigua se desprende de las consideraciones hipocráticas, las cuales establecían que el placer en la mujer era menos intenso que el del hombre:

a todo lo largo de la relación (el placer de la mujer) depende del hombre; no cesa hasta que el hombre libera a la mujer y si sucede que consigue el orgasmo antes que él, el placer no desaparece por ello: sólo que lo experimenta de otro modo (Foucault, 2005a, p. 120).

Desde esa perspectiva, el rol sexual asignado al hombre era el activo; “es el acto masculino el que determina, regula, atiza, domina. Él es quien determina el principio y el fin del placer” (p. 121).

Un tercer elemento que evidencia el carácter viril en las *aphrodisia* se relaciona con el rol ejercido durante la interacción sexual, pues a diferencia de uno directivo, atribuido al varón, el rol asignado a la mujer implicaba la adaptación a la penetración y la

²³ La descripción detallada de esta perspectiva y sus implicaciones puede hallarse en la obra de Thomas Laqueur *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*.

eyaculación. La penetración fue considerada como forma ideal de interacción sexual a grado tal que el acto de penetración aparecía como rasgo calificador de los actos sexuales a partir de dos polos: actividad-pasividad.

La preocupación griega que Foucault describe se expresa en preguntas como: ¿quién penetra a quién?, ¿cómo se ha hecho la penetración?, ¿cuál era la posición del sujeto en esa penetración? En otros casos lo relevante en la interacción sexual era el rol: ¿fue activo o pasivo?, ¿quién sometió?, ¿quién fue poseído?

La penetración se delinea como una actividad exclusiva de los hombres; el acto viril por excelencia, el medio para poseer plenamente a una mujer. Además, la penetración se hallaba situada al interior de una escenografía social donde el acto sexual reflejaba un dispositivo de superioridad e inferioridad: “La penetración coloca a los dos copartícipes en una relación de dominación y de sumisión; es victoria, por un lado, derrota por el otro; es derecho que se ejerce para uno de los copartícipes, necesidad que es impuesta al otro” (Foucault, 2005b, p. 31).

El miembro viril, aparece vinculado al dominio ejercido por los hombres: al dominio de sí, pues sus exigencias pueden terminar por eclipsar al individuo si se deja constreñir por él; al dominio de los copartícipes sexuales, pues mediante él se ejecuta la penetración; al dominio que otorga estatus y privilegios, pues brinda al acto sexual de significados específicos dentro de un sistema de redes de parentesco y actividad social.

Con la primacía de la penetración, el órgano sexual masculino es significativo: de todo un haz de relaciones y de actividades que fijan el estatuto del individuo en la ciudad y en el mundo, figuran entre ellas la familia, la riqueza, la actividad de palabra, el estatuto. La vida política, la libertad y finalmente el nombre mismo del individuo (Foucault, 2005b, p. 34).

Así pues, el esquema moral de las *aphrodisia*, revela no sólo una visión del placer, sino un modelo de individuo orientado hacia un

ser libre, jefe, viril, dueño de sí mismo, capaz de dominar su apetito; un hombre que, a partir de su dominación de sí mismo llegará a la ética, excluyendo en cualquier circunstancia a las mujeres. Desde esa perspectiva, un hombre podía preferir los amores de otros hombres sin comprometer su condición viril al mostrar dominio moral sobre sí mismo y un rol activo en la relación. Por el contrario, un hombre que no dominaba suficientemente sus placeres era considerado femenino, independientemente de su elección de objeto: “la negatividad ética por excelencia no es evidentemente amar a los dos sexos; tampoco es preferir su propio sexo al otro; es ser pasivo respecto a los placeres” (Foucault, 2005a, p. 83).

LA INTERACCIÓN SOCIO-SEXUAL

El tercer punto que se retoma de Foucault es el relativo a la organización del placer. Su análisis muestra que los actos sexuales presentaban correlación social, pues reproducían un esquema de superioridad e inferioridad que se ajustaba simétricamente a las jerarquías que ordenaban la vida de los individuos en atención a un principio general con dos disposiciones:

la de un principio de “analogía de posición” y la de un principio de “adecuación económica”. Según el primero de estos principios, un acto sexual será bueno en la medida que el sujeto [...] ocupe en su actividad sexual con su copartícipe una posición conforme a la que tiene en la realidad con ese mismo copartícipe: así, ser “activo” con el esclavo de uno (cualquiera que sea su sexo) es bueno; o ser activo con una prostituta o un muchacho prostituido; o ser activo con un muchacho joven y pobre; pero será “bueno” ser pasivo con alguien más viejo que uno y más rico, etc. (Foucault, 2005b, p. 33).

Es la relación entre posición social del individuo y su posición sexual la que determina la calidad o el valor del acto. Por eso la preocupación con respecto a quién y cómo lleva a cabo la penetración,

pues en la “posición —activa o pasiva, dominante o dominado, vencedor o vencido, por encima o por debajo, sacando provecho o gastando, obteniendo beneficios o sufriendo daños— [el acto sexual describe el rol y la jerarquía de los sujetos] tal como el destino lo ha preparado” (Foucault, 2005b, p. 34).

El rol desempeñado durante la actividad sexual se relacionaba con el rol social del individuo y guardaba especial interés para los integrantes de determinados segmentos de la población. Los hombres ricos y poderosos para quienes una posición dominante en la actividad sexual era también una extensión de su rango, posición, responsabilidad, en tanto que confirmaba la posición pasiva del resto de individuos: mujeres, esclavos, hombres no privilegiados. Así, órgano sexual masculino, penetración, rol y moderación otorgaban su lugar al individuo en la relación, familia, ciudad, en el mundo, la vida, la política y la libertad. Los significados del *acto sexual* se relacionaban de manera estrecha a sistemas de interacción social entre hombres y mujeres.

La moral griega del placer quedaría marcada por cinco rasgos: su estrecho vínculo a una sociedad viril, la exclusión del otro, la asimetría entre hombres y mujeres, la obsesión por la penetración, y la constante amenaza de ser desposeído de la propia energía.

El análisis de la organización social del placer presentado en la *Historia de la sexualidad*, muestra un corte en las sociedades griegas de los primeros siglos después de Cristo que continúa con la revisión de las sociedades burguesas europeas de los siglos XVIII y XIX. Ese largo periodo histórico, más de diez siglos estuvo marcado, como lo señalan Amuchástegui y Rivas (2004), por la aparición del cristianismo, su transformación en imperio católico y su dispersión durante la Edad Media en Europa occidental y posteriormente en las colonias alrededor del mundo.

Desde el planteamiento moral de la iglesia católica, el placer en todas sus formas fue considerado manifestación del mal, un pecado que debía manejarse a través de la renuncia o mediante la adopción de normas y prácticas sacralizadas como el matrimonio y el débito

conyugal. Sin embargo, numerosos grabados y pinturas medievales muestran que el mensaje oficial de la iglesia no extinguió el interés por participar en actividades *sexuales* que generaran placer.²⁴ Pese a la normatividad católica, las relaciones sexuales antes del matrimonio o fuera de éste ocurrían con frecuencia, al igual que la violación de mujeres, la prostitución, las relaciones de hombres jóvenes con mujeres casadas, los viajes de formación cultural de hombres jóvenes —que servían también para la iniciación sexual—, todas esas prácticas persistieron pese al interés católico de regular el comportamiento y circunscribir las actividades sexuales al matrimonio. Dichas prácticas sexuales mostraban variaciones en función de la clase social y el sexo de las personas. No todos podían costear viajes de iniciación, ni disponer de sirvientes para usarlos como objeto sexual pero, con pequeñas variaciones, un doble estándar moral acompañaba estos actos pues los hombres gozaban de cierta autorización para experimentar el amor y sus placeres, en tanto que a las mujeres se les exigía conservar la virginidad hasta el matrimonio (Matthews-Grieco, 2005).

La prostitución ofrece otra faceta de la relación con las actividades sexuales y el placer. Ya fuera como medio para evitar la sodomía, la corrupción de mujeres respetables o para controlar la diseminación de enfermedades sexuales, el comercio sexual aparece desde finales de la Edad Media y hasta el siglo XV como actividad tolerada o institucionalizada por autoridades municipales. Los prostíbulos oficiales desaparecieron hacia el siglo XVI debido a las reformas religiosas, pero la prostitución siguió diversificándose según la clase social. Tolerada o prohibida, la comercialización del placer sexual se mantuvo como una industria rentable durante los siglos venideros, ligada a esquemas de abuso y pobreza que llevaba a muchas mujeres a esta actividad (Matthews-Grieco, 2005). El

²⁴ Según Matthews-Grieco (2005), entre los siglos XV y XVI en Italia y Francia fueron comunes las cofradías de adolescentes y hombres jóvenes solteros orientadas a promover valores morales y religiosos, a evitar comportamientos ociosos, a preservar la pureza sexual y la rectitud de su orientación.

mercado de la prostitución heterosexual coexistió con otra serie de prácticas sexuales ilícitas: la masturbación, el bestialismo, la homosexualidad y el lesbianismo.

La masturbación fue una práctica corriente, frecuentemente debatida por médicos y teólogos, quienes planteaban sus beneficios para la salud física e inconvenientes para la salvación del alma. Más permitida en la adolescencia y criticada en la edad adulta, fue objeto de desprestigio, prohibiciones y castigos.

El bestialismo, considerado como la mayor de las desviaciones sexuales, se castigaba con la hoguera. Como ocurría con la masturbación, la sanción aumentaba de acuerdo con la edad, pues se esperaba del adulto la participación en relaciones sexuales al amparo del matrimonio o de alguna prostituta. De acuerdo con manuales de confesión e informes de visitas pastorales, era más frecuentes entre hombres del campo que en las ciudades.

En cuanto a la sodomía, entendida como cualquier tipo de relación sexual no reproductiva, entre el siglo XV y XVII se encuentran importantes variaciones. Los años más cercanos a la Edad Media enfatizan la necesidad de erradicarla mediante castigos como la horca u hoguera, en tanto que en los siglos posteriores llegaron a aceptarse como un *tercer sexo* o como subculturas en ciudades como Florencia y Venecia. En la mayoría de los países europeos hubo prostíbulos que igualmente ofrecían prostitución con mujeres y hombres (Matthews-Grieco, 2005).

Las relaciones sexuales entre mujeres recibieron menor atención, dada la cultura falocentrista de la época, en parte porque las relaciones sin penetración y eyaculación no eran consideradas prácticas sexuales (Maines, 2001). Se sancionaban sólo en aquellas ocasiones en que se usaban sustitutos del falo, en tales casos se equiparaban con el bestialismo, aunque nunca se juzgaron como las relaciones entre hombres (Matthews-Grieco, 2005).

En el caso de los cónyuges, las relaciones sexuales se normaron con periodos de abstinencia sexual de entre 120 y 140 días al año. Además, el débito conyugal imponía a los cónyuges una función

reproductiva alejada de placeres inmoderados y lujuriosos. El adoctrinamiento, los mitos, la amenaza de la condena eterna y las teorías médicas, servían como medios de coacción para el cumplimiento de las disposiciones católicas.

Estas interpretaciones y prácticas estuvieron vigentes hasta mediados del siglo XIX, tiempo en que, consolidada la burguesía y su modelo de pareja monogámica, heterosexual, coital y reproductiva, un reducido número de médicos tomaron el control del placer sexual, periodo en que Foucault retoma su análisis, del que se aprovechan elementos valiosos para este estudio en los apartados subsecuentes.

Implicaciones del uso de la Historia de la sexualidad

Los tres elementos retomados de Foucault en este estudio: la problematización moral del placer, el carácter masculino del placer y el esquema de interacción social-sexual del placer, han sido objeto de múltiples juicios desde distintos sectores, sea para señalar sus virtudes, sesgos o limitaciones (Rodríguez, 1999).

El núcleo de sus críticas se halla en la dificultad para generalizar sus planteamientos a los hombres, pues es conocido que las prácticas de sí tenían como destinatario un pequeño sector de la población y que el resto de hombres pobres, esclavos y mujeres no las merecerían.

A Foucault también se le ha señalado la descripción de un modelo de placer que pasa por alto la construcción de los sujetos que ocupan las posiciones subordinadas, (mujeres) sin ofrecer elementos críticos con respecto a dicha exclusión (Amigot y Pujal, 2006), así como por no profundizar en la gestación una noción del placer construido desde la exclusión del otro; asuntos, ambos, con grandes implicaciones pues, al elaborar una representación masculina del placer, se perpetúa un modelo de dominación a partir de la promoción de roles de actividad y pasividad (Rodríguez, 1999).

Las críticas hacia Foucault señalan el olvido de las mujeres en su proyecto intelectual: “ni se ocupa ni se refiere de manera específica de la construcción de la sexualidad femenina” (Caporale, 1995, p. 8). Al no considerar la diferencia sexual, eje de la organización social patriarcal, enfoca sus tecnologías de la subjetividad en un sujeto humano asexuado que parece un hombre. Al subordinar la experiencia de las mujeres en un cuerpo abstracto, quedan fuera del foco de análisis experiencias de poder propias de las mujeres (Amigot y Pujal, 2006). En la misma línea, se le ha criticado fuertemente por realizar una genealogía del *homme de desir*, en la que el análisis de la sexualidad está marcado históricamente por una normativa masculina y heterosexual, que es en sí misma, el origen de estrategias de poder/saber (Rodríguez, 1999). También se le ha señalado la ausencia del género como objeto de análisis central en la construcción social del cuerpo (Entwistle, 2002, p. 37). Foucault escribe sobre cómo se influye en el cuerpo, pero no de su experiencia *real*. Trata los discursos identificados en textos de la época clásica como si éstos fueran prácticas. Reduce los cuerpos a objetos controlados por las redes de poder-conocimiento. En contraste, señalan las contribuciones de Volosinov o Bourdieu, quienes subrayan el papel de los individuos para convivir con sistemas y reglas adaptándose o modificándolas, de modo que las estructuras no los determinen. Sin embargo, Foucault no fue totalmente ciego a estas críticas:

si uno quiere analizar la genealogía del sujeto en la civilización occidental, ha de tener en cuenta no sólo las tecnologías de la dominación, sino también las del yo [...] Cuando estudiaba los asilos, las prisiones y demás, quizás insistí demasiado en las tecnologías de la dominación [...], es sólo un aspecto del arte de gobernar a la gente en nuestras sociedades (Foucault, en Entwistle, 2002, p. 42).

Sin negar que las mujeres aparecen como figuras desdibujadas en su obra; la problematización moral del placer, el carácter masculino del

placer y el esquema de interacción social-sexual del placer, ofrecen a este estudio tres herramientas útiles para proponer la significación del placer sexual como fenómeno resultante de la promoción de subjetividades negociadas durante siglos, las cuales influyen a su vez en la configuración de las prácticas sexuales actuales.

Aunque en el análisis de las culturas clásicas la posición otorgada a las mujeres las excluyó como sujetos de un cultivo de sí, reconoció su potencialidad para el placer sexual y afirmó la posibilidad de vivirlo con independencia de los esquemas viriles, asunto que cambiaría radicalmente en el análisis de la sociedad victoriana. Esto evidenció la presencia histórica de códigos y moralidades que toman a las mujeres como *locus* de sus prácticas, otorgándoles paulatinamente una condición como sujetos-sujetados, con lo que problematizó su relación con el placer sexual.

Sin obviar el sesgo androcéntrico señalado, se reconoce que son los cuerpos de las mujeres quienes, en épocas posteriores al análisis llevado a cabo en las culturas clásicas, aparecen como centro estratégico del ejercicio de poder (patologización), jugando un papel importante en este proceso las prácticas de sí, la centralidad de la penetración en la obtención del placer y la defensa de sistemas socio-sexuales, descritas por Foucault.

En este sentido, las prácticas de sí, además de remitir a la noción de poder o sujeto, constituyen el vínculo entre procesos micro y macrosociales: son principios de libre elección y voluntarios, estrategia de relación con los placeres; pero también política, estatuto, normatividad, instituciones, consejos que delimitan la experiencia, constituyéndose como espacios desde los cuales los individuos buscan la transformación de su placer.

A través del análisis de Foucault se dilucida un proceso de redefiniciones en la relación con el placer sexual de las mujeres, donde las redes de saber/poder moldean las formas en que se construye tanto el objeto de análisis, como el sujeto de placer; así como las formas a través de las que se enfrentan y resisten las prácticas disciplinarias, pues siempre sostuvo que ante el ejercicio de poder

operaría la resistencia como campo de posibilidad para los sujetos. Pese a sus críticas, se encuentran en la obra de este autor conceptos útiles para mirar las condiciones actuales de relación de las mujeres con el placer sexual.

LA VERDAD DEL SEXO Y LA VERDAD DEL PLACER

Derivado del análisis de las *aphrodisia* en las culturas clásicas, Foucault esbozaría el viraje que tomarían el placer y sus significados en siglos posteriores:

Estamos lejos todavía de una experiencia de los placeres sexuales en la que éstos sean asociados con el mal, en la que el comportamiento deberá someterse a la forma universal de la ley y en la que el desciframiento del deseo será una condición indispensable para tener acceso a una existencia purificada. Sin embargo, puede verse ya como la cuestión del mal comienza a trabajar el tema antiguo de la fuerza, como la cuestión de la ley comienza a inflexionar el tema del arte y de la *techne*, como la cuestión de la verdad (Foucault, 2005b, p. 67).

Estos cambios se concretarían en nuevos fenómenos: el nacimiento de la sexualidad en el siglo XVIII y de la reformulación del sexo en el siglo XIX, evidentes en la multiplicación de saberes sexuales, los cuales sustituirían la visión cristiana hegemónica de esos hechos (Rodríguez, 1999).

El primero de este grupo de cambios fue la aparición de conjuntos discursivos: el pastoral, interesado en hablar de la carne en todos sus aspectos, correlaciones, efectos y manifestaciones; el literario, el cual describía detalladamente actos, caricias, miradas; y el de los especialistas: médicos, pedagogos, sexólogos, juristas, entre otros.

A diferencia del postulado moral ya descrito en las *aphrodisia*, la proliferación de discursos incidió de manera intencional en el comportamiento sexual de los individuos. Con cada discurso, se incitaba a hablar del sexo, a confesar las insinuaciones de la carne,

describir con detalle las prácticas sexuales, establecer reglas de convivencia (padres-hijos, educadores-alumnos, patronos-sirvientes), cada uno intentaba moldear y sancionar el comportamiento de las personas de acuerdo con sus propias técnicas. La confesión en el discurso pastoral, la normalización e intervención en el de los especialistas (Foucault, 2005). Con la proliferación y popularización de los discursos,²⁵ surgió otro cambio significativo: el nacimiento de la sexualidad:

La sexualidad se definió “por naturaleza” como: un dominio penetrable por procesos patológicos, y que por lo tanto exigía intervenciones terapéuticas o de normalización; un campo de significaciones que descifrar; un lugar de procesos ocultos por mecanismos específicos; un foco de relaciones causales indefinidas, una palabra oscura que hay que desemboscar y a la vez, escuchar (Foucault, 2005, p. 86).

A partir de entonces, el comportamiento sexual de los individuos: mujeres, infantes, adultos, solteros, emparejados o viudos, se convirtió en territorio de intervención. En él se inscribieron temas prohibidos, determinaron patrones de desarrollo sexual, controló el placer, implantaron controles pedagógicos; reglamentos de disciplina, sistemas de vigilancia, castigos, enfermedades mentales, terapias para su curación y condenas para los pervertidos (Foucault, 2005).

La polisemia del término sexualidad ha crecido en modo tal, que su esencialismo inicial abarca hoy múltiples temas inconexos: “discursos, instituciones, leyes, reglamentaciones, disposiciones administrativas, teorías científicas, prácticas médicas, la organización del hogar, pautas subculturales, prácticas éticas y morales y disposiciones de la vida cotidiana” (Weeks, 2012). Pasó de ser una unidad discursiva, a convertirse en lugar problemático de poder-saber.

²⁵ La administración de discursos no sólo fue asunto individual. Instituciones como la familia o el Estado también los reproducían, articulando relaciones de poder (Foucault, 2005, p. 41).

Los efectos de la proliferación conceptual de la sexualidad no fueron hechos inocentes: “llevar el sexo a la palabra, fue la gran sujeción para tornarlo moralmente aceptable y ponerlo al servicio de una economía sexual restrictiva” (Foucault, 2005, p. 26). El nuevo dispositivo de poder: “la sexualidad” acabaría por generar la idea de “sexo”:

concepto matriz que sirve al principio de inteligibilidad a la multiplicidad de fenómenos que agrupa. La noción de “sexo” ha permitido reagrupar según una unidad artificial elementos anatómicos, funciones biológicas, conductas, sensaciones, placeres y ha permitido hacer funcionar esta unidad ficticia como principio causal, sentido omnipresente, secreto a descubrir en todos los ámbitos: el sexo pues ha podido funcionar como significante único y como significante universal. Más que a una supuesta pervivencia de un reducto biológico o natural hay que atender a su producción histórica” (Rodríguez, 1999, p. 205).

Los discursos sexuales se convertirían en instancias de regulación y administración del placer encargadas de enunciar la verdad del sexo. Dicha verdad iniciaría un conjunto de acciones disciplinarias para ajustar con rigurosidad el sexo anatómico, el jurídico y el social, para ubicar a las personas en uno de los dos únicos grupos existentes para la sociedad (Pelayo y Moro, 1989, p. 9); por ello, con mayor claridad que en la moral de las *aphrodisia*, se incidió notablemente en la construcción de los sujetos.

En los siglos XVIII y XIX proliferaron discursos relativos a la naturaleza de las mujeres, así como prácticas encaminadas a su normalización. El debate se centraría en su capacidad por el placer sexual, deslizándose hacia una esencia asexual y a la patologización de cualquier interés por el placer sexual (García Ricardo, 2015). La aparición de la *scientia sexualis*, nutrida de viejas y nuevas disciplinas (medicina, psicología, sexología) tuvo un lugar preponderante en el desarrollo de dispositivos estratégicos de poder, así como en la definición de subjetividades femeninas específicas: mujer histérica, neurótica, ninfómana.

Foucault señaló la aparición de un campo de conocimiento donde poder-saber, discursos-prácticas, poder-represión-incitación-verdad, que conduciría a un terreno problemático. Se habían inventado dimensiones (sexuales) inexistentes en las sociedades antiguas las cuales, más que incidir en la vivencia del placer, buscaban modificar a las personas, “Al contrario que en las sociedades del *ars* erótica, el sexo no será una cuestión de placer, de querer, de voluntad, sino de verdad y falsedad” (Pelayo y Moro, 1989, p. 15). Desde entonces, la preocupación constante e interminable ha sido encontrar la verdad del sexo a partir de la construcción de la sexualidad normal y las sexualidades periféricas: homosexualidad, bisexualidad, onanismo, anorgasmia, entre otras.

Como el propio Foucault lo señalara, la configuración sexuada en relaciones de poder produce tensión, materializada en espacios de resistencia capaces de reformular la verdad del sexo. Desde el punto de vista de Foucault, los discursos ni se someten, ni se vuelcan contra el poder, son parte de un complejo juego donde el discurso puede, a la vez, ser instrumento y efecto de poder; impulso y oposición (Caporale, 1995, p. 12).

Las relaciones de saber-poder advierten en el placer sexual un terreno de lucha e insatisfacción que no puede ser acotado a fenómenos psico-fisiológicos, como lo advierten la sexología y la psicología.

MÁS ALLÁ DE FOUCAULT: UN ABORDAJE SOCIOLOGICO DEL PLACER SEXUAL

Foucault ofrece elementos para analizar de manera histórica, una genealogía del poder que devela mecanismos macroestructurales relacionados con el placer sexual. Sin embargo, es necesario disponer de un marco analítico que proporcione categorías para analizar el placer sexual en su dimensión microsocia de bienestar y que brinde elementos para conocer la manera en que se significa

su experiencia. En este sentido y desde una perspectiva sociológica, Randal Collins, con su teoría de la interacción sexual, ofrece a este estudio importantes contribuciones pues plantea una teoría microsociológica centrada en la interacción en pequeña escala: cara a cara, aquí y ahora. Su propuesta no parte del individuo, sino de la situación mediante la cual se llega al individuo.

Collins construye su teoría con propuestas de Goffman y Durkheim. Del primero retoma su concepto de ritual:

Uso el término ritual porque esa actividad, por informal o secular que sea, representa para el individuo un modo en que debe delinear y atender las implicaciones simbólicas de sus actos cuando está en la inmediata presencia de un objeto de especial valor para él (Goffman 1956, en Collins, 2009, p. 34).

Desde esa perspectiva es posible estudiar los rituales, las condiciones en que se presentan, sus efectos y los objetos sagrados que preceden a los rituales que los celebran.

Del segundo autor utiliza sus planteamientos relativos a los ingredientes de los rituales y sus fases. De los ingredientes enfatiza la reunión física, pues cuando cuerpos humanos se reúnen, acontecen fenómenos como la intensificación de la experiencia, la consciencia colectiva o subjetividad intensificada. Del proceso descrito por Durkheim, señala que la consciencia colectiva y el estado de intersubjetividad intenso se logra por dos mecanismos interrelacionados: la acción e imputación de consciencia compartida (comunicación y fusión de las consciencias individuales), y la emoción compartida (exaltación y pasión); los cuales terminan por manifestarse en eferescencia colectiva momentánea con efectos perdurables (Collins, 2009). También retoma de Durkheim sus señalamientos en torno a la necesidad de repetir el ritual para mantener sus efectos.

Collins expresa que los rituales no se celebran en aislamiento, sino que conforman cadenas de interacción y propone cinco elementos para un modelo de rituales de interacción:

1. Acontece en copresencia situacional (mediante contactos, gestos, miradas, entre otros).
2. La copresencia física se convierte en encuentro cuando se transforma en interacción con un foco de atención común con intensidad y obligación variable. La clave, aclara el autor, es que la realidad sea compartida por sus participantes. En este sentido Collins describe los rituales como:

situaciones que exigen la cooperación para sostener su momentáneo foco de atención para así mostrar su respeto tanto por las personas que participan de ellos con propiedad como por la propia realidad situacional, en su calidad de objeto que merece ser tratado con seriedad en ese momento (2009, p. 44).

3. Ejercen presión para la supervivencia de la solidaridad, tanto los rituales breves, como aquellos que exigen gran esfuerzo para evitar su desvanecimiento.
4. Ensalzan aquello que guarda valor social.
5. Ante la ruptura del ritual, se experimenta “incomodidad moral”, misma que se traduce en molestia o descalificación de quien lo rompe.

Collins plantea una teoría, tanto de la dinámica social, como de la motivación individual, que se puede sintetizar de este modo:

El mecanismo central de la TRI opera así: las ocasiones que conjugan un alto grado de foco de atención compartido (esto es un nivel elevado de intersubjetividad) con un alto grado de consonancia emocional —mediante la sincronización corporal, fruto de la mutua estimación/excitación de los sistemas nerviosos de los participantes— producen tanto sentimientos de membresía adheridos a símbolos cognitivos como energía emocional que los participantes sienten y que les instila sentimientos de seguridad en sí mismos, entusiasmo y deseo de que sus actos sigan en la senda de lo que juzgan moralmente correcto. Esos instantes de altísima intensidad ritual constituyen experiencias insuperables (Collins, 2009, p. 65).

El autor encuentra múltiples aplicaciones a su teoría de los rituales de interacción, pero la que realiza sobre la interacción sexual es de particular interés para este estudio. El autor se pregunta: ¿qué es lo que nos motiva al sexo y a otras manifestaciones de conducta sexual placentera? A partir de esa pregunta inicia una serie de reflexiones en torno al tema.

Desecha, en primera instancia, las explicaciones basadas en “una programación natural” que busca la multiplicación genética y empuja a la cópula.

En segundo lugar, se deslinda de propuestas fundamentadas en factores psíquicos inconscientes y es tajante en su negativa a explicar el interés en el sexo (entendido como actividad y no como categoría política) a través de la libido o el instinto sexual:

En realidad, los seres humanos pueden vivir con cantidades muy modestas de actividad sexual y cuando ésta se expande, en cantidad y variedad de objetos, no es a consecuencia de un instinto primario omnisexualizador de *telos* inseminador, sino a los procesos sociales que manufacturan el deseo sexual (Collins, 2009, p. 302).

Entre estos procesos sociales destaca la interacción que ofrece el sexo. Al responder, ¿qué es lo que nos motiva al sexo?, Collins apunta al placer genital, pero señala que la presencia de éste explica sólo aquellas prácticas donde los genitales se ven involucrados (coito, sexo oral, masturbación) y que resulta insuficiente para dar cuenta del placer hallado en conductas como los besos, contacto de las lenguas, caricias en los senos, pezones, sexo anal (en quien es penetrado), sexo oral (en quien lo lleva a cabo) u otras “prácticas *voyeuristas*” como mirar, orinar o defecar; mucho menos sirve para explicar el placer hallado en tocar las manos o mirar al amado.

Por ello, Collins plantea que el mecanismo que explica la diversidad de prácticas sexuales no es biológico, sino social con componentes de interacción corporal y de bienestar emocional. Desde su perspectiva, el sexo “no sería un simple instinto interno sino una

cantidad variable que se construye o controla desde fuera” (Collins, 2009, p. 301), una forma de interacción y el placer sexual un conjunto de interacciones que se aprenden en sucesivas experiencias. Collins plantea que lo que nos inclina al placer sexual resulta de la consonancia íntima y la implicación emocional, dos de los componentes de los rituales de interacción descritos por Goffman y Durkheim.

Sobre la interacción sexual, Collins señala que se explica por los ingredientes del ritual: copresencia física-emocional, foco de atención común, estado emocional compartido y barreras impuestas a los otros; así como por sus efectos: solidaridad, símbolos y pautas de moralidad. Aunque aclara que cualquier contacto puede experimentarse con placer en la medida que despierte emociones, clasifica los rituales de interacción sexual en dos grupos:

1. Eróticos, caracterizados por que su mecanismo central y su foco de atención se halla en la coordinación corporal recíproca, así como por la interpretación del cuerpo del copartícipe como objeto sagrado ritual (anhelado, admirado y protegido).
2. No eróticos (religiosos, deportivos) que, si bien implican cierta coordinación corporal, su foco de atención se halla en el sentimiento de participación grupal.

Para ejemplificar su propuesta, analiza varias prácticas sexuales e identifica la presencia de los ingredientes del ritual de interacción erótico. Inicia con el coito, el cual explica, ofrece copresencia física (reúne un pequeño grupo de personas, generalmente dos) e impone rígidos límites a la presencia de los demás (se lleva a cabo en privado) y tiene un foco poderoso de acción (el contacto físico entre los cuerpos), así como emociones de bienestar compartidas (excitación, solidaridad, amor), las cuales motivan la repetición del ritual.

En cuanto a algunos rituales de interacción sexual no eróticos, como los besos, tomarse las manos o acariciarse, Collins señala que:

los besos eróticos ofrecen intensidad rítmica, interacción recíproca, penetran el cuerpo del otro (besos con la lengua), trasgreden las barreras sociales e incursionan en terreno prohibido, lo cual ofrece emociones de bienestar compartidas. Tomarse de las manos (en las culturas occidentales) lo interpreta como un gesto que anuncia a los demás una relación particular de la cual quedan excluidos (límites), reúne a personas (copresencia) y prolonga su contacto (foco de acción). Con respecto a las caricias en los senos, señala que ofrecen trasposición al cruzar un umbral de intimidad donde se descubre algo prohibido, proporcionan exaltación al apoderarse de algo deseado o al invadir un territorio privado, lo cual ofrece consonancia recíproca y un carácter interactivo de bienestar. Por último, señala que aquellas prácticas como recibir sexo anal o realizar sexo oral brindan, desde el momento de desnudarse, excitación al acceder a algo prohibido, motivan a poseer la barrera última del cuerpo del otro, generan intimidad extrema e intensificación mutua. El sexo anal, para quien es penetrado, ofrece copresencia física, alto grado de intimidad y una especial sensación de bienestar al tener contacto corporal total, plena posesión corporal.

Desde esta perspectiva, las prácticas sexuales son formas de interacción social relacionadas con emociones, símbolos y procesos manufacturados desde fuera del individuo cuya significación se concreta en la interacción cara a cara. Collins sostiene que el interés por participar en actividades sexuales se relaciona con factores como la interacción, la implicación emocional, las sensaciones de bienestar, los significados que generan (pasión, sentirse fusionados, completos) y los sentimientos de solidaridad social (como el amor) altamente valorados por las sociedades contemporáneas.

En síntesis, el interés por las prácticas sexuales se relaciona, tanto con la interacción e implicación emocional, como con los efectos que produce. Primero con lazos de solidaridad (amor) entre grupos reducidos de personas; solidaridad que hace a las personas identificarse, servirse y protegerse. Segundo por el sentimiento de propiedad, posesión sexual, acceso a un cuerpo prohibido para los

demás. Tercero, porque puede representar prestigio social.²⁶ En cuarto lugar debido a que los rituales de interacción sexual transforman las emociones iniciales (deseo-pasión sexual) en fortaleza individual, sentimientos de solidaridad, amor entre los miembros de la diada. Desde esta perspectiva, se va de una práctica sexual a otra atraídos por las interacciones que ofrezcan mayores beneficios emocionales.

Considerar las propuestas de Collins en torno a los rituales sexuales como entornos microsociales aporta elementos para sostener que los significados del placer sexual devienen, tanto de modos de relación con el cuerpo definidos históricamente, como de interacciones cara a cara en contextos de disposiciones y sistemas de género, ambos asuntos discutidos a lo largo de este capítulo.

En esta investigación, la perspectiva sociológica de Collins se enriquece con las ideas de un autor sudamericano contemporáneo: Daniel Jones, particularmente en un punto ciego de Collins: el género. Jones ofrece elementos empíricos y conceptuales esenciales para comprender la diversidad de prácticas sexuales, entendidas como: “actividades mentales y corporales vinculadas a una dimensión erótica, que pueden implicar contactos físicos entre dos o más personas o no (como en el autoerotismo) y ligarse o no a sentimientos amorosos y a la procreación” (Jones, 2010, pp. 17-18), que se encuentran atravesadas por dinámicas sociales en función de las cuales se consuman, aceptan, rechazan, interpretan y significan las prácticas sexuales:

una diversidad de prácticas sexuales como masturbarse, mirar pornografía, besarse, acariciarse y tener relaciones sexuales (con alguien de otro o del

²⁶ A diferencia de quienes obtienen solidaridad de sus relaciones sexuales, otras personas sólo buscan placer sexual sin nexo amoroso. Este sexo, de baja solidaridad, como le denomina Collins, implica la participación en múltiples interacciones sociales ritualizadas que confieren un elevado prestigio social derivado no de la cópula, sino de su narración, del pavoneo ante grupos (generalmente masculinos).

mismo sexo), adquieren sus significados a partir de los vínculos socioafectivos que los enmarcan [...] y que cada una de estas prácticas sexuales tiene diferente valor social [...] si las lleva a cabo un varón o una mujer, un heterosexual o un homosexual (pp. 15-16).

En sintonía con Collins, Jones refiere que las prácticas sexuales, y sus significados, resultan de “un proceso de aprendizaje erótico y corporal, que se da mediante una exploración sexual relacional que la precede y trasciende temporalmente” (p. 38). Es decir, se trata de actividades socialmente pautadas, vinculadas con discursos pedagógicos, mediáticos, familiares y religiosos. Estas pautas de interacción sexual se estructuran en secuencias ritualizadas, que son aprendidas durante la vida de las personas:

quienes tienen un coito vaginal por primera vez, muy probablemente antes se han besado, acariciado los genitales, masturbado mutuamente y visto parcial o totalmente desnudos en otras ocasiones y/o con otras parejas. Esta serie progresiva de actividades es parte fundamental de un proceso de exploración física y relacional, donde aprenden un saber erótico y corporal (Jones, 2010, p. 47).

Los puntos ciegos de Collins con respecto al género también son atendidos a través de la obra de Gayle Rubin, autora clásica en los estudios feministas, quien complementa la aproximación sociológica de esta investigación al sostener que las prácticas sexuales no sólo son formas de interacción social aprendidas, sino jerarquizadas desde sistemas de valoración social. Rubin señala la estratificación sexual con la metáfora de una pirámide:

En la cima de la pirámide erótica están solamente los heterosexuales reproductores casados. Justo debajo están los heterosexuales monógamos no casados y agrupados en parejas, seguidos de la mayor parte de los demás heterosexuales. El sexo solitario flota ambiguamente. El poderoso estigma que pesaba sobre la masturbación en el siglo XIX aún permanece en formas modificadas más débiles, tales como la idea de que la masturbación es una especie de sustituto

inferior de los encuentros en pareja. Las parejas estables de lesbianas y gays están en el borde de la respetabilidad, pero los homosexuales y lesbianas promiscuos revolotean justo por encima de los grupos situados en el fondo mismo de la pirámide. Las castas sexuales más despreciadas incluyen normalmente a los transexuales, travestis, fetichistas, sadomasoquistas, trabajadores del sexo, tales como los prostitutos, las prostitutas y quienes trabajan como modelos en la pornografía y la más baja de todas, aquellos cuyo erotismo trasgrede las fronteras generacionales (1989, p. 18).

Sin negar la presencia de procesos de resistencia, Rubin enfatiza la permanencia de un sistema de jerarquización sexual que opera desde una lógica binaria, con un doble estándar de salud-respetabilidad, estigma-punición. Aquellos que por su comportamiento sexual se ubican en los niveles más altos de la pirámide (heterosexuales, casados, monógamos, con hijos) reciben reconocimiento, apoyo o beneficios; mientras quienes se encuentran en los estratos inferiores obtienen oprobio de personas, especialistas e instituciones, señalamientos de disfuncionalidad, criminalidad y condena.

Rubin también señala que las jerarquías de valor sexual reciclan conceptos religiosos, creencias populares, religiosas; categorías médicas y jurídicas. Funcionan de manera similar a los sistemas ideológicos del racismo o el etnocentrismo, al interior de los que se racionaliza el bienestar de quienes están en la cima y la adversidad de la “chusma” sexual.

Desde los discursos actuales, apunta Rubin, se edifican jerarquías y un sistema predominante de valores sexuales que signan una sexualidad “buena, normal, natural” (heterosexual, marital, monógama, reproductiva, con papeles convencionales, no comercial, sin uso de pornografía o juguetes sexuales) y una sexualidad “mala, anormal o antisexual” (homosexual, promiscua, comercial, no reproductiva, con participación de masturbación, relaciones sexuales esporádicas, en sitios poco comunes). Se sostiene, afirma la autora, una franca oposición entre sexualidad “buena” y “mala”, manteniéndose separadas por fronteras imaginarias que anuncian

la constante amenaza de un caos sexual ante el eventual derrumbe de sus fronteras, hecho por el cual se justifica la intervención de los discursos especializados, así como de mecanismos de control y vigilancia ya advertidos por Foucault e identificados por Rubin con cinco estrategias:

1. Intervención de especialistas quienes emiten leyes que criminalizan la conducta sexual *mala*.
2. Legitimación de comportamientos sexuales mediante la creación de códigos que limitan los derechos de las personas ubicadas en ciertos estratos de la pirámide (matrimonio homosexual, adopción, entre otros).
3. Mediante divulgación de programas de entrenamiento profesional (poder pastoral, en términos de Foucault) que orientan la conducta sexual.
4. A través de prácticas familiares que sancionan con maltrato, destierro o abandono a los integrantes cuyo comportamiento sexual rebasa las fronteras sexuales *normales*.
5. Presión a quienes se encuentran en la sexualidad buena a permanecer al interior de las fronteras de la normalidad (virginidad, monogamia, negativa de divorcio, exigencia de reproducción, entre otras).

Los datos aquí expuestos permiten vislumbrar tres hechos de gran relevancia en la significación del placer sexual. 1) Desde las sociedades griegas analizadas por Foucault (mediante la revisión de textos), se le encuentra inmerso en sistemas de valoración en los cuales las mujeres ocupan un lugar inferior o secundario. 2) No resulta de un instinto sexual preestablecido que guía a los individuos, sino que se aprende, al menos, en dos niveles: en el cerebro que integra las sensaciones percibidas en el cuerpo, las traduce mediante procesos complejos en emociones y sentimientos (Damasio, 2009); así como en interacciones sucesivas con otras personas, las cuales ofrecen el contexto que contribuye a su significación. 3) En dicha

interacción se reproducen dispositivos de poder-saber (sociales) que reúnen tanto coacciones externas como auto-coacciones.

Foucault, Rubin, Jones y Collins coinciden en señalar las prácticas sexuales como actividades sociales con importantes efectos en las personas. Sus ideas nutren este estudio, orientado a dar cuenta del modo en que las mujeres jóvenes construyen sus significados del placer sexual a partir de su propia vivencia y de las relaciones con los otros.

CAPÍTULO 3
HORIZONTE METODOLÓGICO
Y CONTEXTO DE LA INVESTIGACIÓN

Lo que quisiera hacer aquí es mostrar que hay otra forma de practicar la sociología. Otra forma de hacer observaciones. Otra forma de analizarlas. Otra forma de escribir. Y, generalmente hablando, otra forma de definir la relación de la sociología con la sociedad [...] Con base en el ejemplo de la aproximación por medio de la historia de vida, me gustaría decirle a [los investigadores “positivistas”] que su preocupación por la representatividad de las muestras, por el análisis de datos, por la prueba, puede ser alcanzada también con la aproximación “cualitativa” y que esta aproximación permite aún más: un acceso directo al ámbito de las relaciones sociales que constituyen, después de todo, la sustancia misma del conocimiento sociológico

Daniel Bertaux

Esta investigación tiene como precedente un trabajo orientado a conocer la interpretación de experiencias sexuales de un grupo

de mujeres de la Ciudad de México,²⁷ así como la revisión de un conjunto de investigaciones recientes: Amuchástegui, 2004; Jones, 2010; Sosa, 2005; a partir de las cuales surgió el interés por analizar el placer sexual en tanto construcción social, desarrollando un estudio que examine la interacción entre los significados atribuidos por mujeres jóvenes y su valoración de ciertas prácticas sexuales, en un contexto de jerarquías sexuales, discursos y prácticas de control ejercidas en el cuerpo.

La investigación se destaca por dos hechos. Primero, por tomar como objeto de estudio las significaciones del placer sexual, el cual como ya he señalado, se ha eclipsado paulatinamente por representaciones biomédicas de la sexualidad hasta transformarse en un producto residual (Braun, 2005; Croissant, 2006; García Ricardo, 2015), contribuyendo a la visibilización de un objeto de estudio con importantes implicaciones socioculturales.

En segundo lugar porque, como señalan Elliot (2009) y Jones (2010), en décadas recientes la sexualidad ha sido objeto de estudio para las ciencias sociales a través de tópicos como: identidad, diversidad sexual, homosexualidades, infecciones de transmisión sexual, sida, violencia sexual o embarazo adolescente; en tanto que las comunidades sexológicas del país continúan orientadas hacia la clasificación de disfunciones sexuales, la investigación de psicofármacos sexuales y el tratamiento de problemas sexuales, con lo que el análisis de los asuntos relativos el placer sexual, tanto en sus dimensiones sociales como en las subjetivas, se mantiene con poca exploración. Ambos hechos justifican la pertinencia de una investigación centrada en la significación del placer sexual desde pautas sociohistóricas, desde la vivencia y la interacción de las personas.

²⁷ García, R. (2015). Placer y orgasmo en mujeres jóvenes: construcción de sus significados.

DESCRIPCIÓN DE LA INVESTIGACIÓN Y SUS OBJETIVOS

Se trata de un estudio con dos propósitos: relacionar procesos macrosociales (discursos que pueden hallarse tanto en la educación formal: libros de texto o de consulta, o en la educación no formal: amigos, familiares, entre otros), con procesos microsociales (representaciones, percepciones, significados de prácticas sexuales) interpretados exclusivamente individuales, y orientarse hacia procesos descuidados por especialistas de la salud sexual: las significaciones del placer como fenómeno social. Bajo esta perspectiva, la investigación plantea como objetivo central: conocer la manera en la que mujeres jóvenes, habitantes de la ciudad de México, construyen sus significados del placer sexual a partir de su propia vivencia y las relaciones con las o los otros, y como objetivos específicos identificar: 1. El significado otorgado a determinadas prácticas sexuales,²⁸ 2. Agentes e instancias participantes en el proceso de construcción de los significados del placer sexual y 3. Prácticas de desobediencia-resistencia asociadas con la significación del placer sexual.

La investigación parte de un supuesto general: que la significación de la experiencia del placer sexual está estrechamente vinculada a hechos sociales objeto de largos periodos de negociación histórica, así como de dos supuestos específicos: primero, que la significación del placer se encuentra vinculada a representaciones específicas de las mujeres, emanadas desde regulaciones del género, y en segundo lugar que existen agentes (pares, familiares, entre otros) y discursos (pedagógico, médico, entre otros) mediadores en la significación de la vivencia del placer sexual.

²⁸ Se retoma de Jones la noción de práctica sexual como: “actividades mentales y corporales vinculadas a una dimensión erótica, que pueden implicar contactos físicos entre dos o más personas o no (como en el autoerotismo) y ligarse o no a sentimientos amorosos y a la procreación (ya sea buscándola o evitándola)” (2010, p. 18).

DECISIONES METODOLÓGICAS

Dado el objetivo de este trabajo, orientado a conocer significados otorgados a sucesos acontecidos en el cuerpo, se eligió, como estrategia para la construcción del conocimiento, la investigación cualitativa, entendiéndola como una práctica interpretativa que se fundamenta en métodos emanados desde la fenomenología, la etnometodología y los estudios críticos (García Ricardo, 2015). La elección de esta aproximación metodológica se basa en su eficacia para comprender dimensiones humanas subjetivas, tales como las relaciones corporales o las sexualizadas desde sistemas de género (Szasz y Lerner, 2002). También se escoge esta metodología por afinidad teórica, pues considera la realidad y los individuos como resultantes de una construcción social orientándose, más que a la explicación, a la descripción, análisis y comprensión de procesos sociales subjetivos (Amuchástegui, 2001).

La metodología cualitativa supone la realidad como una construcción social materializada a través de la interacción de los individuos, y plantea que el quehacer del investigador debe organizarse desde las siguientes premisas:

1. Considerar a las personas como actores interpretativos.
2. Centrarse en procesos subjetivos, estructurados a través de procesos de socialización.
3. Entender lo social como la suma de negociaciones intersubjetivas; es decir, que son las personas quienes crean el orden social y no al contrario.
4. Orientarse hacia la comprensión, más que la explicación o ponderación de los aspectos subjetivos identificados.
5. Utilizar conceptos flexibles capaces de aprehender los significados y sus interpretaciones (Castro, 2002).

Etapas y marco contextual de la investigación

La investigación en sus distintas etapas: revisión documental, diseño metodológico, trabajo de campo, análisis de la información y redacción de la versión final, se llevaron a cabo en la Ciudad de México en el periodo comprendido entre septiembre de 2013 y agosto de 2017.

Técnicas e instrumentos de investigación

Se valió de dos métodos de investigación de amplio uso en trabajos sociológicos: la entrevista en profundidad y el cuestionario, recurriéndose adicionalmente a una técnica usada por educadores y psicólogos clínicos: la línea de vida.

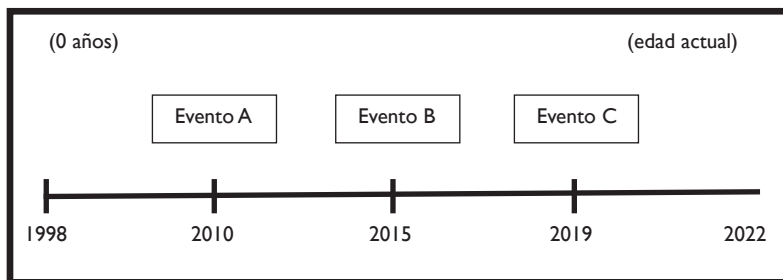
Inicialmente, el diseño metodológico sólo consideró el uso de la entrevista y la línea de vida. Sin embargo, al iniciarse el trabajo de campo fue necesario incorporar un tercer instrumento que ofreciera detalles sociodemográficos de las participantes, recurriéndose para tal efecto al cuestionario. En las siguientes líneas se describe cada uno de los instrumentos en el orden en que se utilizaron en la investigación.

Línea de vida. También conocida como línea del tiempo, es un organizador gráfico de ideas, útil para procesar, acomodar y recordar información. Se emplea en ambientes pedagógicos, como estrategia para la comprensión de acontecimientos sociales, así como en el ámbito psicológico como herramienta para desarrollar biografías, examinar el desarrollo personal, la formación de actitudes, creencias y para promover el autoconocimiento (pueden elaborarse con lápiz y papel, hoja de cálculo, procesador de textos, Power Point, Smartdraw o programas en línea (Dipity, Timetoast, Timerime, entre otros). Las líneas de vida pueden abarcar largos periodos (años, épocas, vida completa) y mostrar generalidades de la experiencia del individuo o bien describir momentos específicos,

informando hechos, eventos o temas puntuales en la vida de las personas.

La elaboración de la línea de vida incluye tres elementos: el trazo de una línea horizontal con una fecha de inicio en el extremo izquierdo y una fecha de conclusión en el extremo derecho. Ambas fechas corresponden a la primera y última aparición del suceso explorado. El segundo elemento consiste en el trazado de pequeñas líneas verticales, cada una representa un suceso significativo (de acuerdo con el tema de la línea de vida). Se comienza con el más antiguo hasta llegar al más reciente. En cada línea se señala el año en que ocurrieron. El tercer y último elemento es la incorporación de marcas textuales con frases, gráficos, dibujos o símbolos que describan el evento señalado. Se comienza con el más antiguo (izquierda) hasta llegar al más reciente (derecha).

Figura 1. Representación de una línea de vida



Fuente: elaboración propia

La elaboración de la línea de vida siguió un procedimiento consistente de tres pasos: 1. Establecimiento de rapport. Consistió en una charla previa al trazo de la línea de vida, donde se hablaba de su situación emocional ante la participación en la investigación, las ideas en torno al estudio y las expectativas con respecto a las actividades por realizar. El rapport fue importante no sólo para facilitar esta actividad, sino para la entrevista posterior. 2. Trazo de la línea de vida. Con apego a las indicaciones del investigador, cada

participante elaboró su línea de vida y plasmó en ella aspectos relacionados con sus prácticas sexuales, significaciones del placer y el placer sexual. 3. Cierre de la actividad. Concluido el trazo se acordó con cada participante fecha, hora y lugar para la entrevista (se dio como primera opción su centro de estudios y como segunda un espacio propiedad del investigador).²⁹ La fecha se determinó en función de las necesidades de las participantes.

Entrevista. Se retoma de Taylor y Bogdan (1987) la caracterización de la entrevista como aquellos encuentros cara a cara, dirigidos hacia la comprensión de las perspectivas de las personas respecto de sus vidas. Pese a sus críticas,³⁰ se le reconoce como técnica eficaz para recoger relatos detallados, amplios y ricos de la vida de las personas (particularmente la modalidad conocida como entrevista en profundidad).

El desarrollo de las entrevistas constituyó un trabajo laborioso, pues la estructura de las conversaciones con las participantes siguió en todo momento la ruta de acontecimientos trazados en la línea de vida, es decir, en todos los casos las entrevistas versaron en torno a los eventos que ellas relacionaron con el placer. Se respetó en todo momento la decisión de las mujeres con respecto a hablar de sus historias o de profundizar en cada uno de los tópicos señalados en la línea de vida.

Para complementar la exploración se diseñó un guion de entrevista (véase anexo 1) con tópicos relacionados al cuerpo, el placer, el placer sexual y las prácticas sexuales; que sería de utilidad cuando estas temáticas no emergieran durante las conversaciones.

Como ocurre con el desarrollo de esta técnica, las primeras entrevistas orientaron el desarrollo de las posteriores, influyendo en la decisión de profundizar en algunos temas o en hacer preguntas específicas.

²⁹ Se trata de un despacho ubicado en la alcaldía Azcapotzalco, el cual ofrecía privacidad y condiciones óptimas para el desarrollo y audiograbación de las entrevistas.

³⁰ Véanse los señalamientos de Bourdieu y Chamboredon (2002) en torno a la asimetría y distorsiones implícitas en la entrevista.

Debido a dos hechos: que no era objeto de este estudio obtener representatividad estadística y que lograr el criterio de saturación como indicador del número de participantes resulta complejo, se consideró entrevistar a un máximo de 15 mujeres, aunque el número final de entrevistas fue determinado por las dificultades propias del proceso de investigación.

Cuestionario. Tras haber iniciado el proceso de campo, con algunas líneas de vida y entrevistas realizadas, se consideró útil incorporar a la investigación un cuestionario que coadyuvara en la caracterización de las participantes, así como en la explicitación de algunas de sus condiciones de vida, tales como estado civil, escolaridad, organización familiar, entre otros (véase anexo 2). El cuestionario ofreció información importante a este estudio y complementó algunos de los datos recogidos, tanto en la línea de vida, como en las entrevistas.

TRABAJO DE CAMPO

Se llevó a cabo en la Ciudad de México en el periodo comprendido entre los meses de enero y agosto de 2014 a través de tres fases: piloteo de instrumentos, acercamiento y encuentros con las participantes (elaboración de línea de vida, entrevista, llenado de cuestionario).

El piloteo de instrumentos consistió en el desarrollo de una línea de vida y una entrevista en profundidad en el mes de enero de 2014. La experiencia condujo a ajustes en las instrucciones para trazar la línea de vida, así como en el desarrollo de la entrevista; tales como incluir preguntas específicas sin alterar el desarrollo de la conversación y en el acoplamiento de equipo para su grabación.

La fase de acercamiento a las participantes no fue sencilla, pues precisó enfrentar prejuicios y barreras en torno a la temática central del estudio. Contactar a las participantes fue un proceso largo que se vio marcado tanto por asuntos relativos a la delimitación de la

población objeto del estudio, como a sucesos relacionados con las estrategias para acceder a estas mujeres. La delimitación de la población objeto de estudio pasó por una serie de transformaciones. Inicialmente se consideró entrevistar a mujeres habitantes de la Ciudad de México con edades entre 18 y 25 años. En un segundo momento se reconsideró el rango de edad limitándolo a mujeres de 18 a 20 años y se agregaron dos requisitos más: tener estudios de bachillerato (concluido o trunco) y mostrar disposición para conversar con respecto al placer sexual. El ajuste en los criterios para la participación en el estudio obedeció a tres razones. Primero por considerar la mayoría de edad como un apoyo para el investigador ante la temática y los prejuicios asociados con el placer sexual. En segundo lugar, por suponer que las jóvenes de ese rango de edad disponían de experiencias relativas al placer sexual, tanto en su dimensión autoerótica, como en la compartida con otras personas. En tercero por considerar, como se especificó en el capítulo anterior, que las experiencias relacionadas con el placer sexual inician antes de las primeras experiencias coitales, durante periodos tempranos de la vida, razón por la cual no presentarían dificultades para recordarlas y ofrecer información detallada de éstas. El criterio de selección relativo a ser habitantes de la Ciudad de México obedeció al hecho de vivir en una ciudad con amplia oferta educativa formal (asignaturas, cursos escolarizados, libros de texto con contenidos sexuales específicos), no formal (talleres de organizaciones civiles e instituciones públicas); así como educación informal (contenidos de televisión, radio e internet). El requisito de contar con estudios de bachillerato se relacionó por un lado al efecto que tiene en la vivencia del placer sexual la educación formal y al reconocer a la escuela como un agente socializador del placer sexual. Por último, el requerimiento de estar interesadas en participar en la investigación y conversar del placer sexual, se consideró un elemento clave para generar empatía y una plática a profundidad.

Con la finalidad de contactar a las jóvenes se implementaron dos estrategias. La primera fue un acercamiento a tres contactos

clave: un profesor de orientación educativa adscrito al CECyT del Instituto Politécnico Nacional (IPN), una profesora de psicología del CCH de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y una profesora adscrita a la Licenciatura en Psicología en la Universidad Tecnológica de México (Unitec). Con excepción de la profesora universitaria, con quien se perdió contacto, el acercamiento a los profesores ofreció acceso a jóvenes estudiantes. En los tres casos se trataba de profesionistas conocidos por el investigador. Se les contactó vía telefónica exponiéndoles generalidades de la investigación y se les solicitó una reunión para profundizar la información.

Las reuniones para planeación de actividades acontecieron entre el 24 de febrero y el 9 de mayo. En ellas se entregó el protocolo de investigación y se solicitó apoyo para contactar candidatas para el estudio. Su labor consistiría no sólo en reunirme con estas mujeres, sino apoyar el desarrollo del trabajo de campo: gestionar el primer encuentro, ofrecer espacios para la realización de las actividades y apoyar el trámite de permisos para ingresar a los centros escolares.

La segunda estrategia para hallar participantes fue la difusión con colegas. En este caso se les comentó de manera general la investigación, solicitándoles que la promovieran entre familiares y conocidas.

Llegada la fase de contacto con las participantes, dos profesionistas ofrecieron su apoyo: el profesor del CECyT gestionó la aplicación de cuatro líneas de vida y dos entrevistas; la docente de CCH apoyó en la aplicación de cuatro líneas de vida e igual número de entrevistas.

Con la gestión de los contactos clave, se llevó a cabo el primer encuentro con cuatro alumnas, las jóvenes estudiantes del CECyT, con las que se realizó una reunión grupal en un aula de su centro escolar. De manera intencional, el profesor de dicha institución sólo ofreció algunos datos del estudio; fue hasta la reunión que se les habló de la investigación, las actividades a realizar y los requisitos para participar. Tras la presentación, se determinó una fecha para la realización de las líneas de vida. El segundo encuentro se llevó

a cabo días después, en un aula a la que acudieron cuatro mujeres de entre 17 y 20 años. En sesión grupal se elaboraron las líneas de vida y al concluir las se acordó fecha y lugar para la entrevista (las participantes determinaron ambos hechos de acuerdo a su conveniencia). De las cuatro estudiantes interesadas, sólo dos concretaron la entrevista entre el 26 de marzo y el 2 de abril; las otras dos reprogramaron y cancelaron.

Utilizando otra estrategia, la profesora del CCH se encargó de contactar a las jóvenes, explicar los detalles de la investigación y acordar fecha y horario para el primer encuentro en las instalaciones de la institución. Las actividades de presentación del investigador, línea de vida y entrevista se realizaron de forma individual entre el 20 de mayo y el 11 de junio en un cubículo o un aula del colegio.

Finalmente, mediante la estrategia de difusión con colegas, se contactaron dos jóvenes. En ambos casos, el primer contacto fue telefónico, durante el cual se les explicaron las características de la investigación y de su participación. Ambas aceptaron y se acordó fecha para la línea de vida; sin embargo, sólo se concretó una entrevista el 5 de febrero, en el despacho del investigador.

Se procuró dejar una semana entre el trazo de la línea de vida y la entrevista, de modo que las informantes tuvieran oportunidad de recordar otros sucesos asociados al placer; no obstante, en algunos casos ambas actividades se realizaron el mismo día, por así convenir a las participantes y/o a los contactos clave.

Derivado de las vicisitudes del trabajo de campo, los criterios de participación en el estudio se ajustaron a tener entre 17 y 18 años; ser estudiantes de bachillerato, vivir en la Ciudad de México y mostrar interés para participar en la investigación (el único que tuvo variación con respecto a la propuesta inicial fue el requerimiento relativo a la edad, la cual se redujo un año para incorporar al estudio a las jóvenes interesadas. En total se realizaron nueve líneas de vidas, siete entrevistas y se aplicaron seis cuestionarios.

PROCESAMIENTO DE LA INFORMACIÓN

La línea de vida fue de utilidad para ofrecer la primera aproximación a la significación del placer y del placer sexual en la trayectoria biográfica de las mujeres, así como la presencia de instancias y agentes participantes en su construcción. Ofreció un valioso acercamiento a las representaciones de las experiencias placer y placer sexual, sin que se externara la perspectiva del investigador con respecto a éstas. También proporcionó elementos para formular ideas en torno a las prácticas sexuales de las jóvenes, en sus expresiones genitales y no genitales.

La entrevista fue el instrumento a través del cual se logró conocer a profundidad los elementos esbozados en la línea de vida: significados del placer, vivencia del cuerpo, prácticas sexuales, discursos e instancias moldeadoras de los significados del placer. Constituyó un puente entre propuestas teóricas, supuestos del investigador e historias de las mujeres, convirtiéndose en un sitio para el encuentro de ideas en torno al placer. Se realizaron de acuerdo con lo dispuesto en el encuadre metodológico: iniciaron con la revisión del instrumento, para posteriormente dar paso a las temáticas previstas en el guion de entrevista (véase anexo 1). Las entrevistas fueron grabadas en audio, con la autorización de cada una de las participantes y se resguardaron para su posterior procesamiento.

En cuanto al tercer instrumento, el cuestionario, ofreció datos relativos a las condiciones de vida de las mujeres; agregó al análisis, variables económicas, familiares y geográficas relacionadas con procesos subjetivos. El engranaje teórico-metodológico puede sintetizarse así:

Tabla 1. Objetivos, supuestos, perspectivas e instrumentos de investigación

Objetivo	Hipótesis/ supuestos	Estrategia metodológica teórica	Estrategia metodológica empírica
<p>Conocer la manera en la que mujeres jóvenes, habitantes de la Ciudad de México, construyen sus significados del placer sexual a partir de su propia vivencia y las relaciones con los otros.</p>	<p>La significación de la experiencia del placer sexual está estrechamente vinculada a hechos sociales objeto de largos periodos de negociación histórica.</p>	<p>Exploración del modo cómo el placer sexual ha sido concebido en Occidente a través de la Historia de la sexualidad de Foucault.</p> <p>Elaboración de un estado del arte de investigaciones recientes sobre el placer sexual.</p>	<p>Línea de vida que señale experiencias sexuales de bienestar tanto en la dimensión íntima como con otras personas.</p> <p>Exploración de los discursos implícitos en las líneas de vida de las participantes</p>
<p>Identificar el significado otorgado a determinadas prácticas sexuales.</p>	<p>La significación del placer sexual se encuentra vinculada a representaciones de las mujeres emanadas desde regulaciones del género.</p>	<p>Uso de la teoría de los Rituales de interacción de Randall Collins para explorar la significación del placer sexual como una construcción social.</p> <p>Recuperación conceptual de prácticas sexuales de Jones.</p> <p>Incorporación de la categoría "jerarquías sexuales" de Gayle Rubin, para explorar la relación entre prácticas sexuales y sistemas de valores relacionados con el género.</p>	<p>Línea de vida que señale prácticas sexuales, tanto en la dimensión íntima, como con otras personas.</p> <p>Entrevista que profundice en los significados dados por las participantes.</p>

(continuación)

<p>Identificar agentes e instancias participantes en el proceso de la significación del placer sexual</p>	<p>Existen agentes (pares, familiares) y discursos (médico, pedagógico) que inciden en la significación del placer.</p>	<p>Exploración del modo cómo el placer sexual ha sido concebido en Occidente a través de la Historia de la sexualidad de Foucault.</p> <p>Incorporación de la categoría “jerarquías sexuales” de Gayle Rubin, para explorar la significación otorgada a distintas prácticas sexuales.</p>	<p>Línea de vida que señale experiencias sexuales de bienestar, tanto en la dimensión íntima, como con otras personas en la que indique con quiénes han hablado de éstas.</p> <p>Entrevista que profundice en los agentes que ofrecen significado a distintas prácticas sexuales.</p>
---	---	---	---

Fuente: elaboración propia

El procesamiento de los datos obtenidos por cada instrumento tuvo un manejo específico. En las líneas de vida, la información se agrupó a partir de las anotaciones de las participantes en dos grandes tópicos: placer y placer sexual (el análisis se detalla en el siguiente capítulo).

En el caso de las entrevistas, la información se sometió a una serie de transformaciones que, en palabras de Castro (2002, 2002a), pueden describirse del siguiente modo:

- a) Transformación de un hecho real (entrevista) a un registro grabado. El primero de los cambios es la grabación de las entrevistas, acción que permite “fijar todo lo dicho, es decir, rescatarlo de sus formas percederas y fijarlo en términos susceptibles de consulta” (Geertz, 1989, en Castro 2002), pero implica dejar fuera del análisis la información no verbal: gestos, movimientos, reacciones ante comentarios, entre otros.
- b) Transformación de un registro grabado en un texto. El segundo paso en el procesamiento de la información consiste

en convertir el audio en texto, momento a partir del cual el análisis se concentra en la información verbal, dejando al relato oral originario en segundo plano.

- c) Transformación de un texto a códigos de investigación. Con las que se inicia la segunda etapa del procesamiento de la información: la interpretación, cuyo propósito “es hallar patrones significativos y dar sentido a la amplia y rica información contenida en la transcripción de los relatos” (Martínez, 2002, p. 46). La interpretación se deriva de la lectura repetida de las transcripciones y su agrupación en grandes temáticas, originadas por recurrencias en los relatos o bien por las líneas analíticas de este estudio. Con esta reorganización del material se formulan los primeros códigos de información.

La asignación de códigos constituye una identificación preliminar de los hallazgos, dado que cada código “indexa”³¹ un amplio conjunto de significados. Esto es, un código normalmente constituye un intento del investigador por clasificar una palabra, una frase, o una sección del texto en categorías específicas significativas que tengan sentido dentro del marco teórico que está siendo utilizado (Castro, 2002, p. 72a).

- d) Tras la primera codificación, se continuó con relecturas y se establecieron códigos finos (más específicos). La identificación, contrastación y combinación de códigos facilitó la posterior nominación de categorías de análisis.
- e) Transformación de códigos y categorías a significados. La interpretación de códigos y categorías permite la construcción de significados, es decir, explicaciones teóricamente

³¹ “La indexicalidad se refiere al hecho de que los conceptos, términos y afirmaciones de los individuos no son entendibles a menos de que uno esté familiarizado con las expectativas de sentido común del escenario social donde son producidas” (Garfinkel, 1967, en Castro, 2002).

consistentes de lo dicho,³² con lo cual se arriba a la etapa final del análisis cualitativo.

Con esta propuesta de interpretación se intentó revelar la lógica subyacente en las historias de las jóvenes para mostrar sus vínculos con los arreglos sociales y sus condiciones de vida predominantes (Castro, 2002).

Para el procesamiento de los cuestionarios, los cuales se solicitaron por correo electrónico, la información se agrupó según las variables edad, alcaldía de residencia, tipo de familia, entre otros.

PERFIL DE LAS PARTICIPANTES

Colaboraron en la investigación nueve mujeres de entre 17 y 18 años, estudiantes del último tramo de la educación media superior, con aspiraciones de ingreso a estudios universitarios y a su desarrollo como profesionistas.

Figura 2. Edad de las participantes



Fuente: población de estudio.

Ambos datos, edad y nivel de estudios, resultan relevantes para este estudio pues, adolescencia y juventud, son periodos de vida en los

³² “La discusión contemporánea sobre la naturaleza del análisis cualitativo reconoce que aún no es absolutamente claro cómo emergen los temas y las ideas y cómo es que terminan en un producto escrito terminado” (Bryman y Burgess, 1994, en Castro, 2002).

que se aprenden e internalizan actitudes y valores. Se trata de periodos formativos en los cuales la receptividad ante la información brindada es mayor que en otras etapas de vida (Sosa, 2005) y por ser el bachillerato el espacio para socialización de jóvenes donde se empieza a tener acceso a condiciones de vida ausentes en otros momentos de sus vidas: independencia, libertad en toma de decisiones, administración de recursos económicos, entre otros.

La edad es importante pues, de acuerdo con los datos del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI, 2011), las relaciones sexuales (coitales) en población joven, se presentan a edades más tempranas con respecto a generaciones previas; dicho instituto señala que uno de cada tres menores de 19 años las ha tenido.

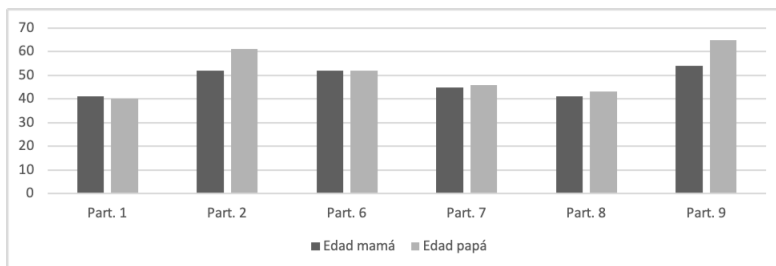
En todos los casos la ocupación principal es el estudio, ninguna refirió algún trabajo de medio tiempo o tiempo completo, apreciándose como personas dependientes de su familia, datos que coincidan con la información del INEGI (2011), el cual expresa en su Encuesta Nacional de Juventud 2010, que la mayoría de las y los jóvenes viven con padre y madre, disminuyendo ese arreglo familiar conforme aumenta su edad.

Son integrantes de familias nucleares o extensas, cuyas condiciones económicas estimadas (\$5,000 a \$24,000 mensuales), que les ofrecen, en diferentes condiciones, posibilidades de cubrir sus necesidades de vivienda, alimentación, estudio, traslado en la ciudad y recreación, hallándose ligeramente por encima del ingreso salarial mínimo, común a un amplio porcentaje de familias de la ciudad. Cabe aclarar que la mayoría ubicó los ingresos entre \$5,000 y \$12,000 y sólo una participante señaló \$24,000 como el ingreso mensual familiar. En cuanto a la situación de la vivienda que habitan, cuatro familias son propietarias, una vive en un predio familiar y una renta casa.

Con respecto a sus padres y madres, sus edades oscilaron entre 40-65 años, encontrándose la mayoría entre los 40-50. Cuatro indicaron que sus madres laboran fuera del hogar como empleada (sin

especificar el ramo), empleada de gobierno, enfermera y secretaria; las otras dos se dedican a actividades del hogar no remuneradas (amas de casa). Los padres de las jóvenes se ocupan como: chofer, hojalatero, propietario de un gimnasio, dos como empleados de gobierno y uno estaba desempleado.

Figura 3. Edad de madre y padre de las participantes



Fuente: población de estudio

Cuatro participantes indicaron que sus padres y madres están casados, las restantes señalaron que viven separados.

Ninguna de las participantes era hija única. Cuatro refirieron tener un hermano o hermana (estudiante de primaria, bachillerato o licenciatura); una joven señaló tener dos hermanas (amas de casa) y la restante expresó tener dos hermanos. De la totalidad de participantes que respondieron el cuestionario, sólo dos mencionaron contar con hermanos económicamente activos: empleado en una tienda y barista. Situación coincidente con los datos del INEGI (2011), que plantea al segmento de jóvenes que sólo estudian como el porcentaje más alto en las condiciones de ocupación de la población no económicamente activa.

Todas las participantes se hallaban en situación de soltería en el periodo en que se llevó a cabo el trabajo de campo. Ninguna refirió tener hijos y con excepción de una participante, todas mencionaron tener una relación de noviazgo. Sus vidas transcurrían entre ocupaciones escolares y familiares.

Todas son habitantes de la Ciudad de México en sus zonas centro-norte; dos vivían en la alcaldía Gustavo A. Madero y las restantes en Azcapotzalco, Álvaro Obregón, Benito Juárez e Iztapalapa. De acuerdo con el Sistema de Información de Desarrollo Social de la Ciudad de México (Sideso),³³ dos jóvenes habitan en colonias con índice de desarrollo social alto, tres en zonas de desarrollo social medio y una en una colonia con índice bajo.

Las condiciones antes descritas, muestran a las participantes como jóvenes urbanas, con acceso a escolarización y expectativas educativas mayores a las de sus padres y madres, sin experiencia laboral, económicamente no productivas y dependientes de sus familias de origen. Dichas condiciones delimitan el alcance de este estudio, pues distintos grupos de mujeres (analfabetas, con estudios de posgrado, económicamente productivas, independientes de sus familias de origen, entre otros) pueden presentar disímiles procesos de significación de la experiencia del placer sexual, asunto que ofrece múltiples líneas de exploración para futuras investigaciones.

³³ <http://www.sideso.df.gob.mx/index.php?id=551>

CAPÍTULO 4

LOS SIGNIFICADOS DEL PLACER SEXUAL EN MUJERES JÓVENES

Se inició este estudio con la intención de conocer la manera en la que mujeres jóvenes, habitantes de la Ciudad de México, significan la experiencia del placer sexual a partir de su propia vivencia y las relaciones con los otros. Con miras a ese objetivo, se exploró el acercamiento de las jóvenes a distintas prácticas sexuales, definidas como: “actividades mentales y corporales vinculadas a una dimensión erótica, que pueden implicar contactos físicos entre dos o más personas o no (como en el autoerotismo) y ligarse o no a sentimientos amorosos y a la procreación (ya sea buscándola o evitándola)” (Jones, 2010, p. 18).

En congruencia con la perspectiva teórica de este trabajo, la cual se desprende de las contribuciones de Michel Foucault, Randal Collins, Gayle Rubín y Daniel Jones, se diseñaron tres líneas analíticas: placer sexual, discursos y poder; placer sexual e interacción; y prácticas sexuales y jerarquización.

La primera línea analítica se desprende de las consideraciones de Foucault en torno al comportamiento sexual como producto moldeado por instancias y discursos sociales. Contribuyó en la exploración de experiencias conducentes al placer sexual y la mediación discursiva en sus prácticas sexuales.

La segunda línea se inició con las ideas de Foucault en torno a la experiencia del placer como resultante de estrategias morales de dominio de sí (Foucault, 2005b) y posteriormente se redefinió de modo que ofreciera un cruce entre las ideas de Foucault, particularmente las relativas a concebir las actividades sexuales como prácticas sociales, con la teoría de Collins (2009), la cual señala que las prácticas sexuales resultan de formas de interacción y procesos sociales que se controlan desde fuera del individuo; así como con las ideas de Jones (2010), para quien las prácticas sexuales se hallan atravesadas por dinámicas sociales de valoración y significado a partir de los vínculos socioafectivos que los contienen; de ese modo, se exploraron las prácticas sexuales no como expresiones de un deseo primitivo constreñido a procesos psicológicos individuales, sino como formas de interacción y valoración social.

En la tercera línea analítica se retomaron las ideas de Jones (2010) y Rubin (1989) en torno a sistemas de jerarquización sexual que clasifican las prácticas sexuales en función de condiciones sociales, entre ellas la edad y la orientación sexual. Con ella, se exploró la prevalencia de un modelo sexual heteronormativo centrado en la penetración (coito) como medio para acceder al placer sexual. También agregé algunas críticas formuladas a Foucault, específicamente aquellas relativas a su modelo viril de interacción sexual, caracterizado por la asociación placer-penetración-eyaculación y la consideración del placer como un asunto eminentemente masculino; lo que redundó en la exploración de las prácticas sexuales de las jóvenes desde una perspectiva crítica de la heteronormatividad.

En su conjunto, las tres líneas analíticas se orientaron, tanto hacia la identificación-descripción de instancias, discursos y *agency sexual*; así como a la exploración de procesos que simbolizan, jerarquizan y median la vivencia del placer.

La organización de la información obtenida también fue sensible a nuevos hallazgos, así pues, las tres líneas analíticas se complementaron con tres niveles en los significados de la experiencia del placer sexual: a) El de las prácticas encaminadas a modular

el acercamiento con actividades sexuales (dadas en su interacción con familiares, amigos, novios y/o profesionistas), b) El de la propia experiencia del placer en el cuerpo y c) El de la interpretación de las sensaciones de bienestar experimentadas durante las prácticas sexuales. El cruce entre líneas analíticas y niveles en los significados de la experiencia del placer sexual se describe en las siguientes secciones.

PLACER SEXUAL, DISCURSOS Y PODER

Las líneas de vida y las entrevistas mostraron la presencia de discursos, entendidos de acuerdo con Foucault (2005) no sólo como fuentes informativas, sino técnicas, instituciones, esquemas de comportamiento; como redes de poder-conocimiento en torno a las prácticas sexuales y al placer sexual.

Se identificaron seis tipos de discursos, los cuales, en función de la frecuencia con que fueron referidos y sus efectos en la vida de las participantes, pueden agruparse en:

1. Familiar, derivado de la madre, hermanos, abuelos y el padre.
2. Pedagógico, que tiene entre sus fuentes profesores de primaria, secundaria, tutores de secundaria y psicólogos del bachillerato.
3. De sus pares, expresado por amigos y amigas.
4. De los medios de comunicación, el cual se materializa con literatura escolar, literatura erótica, páginas de internet y programas de televisión.
5. Religioso, que incluye prescripciones cristianas de comportamiento.
6. Médico, originado por representantes de esa profesión quienes fueron consultados por las jóvenes o sus familiares.

Entonces, tal y como plantea el enfoque de Foucault, las prácticas sexuales (y el placer sexual) son campos ampliamente observados y constantemente sometidos a distintas verdades (Foucault 2005).

La presencia de los discursos se aprecia desde la niñez, manteniéndose hasta su edad actual. El primero que aparece en la vida de las participantes es el familiar, destacándose la madre como una de las principales representantes. También se halla el de los pares, profesionistas de la escuela y los medios. Menor presencia guarda el discurso religioso y médico, aunque sus efectos, no son menos importantes.

Con el discurso familiar se inicia un proceso formativo de relación con el placer sexual, el cual puede apreciarse al considerarlo un asunto de largo alcance y no sólo como el resultado acaecido de ciertas prácticas sexuales. Mediante esta formación se aspira a moldear las sensaciones, decisiones e interacciones del cuerpo:

Mi mamá, por ejemplo; mi mamá es muy no muy protec..., muy sobreprotectora sino que nos dice y nos marca pautas: ¡es que tú todavía estás chiquito y tú no puedes hacer esto, y tú no puedes hacer el otro! (P1, p. 1).

En un principio el contenido del discurso se manifiesta de forma inespecífica: “no puedes hacer cosas”; sin embargo, transita paulatinamente hacia actividades concretas, ya sean patrones de convivencia o zonas específicas del cuerpo:

Mi mamá me decía: ¡es que ya estás creciendo, ya no te puede ver, tu papá ya no se puede acostar contigo, tus hermanos tampoco, tú tienes que estar en tu cuarto, tú solita, porque ya estás creciendo y tu cuerpo va cambiando (P1, p. 5).

El punto nodal del discurso familiar, ejercido en este caso por la madre, muestra la razón a partir de la cual se disponen nuevas ordenanzas, la “voluntad del discurso” como señalara Foucault: los significados atribuidos por los adultos a los cambios físicos en el cuerpo de las jóvenes. Desde el punto de vista de sus interlocutores el “desarrollo físico”, todavía no referido a zonas o procesos

concretos, se revela como el factor que detona las nuevas ordenanzas en la relación con ellas mismas y con los otros: “estar sola, apartada, cambiar la relación con el padre o los hermanos”.

Aunque acotado a lo *físico*, los mensajes familiares transmiten constantemente una nueva interpretación del cuerpo, a partir de un revestimiento simbólico, advertido sólo por el grupo de adultos. Se inicia entonces un proceso de control familiar que no tiene como objetivo el desarrollo o la maduración, pues no pretende detener los cambios o alterar el funcionamiento de procesos hormonales, sino modificar las posibilidades de interacción y experiencias placenteras que ese cuerpo en transformación puede ofrecerles, convirtiéndose en la intención estratégica que sostiene al discurso familiar. En ese momento, las jóvenes no comprenden la interpretación del cuerpo hecha por los adultos.

Estos hechos muestran uno de los tres niveles de significación de la experiencia del placer sexual: el de las prácticas encaminadas a modular el acercamiento a las actividades sexuales se manifiesta a partir de la interacción con personas significativas, con quienes las jóvenes mantienen vínculos afectivos cercanos, lo que ayuda a entender su peso en la paulatina modificación de la perspectiva de las jóvenes con respecto a su cuerpo.

Tras advertirles un conjunto de cambios corporales, el discurso familiar también busca incidir en sus intereses y gustos:

Mi mamá me decía: ¡ay es que tu... todos, todos cambiamos!, me decía: ¡tú eres niña, y tú ya vas a empezar a desarrollarte!, dice: ¡tú ya no vas a ser la misma niña!, dice: ¡tú vas a cambiar, tu cuerpo va a cambiar!, vas a crecer, te van a empezar a gustar otras cosas, tú ya no vas a ser la niña (P1, p. 11).

Paulatinamente intervienen otras figuras en el discurso familiar. Es el caso de una de las participantes se refiere a su abuela, la cual, en un estilo distinto al de la madre, apuntala las ideas y formas de relación esbozados previamente:

No, ella me decía: [refiriéndose a su abuela] ¿es que tú no tienes que cambiar con tus hermanos!, o sea como que mi abuelita es muy diferente a mi mamá, me decía tú tienes que estar con tus hermanos pero ya no va a ser lo mismo de antes, ya no te vas a poder bañar con “L”, ya no, ya con “C” ya no te vas a poder dormir, porque antes cuando me daba miedo me iba a dormir con mi hermano grande, me decía: ¡porque tú ya estás cambiando!, ¡tu cuerpo está cambiando, tú vas a cambiar!, y yo le decía: ¿es que por qué? Y ella me decía, ella me explicaba, porque, me decía, porque toda mujer cambia y dice y más, bueno en esta edad toda la familia ha cambiado, tú ya estás en edad de tus cambios, como que era más específica y me decía más las cosas (P1, p. 12).

Las palabras de la abuela confirman el cambio en la relación con el cuerpo iniciado por la madre, además de que amplía la información proporcionada hasta ese momento. Pese a las intervenciones de ambas figuras: madre-abuela, se mantiene cierta confusión en la joven, evidente en su pregunta: “¿es que, por qué?”, la cual evidencia la incomprensión de los requerimientos y nuevos significados otorgados al cuerpo por las mujeres adultas.

El discurso que anuncia el cuerpo con sus nuevas características se inicia por la inminente aparición de los caracteres sexuales secundarios, pero no es comprendido por las jóvenes, lo que muestra una brecha de conocimiento-experiencia entre ambos grupos de mujeres: las adultas y las jóvenes:

Mi mamá ya me había platicado, pero era así como de, no era como muy hasta al fondo (P3, p. 1).

Desde antes mi mamá me empezaba a hablar [...] pero no así detallado de qué va a pasar (P3, p. 4).

Sin embargo, las referencias adultas al desarrollo físico no son suficientes para que las jóvenes comprendan las exigencias de cambio en sus relaciones con los hombres de la familia. En ese contexto de incomprensión se introduce un nuevo discurso, el

pedagógico, operado por profesores y profesionistas de los centros escolares.

En sintonía con el discurso familiar que propugna cambios sin explicarlos claramente, el pedagógico ofrece información fisiológica y del desarrollo con distinto nivel de profundidad en función del nivel educativo (primaria, secundaria o bachillerato) o el tipo de escuela (pública/privada). Su contenido sigue la línea de intervención iniciada por madres y abuelas, sin embargo, a diferencia del discurso familiar que marca pautas en la interacción, el pedagógico muestra un acercamiento hacia temas escolares, más que a vivencias:

Sí hablaban de nuestro cuerpo y de los cambios que íbamos a tener [refiriéndose a la primaria], pero nunca así como en la secundaria que te enseñan los anticonceptivos [...] infecciones, el cómo poner anticonceptivos (P7, p. 11).

Entre las jóvenes se aprecian diferencias en el discurso pedagógico en función del tipo de escuela a la que asistieron. Los profesores de escuelas públicas, a diferencia de las instituciones privadas religiosas, les hablaban con apertura, no sólo del cuerpo, sino de los órganos sexuales, la reproducción, la menstruación y las prácticas sexuales.

Las explicaciones de los docentes, tal como ocurrió con sus madres y abuelas como representantes del discurso familiar, transcurren al interior de relaciones con personajes cercanos y con influencia en las jóvenes, por lo que se tipifican como prácticas encaminadas a modular el acercamiento con las actividades sexuales. Sin embargo, aunque el discurso pedagógico ofrecía información *biologizada* detallada y respuestas a dudas heredadas por el discurso familiar, particularmente de la ovulación y la menstruación, no ofrecía elementos para asimilar el cambio exigido en la interacción con los hombres, ni con su propio cuerpo:

Si porque la maestra nos hizo, bueno...nos lo dio por temas, de pues, esta parte es tuya...aquí es para esto...y yo me quedaba: ¿pero por qué pasa esto? Y entonces

me ponía a leer por qué pasaba y entonces [...] sí, ya empiezo a conocerme más, no sólo en lo superficial, sino también por dentro, el cómo funciona (P3, p. 1).

Tanto el discurso familiar, como el pedagógico, dejan dudas en las jóvenes expresadas en la pregunta “¿pero por qué pasa esto?” A raíz de inquietudes no resueltas se aprecia un nuevo elemento, una búsqueda informativa más allá de la familia y la escuela orientada a la comprensión de los cambios anunciados, con la finalidad de otorgar sentido a sus propias vivencias y atender sus inquietudes. La decisión de rebasar el contexto familiar y escolar, así como la búsqueda de información, revelan un elemento determinante en la significación de la experiencia del placer: la *agency sexual*. La *posibilidad de actuación distinta* frente al discurso adulto aparece no sólo como el acto que rebasa las explicaciones familiares y busca otras fuentes informativas. También se aprecia con otros matices que, más allá de la novedad de los datos o de la capacidad para esclarecer dudas, evidencia un posicionamiento que no reproduce los mensajes de otras personas:

Pues... es que no sé... mi forma de pensar es muy diferente a las de los demás. Y, pues a mí ahora sí que no me interesa, sí lo aprendo y sí sé cómo se hace, pero... no me interesa ir más allá (P7, p. 11).

A las acciones de vigilancia y control de las prácticas iniciadas por madres y abuelas, se incorporan otros miembros de la familia, tornándose una labor grupal desde la cual se observan aspectos como el tiempo que pasan fuera de casa, las actividades realizadas, los lugares donde se encuentran o el tipo de ropa que visten.

Porque por lo mismo de que mi mamá me protegía y les decía a ellos [sus hermanos] que me protegieran, como que ellos son muy enojones, entonces no puedo salir así con falda chiquita porque me regañan, uso vestido chiquito y: ¿por qué te pones eso?, o sea como que también son muy protectores los hizo mi mamá muy protectores (P1, p. 9).

Llama la atención que, desde la perspectiva de la participante, se trata de acciones de protección y/o sobreprotección de su familia, sin ser asociadas con expresiones de control.

A medida que incrementa la edad y aparecen los anticipados cambios físicos, se revela el interés central en torno a la cual se han dispuesto las redes de poder y control:

A los diez [años] pusiste: ¿donde comenzaste a ser mujer!, ¿cómo es eso? Bueno, es que hay una palabra que decía mucho mi mamá, porque fue la primera vez que me bajó, entonces dijo que ya empezaba a ser mujer desde ese momento (P7, p. 6).

Los mensajes y prácticas emprendidas hasta ese momento, basadas en la inminencia de cambios físicos y comportamentales son reorientados hacia el potencial reproductivo evidenciado por la menstruación, pero también hacia el potencial sexual que conllevan las prácticas sexuales que pueden desencadenar el embarazo.

La menstruación aparece como elemento resignificante “del hacerse mujer, actuar como mujer y del aprender a ser mujer” (Sosa, Lerner y Erviti, 2014, p. 362), a partir de su aparición: ser chica o grande, tener o no tener prácticas sexuales, conocer o desconocer la dimensión placentera del comportamiento sexual, vivir o no el placer sexual, son sucesos que adquieren gran relevancia para la vigilancia de las mujeres adultas, quienes perciben en el comportamiento de sus hijas-nietas riesgos que demandan mayor atención externa, así como la exigencia de cierta *continencia* de las jóvenes para evitar dichas experiencias. Desde ese momento, primero de forma velada, después con amenazas, se reorganiza el dispositivo de control de sus prácticas:

Si porque mi mamá me decía: ¡es que no metas la pata tan chiquita, es que no, bueno, no cometas errores tan chiquita, tú estás muy chiquita, tú eres una niña! y me decía: ¡si quedas embarazada no te voy a ayudar! (P1, p. 16).

Igual mi mamá se dio cuenta de que no me bajaba. Y pues me dijo algo muy feo (risa), que si estaba embarazada que... pues como de papás, “te vas a la calle y buscas cómo salir adelante” (P7, p. 8).

Tal como lo han mostrado los estudios de Sosa, Lerner y Erviti (2014), el primer sangrado menstrual es una experiencia central en la construcción de los significados del cuerpo. Éste alude a un conjunto de categorías dominantes que organizan la interpretación de los procesos corporales de las mujeres. Señala que, posterior a la primera menstruación, se inicia un proceso de: “aprendizaje de nuevos códigos y regulaciones corporales y simbólicas estrechamente relacionadas con la normatividad sexual y de género” (p. 364). La aparición de la menstruación ejemplifica otro de los niveles identificados en la significación de la experiencia del placer sexual: el de la propia experiencia en el cuerpo, la cual resulta clave para la comprensión de los discursos y las prácticas de regulación promovidas por los adultos.

En el proceso formativo de la relación con el cuerpo y con el potencial placer sexual, el discurso familiar pauta el modo en que las jóvenes deben vivir, apoyándose en una estrategia que señala los riesgos de las prácticas sexuales, particularmente del embarazo. Así, se generan ordenanzas y se imponen deberes:

Bueno es que mi abuelita es como que muy conservadora, ella me dice, es que con el que te cases, hasta que te cases, pero pues yo digo ahorita ya todos andan, todos andan con todos (ríe) (P1, p. 5).

Este proceso formativo de las jóvenes con respecto a la significación del placer sexual se aprecia más como un asunto de carácter moral que informativo o técnico. En este caso lo moral se entiende como “un conjunto de valores y reglas de acción que se proponen a los individuos y a los grupos por medio de aparatos prescriptivos diversos, como pueden ser la familia, las instituciones educativas, las iglesias” (Foucault, 2005a, p. 31). Este carácter es evidente pues,

si se tratara de un asunto educativo, podrían implementarse desde la familia o la escuela, estrategias efectivas de prevención del embarazo sin necesidad de recurrir a la continencia o la proscripción de las prácticas sexuales o su disfrute. Las jóvenes entienden esta moralidad y la cuestionan, con lo que evidencian el contraste entre la visión adulta y la cotidianidad en la que viven sus pares: “ahorita ya todos andan con todos”, muestra la importancia de la experiencia como elemento de contraste en la formación de opiniones, así como pauta para la re-significación dada hasta ese momento.

En ese contexto, el discurso pedagógico ofrece nuevamente información, pero, en palabras de las jóvenes: “sólo para que sepas, no para que tengas relaciones con alguien”. A partir de la selección de cierta información y sin validar las experiencias sexuales, participa en la regulación del comportamiento, pues reitera los riesgos y consecuencias negativas de las prácticas sexuales:

En la escuela solamente una plática cuando iba en secundaria. *¿La plática fue sobre el placer o fue sobre otras cosas?* Fue sobre que tuvieras protección cuando tuvieras relaciones sexuales, que es como lo que cuidan más ahorita, de que no quedes embarazada o no, no tengas alguna enfermedad venérea, fue más general (P2, p. 17).

Tal como se hizo desde el discurso familiar, el cual les plantea las prácticas sexuales como actividades problemáticas, con riesgo para la salud, el bienestar y el futuro; en el discurso pedagógico las mismas prácticas se atienden como asunto relevante: “es como lo que cuidan más ahorita”, lo cual se ejemplifica con las palabras de una tutora de bachillerato:

Mi tutora es psicóloga [...] y me dijo que bueno que todavía no haya pasado eso [refiriéndose a un coito] me dice, porque tú, tu valor, y yo así, mi valor qué (ríe), pues sí lo que vales, y yo así de ok, yo entiendo y me dice, es que es como que es muy... muy como que no sabe explicar bien las cosas, me dice, sí, es que es muy raro y le digo cómo que es raro y me dice sí, es que puede haber

muchas cosas, que tal que hubieras quedado embarazada [...] me dice, ¿qué tal si después de que hayan tenido su experiencia te hubiera cortado y hubiera terminado contigo, ¿qué hubieras hecho?, que inseguridad, que no sé qué, me decía o ¿qué tal que hubieras quedado embarazada?, ¿por qué no te cuidaste?, o ¿qué tal sí? (P1, p. 19).

Sin embargo, la frase: “como que no sabe explicar bien las cosas”, remite nuevamente a la insuficiencia de los discursos para esclarecer sus exigencias, apreciándose como una constante que las acompaña. Entre todas esas voces, sólo una madre ofreció a su hija una perspectiva más accesible:

[hablándole de las relaciones sexuales] Pues que ya sabía que eso iba a pasar, pero no sabía cuándo o las consecuencias, que los métodos anticonceptivos, que me iba a gustar a lo mejor y así (P3, pp. 17-18).

después de tu relación ya no te voy a decir ya no lo hagas porque, porque como que tu mismo cuerpo te pide, porque tú ya experimentaste (P3, p. 13).

El resto de las madres y familiares se mantienen en el silencio o ambigüedad. Cuando algunas jóvenes formulan preguntas directas con respecto a las prácticas sexuales o el placer sexual, las respuestas no son claras:

Sí, le he preguntado a mi mamá qué es lo que se siente, o sea, ¿qué sientes cuando llega ese momento? pero me dice: ¡ay pues qué quieres sentir! (ríe), pero es todo lo que me dice (ríe) no me dice más (P1, p. 18).

[citando a su abuela] cuando ya estés lista, lo sientes en tu cuerpo [...] lo sientes en el cuerpo [...] si es el indicado, pues sientes que mundo se te viene [...] (P1, p. 18).

En ocasiones no se pregunta para evitar consecuencias desagradables:

Pues con mi mamá sería así como... un sentimiento de que le fallé [...] Y a los demás pues, me he dado cuenta que cuando dices las cosas las utilizan en tu contra, mejor me quedo callada (P5, p. 9).

Yo sabía si se lo tenía que decir a mi mamá, pero no así, sino un poco más después, porque si le digo luego luego, me va a mandar al carajo (P3, p. 14).

El conjunto de prácticas encaminadas a modular el acercamiento con prácticas sexuales mantiene su presencia, pero, a diferencia de los avisos inespecíficos, ajenos a las jóvenes, con más frecuencia se refieren a actividades conocidas, deseadas incluso. Lo que contribuye a que la experiencia ocupe un lugar preponderante en la interpretación de los discursos de los adultos de la familia, se convierte en un factor determinante para la comprensión de su realidad.

El carácter moral de la formación para las prácticas sexuales “lejos de formar un conjunto sistemático, constituye un juego complejo de elementos que se compensan, se corrigen, se anulan en ciertos cruces, permitiendo así compromisos o escapatorias” (Foucault, 2005a, p. 32). Por ello, a medida que los discursos familiar y pedagógico se circunscriben a ciertas temáticas y se alinean en una vertiente moral, a través de su *agency sexual*, las jóvenes inician una búsqueda de información y otros interlocutores para hablar de sus vivencias o externar sus inquietudes. Esto abre la puerta a otros discursos, entre ellos el de los *medios* y de los *pares*, situación que contribuye al distanciamiento de la familia como interlocutor efectivo, sin eliminar su papel como agente formativo de las prácticas sexuales.

A través de internet responden dudas que no se han compartido o no han sido respondidas por otras personas:

me empecé a meter a los libros a internet, a investigar y saber más cosas [...] *¿Eso fue también en la secundaria?* Sí, en ese tiempo pues... eeh... no tenía dinero, entonces buscaba información sobre si ese líquido pre... preeyaculatorio, contenía espermias y cosas así. Entonces, decía que sí, que muchas veces sí. Después

de eso fue las pruebas de embarazo, cómo saber si estabas embarazada o no, cuáles eran los síntomas y cosas así (P7, pp. 11-12).

La búsqueda en internet también ofrece información de los recursos de esta joven, ya fueran económicos o personales (cabe mencionar que no refirió haber consultado a un especialista para disipar sus dudas).

Eh, en internet y en libros, me gusta mucho la lectura erótica, no precisamente porque sea erótica sino por la trama que tiene, además de que es una lectura, muy específica o sea se basa más que nada en los puntos más específicos, entonces me gustaba mucho leer y en cuanto encontraba una palabra rara referente a la relación sexual y luego luego a internet, no, o sea ¿qué es eso? (P2, p. 17).

La *agency sexual* posibilita nuevas experiencias en las jóvenes, motivadas por la insatisfacción ante las limitaciones del discurso pedagógico-familiar y sus pautas morales de comportamiento; *agency sexual*-experiencia se convierten en un binomio que se retroalimenta constantemente y que muestra como “las prácticas sociales son examinadas constantemente y reformadas a la luz de nueva información sobre las mismas prácticas” (Giddens, 1994, p. 46), lo cual subraya la importancia de considerar la presencia de los discursos como sustrato para la acción de las mujeres en la interacción con el placer.

Con respecto al discurso de los medios informativos en otra de sus vertientes, la de la radio o la televisión, sólo una de las participantes la refirió como fuente informativa del placer sexual:

¿Has escuchado alguna vez en algún medio de comunicación algo relacionado con el placer sexual? Mmmm... pues yo creo que sí. ¿Qué recuerdas? Pues por decir con algunas novelas, que te ponen... están con sus parejas y eso. ¿Cuál es el mensaje que mandan ahí? Pues yo creo que quieren decir que es algo normal, no sé (P8, p. 10).

Las prácticas sexuales y el placer sexual comienzan a ser sucesos cercanos a su experiencia; no se hallan sólo en un discurso incomprendido, es también aquello que ven o escuchan con más frecuencia, aproximándose a la formación de sus propios significados.

En cuanto a la presencia de los pares, éstos ofrecen una perspectiva distinta a la de la familia y la escuela. Con ellos, las jóvenes encuentran respuestas a dudas e inquietudes, sean relativas al noviazgo, los besos o las prácticas sexuales. Sus dudas se responden por charlas, por escuchar conversaciones de otros o por lo que ven en sus compañeros:

Las niñas estaban muy despiertas [...] las niñas ya querían otra cosa. Allá ya era verlos besándose a escondidas porque no estaba permitido en la escuela y ya los veías haciendo de cosas de muy grandes que decías “no, eso no está correcto, ¿no? (P9, p. 4).

Fajando. Bueno lo que le llaman el dichoso faje, no sé por qué le llaman así (ríe), pero ya es como casi tener relaciones sexuales con ropa y yo decía ¡pero tienen 13 años, ¿cómo hacen eso?! (P9, p. 4).

pero pues yo digo, ahorita ya todos andan con todos (ríe) (P1, p. 21).

Entonces cuando entré a la de gobierno, ya no eran niños tan comunes [...] un día un niño llegó y dijo que vio a su papá viendo... haciendo sexo oral con una mujer y yo me quedé así de ¿qué es sexo oral? (ríe) (P9, p. 7).

Son los pares quienes ofrecen la información con mayor apertura y, si bien explican, también generan inquietudes pues —en el nivel de la experiencia propia— se trata de sucesos ajenos e igualmente incomprendidos:

¿Qué dicen tus compañeros, en general, de las relaciones sexuales? Que es algo saludable [...], que no es nada del otro mundo, que es algo normal (P3, p. 18).

¿Mi amiga?, pues me dijo... ¡si sientes bonito! [...] bueno es que, al principio sientes bonito, o sea, sientes una sa, sa, satisfacción en tu cuerpo que dices wow... (P1, p. 19).

Es la información de sus pares, de sus prácticas sexuales, la que ayuda a confrontar la significación dada a dichas prácticas, pasando de ser buenas-malas, a ser actividades satisfactorias y comunes a las jóvenes de su grupo de edad.

Aunque en el discurso de los pares encuentran detalles de la interacción con el placer sexual no descritos por sus madres, las abuelas o las y los profesores, el discurso de sus pares no se halla exento de exigencias morales que refuerzan las prácticas de control social iniciadas desde la familia:

Pues una [amiga] me regañó, la que me dijo que iba a estar conmigo, me regañó [...] ajá, que por qué si yo sabía a lo que me enfrentaba, por qué no usé protección... como una mamá (P7, p. 18).

La presencia de los discursos familiar, pedagógico, de pares y de los medios, reitera lo que Foucault señalara en torno a la proliferación de discursos sobre el sexo, así como su multiplicación (lícitos e ilícitos, instigadores u obstinados), que dan cuenta del ejercicio de poder en torno al sexo. Estos discursos conforman el sustrato que dispone, mediante su creciente vigilancia, escenarios para la interpretación del cuerpo y de los significados del placer sexual, el cual pasa en algunos casos por la *agency sexual* a través de dudas, inconformidades o comportamientos cuestionadores de las jóvenes.

En la medida que el potencial reproductivo y de prácticas sexuales son puestos en escena a través del discurso familiar, pedagógico, de los medios y de pares, así como de los cambios en el cuerpo, un nuevo contenido ocupa un lugar relevante en las participantes, particularmente aquellas que se asumieron heterosexuales: las relaciones de noviazgo. A partir de entonces, esas relaciones congregarán buena parte de las acciones de regulación y vigilancia en sus vidas:

¿Qué pasaba ahí [en la secundaria] con ese primer novio? Pues, empecé ahora sí que a experimentar, porque mi mamá me decía que no quería que tuviera novio; como los papás que te prohíben (P7, p. 3).

Desde la experiencia adulta, el noviazgo (como posibilidad o hecho real) se significa como riesgo para el futuro de las jóvenes o como distractor de sus aspiraciones educativas, regulándose desde la madre, padre, abuelo, abuela, hermanos, monjas (en una de las escuelas a las que asistía una participante). Todos desalientan el interés en el noviazgo y lo condicionan hasta que cumplan ciertos criterios: edad en algunos casos (15 años) o concluir la secundaria, bachillerato o universidad, entre otros.

Cuando cumplí 14 años mi abuelito me decía: ¡es que tú no puedes tener novio, si no, no te hago fiesta! y yo así de ¡ah, ah!, y me decía: sí, porque estás muy chiquita y tú todavía no estás en edad (P1, p. 13).

Mi papá me dijo que estaba muy chica que me esperara a que terminara la secundaria, que después ya podía tener novio (P7, p. 6).

En el centro el discurso adulto, aunque velado, se advierte el noviazgo como espacio de aprendizaje con respecto a las prácticas sexuales y el placer sexual, es probable que por ello busquen retrasar su vivencia:

¡Es que no metas la pata tan chiquita, es que no, bueno no cometas errores tan chiquita, tú estás muy chiquita, tú eres una niña! Y me decía: ¡si quedas embarazada no te voy a ayudar! (P1, p. 16).

No nada más es estar con uno y con otro. Es como de tomar una cosa en serio para sentirse bien. No estar de uno en otro o así (P3, p. 9).

El papel del noviazgo en las prácticas sexuales ha sido estudiado por Jones (2010), quien lo señala como el marco relacional legítimo

para la primera relación (sexual) en los jóvenes, pero también como cristalizador de representaciones en torno al amor romántico y como factor de vulnerabilidad de las mujeres cuando se asocia al enamoramiento. Situaciones que coinciden con el contenido del discurso familiar y pedagógico referido a las jóvenes de este estudio, a través del cual se les plantea su peligrosidad y se justifican los esfuerzos por posponerlo.

En contraste con esta perspectiva, una madre y una abuela envían mensajes diferentes, aunque no exentos de condicionamientos y maniobras de control:

Le venía contando a mi abuelita y ella me dijo: ¡pues ya cumpliste 15 años, dice, ya después de los 15 ya puedes tener novio! (P1, p. 13).

Yo le decía a mi mamá y me decía pues sí pero “yo te llevo”. Me tenía un poco más controlada porque pues yo nunca salía, siempre que me decían era “no” (P3, p. 14).

Tal como ocurrió años atrás, durante la *primera etapa* de resignificación del cuerpo, la regulación de las relaciones de noviazgo se inicia sin que las jóvenes puedan comprenderla, por lo que se vive como una intransigencia de madres, padres, abuelas y abuelos. En su momento, 12 a 16 años, las jóvenes ven en el noviazgo un asunto relativo a la edad, a “ser grande”, a la posibilidad de decidir lo que quieren hacer. Aún no tienen noción de que se acercan a experiencias con grandes implicaciones en su conocimiento de las relaciones amorosas y del placer sexual.

Bueno, pues en ese tiempo era niña y no sabía qué onda [...] a mí me gustaba que estuviera conmigo (P7, p. 4).

Ante la prohibición y diferencia de significados con los adultos, la *agency sexual* vuelve a ocupar un lugar relevante en la vida de las jóvenes, manifestándose en el manejo de la información relativa

a las experiencias de noviazgo; la búsqueda de interlocutores que ofrezcan distintas interpretaciones de su experiencia, así como en un paulatino distanciamiento de su madre, padre, abuelo, abuela, hermanos, y un acercamiento hacia el grupo de amigos como es-cucha o acompañantes de sus experiencias:

Es algo de lo que se deja de hablar con los papás pues se enojarían mucho [...] entonces pues platicar con mi hermano de algo así como que, es que este chavo y así, como que se enojaba y me decía: ¡es que tú estás muy chiquita! (P1, p. 6).

De manera persistente se aprecia en los discursos una intención para incidir en la percepción del cuerpo y sus significados. De igual forma ocurre con las relaciones de las jóvenes con los hombres y de manera particular con el noviazgo, el cual es visto por los adultos como el contexto donde aprenderán sobre las prácticas sexuales y el placer sexual.

A través de los discursos familiar, pedagógico y de pares, las jóvenes reciben información, esquemas de comportamiento relativos a las prácticas sexuales y a la significación del placer sexual. Sin embargo, motivadas por las mismas redes de poder-conocimiento: silencios, coacción, amenazas e insuficiencia informativa, emerge como posibilidad la *agency sexual* de las jóvenes, ofreciéndoles desde su propia experiencia, un modo de relación con el placer sexual que rompe con los lineamientos preestablecidos.

Efecto de los discursos

Los discursos inciden en la interpretación del cuerpo y del placer sexual. Esto se aprecia con mucha claridad en dos momentos: en la apropiación de los significados transmitidos por sus madres, abuelas, hermanos, padres, profesores, profesionistas, pares y, en segundo lugar, a partir de la experiencia propia y la *agency sexual*.

El análisis de las historias de las jóvenes muestra que los discursos se infiltran en la significación del placer sexual mediante dos procesos: la percepción de la corporalidad y la modulación de las prácticas sexuales.

En cuanto al primer proceso, la percepción de la corporalidad, aunque incomprendidas en su momento, las disposiciones relativas a su cuerpo anunciadas por sus madres, abuelas, hermanos, profesores, pares y medios informativos, modifican sus relaciones con los demás:

Cuando tú empieces a crecer, tus hermanos no te pueden ver, tus hermanos tienen que estar en su cuarto, tus hermanos no te pueden, no puedes jugar con tus hermanos, no te puedes llevar pesado con tus hermanos, entonces pues ya cuando mi cuerpo se empezó a desarrollar yo me alejé de mis hermanos, yo les decía: ¡no, es que no me toquen, es que no hagan esto, es que..., pero porque mi mamá me decía... (P1, p. 5).

Cuando eras niña no te fijabas en eso, pero vas creciendo y no sé, la televisión, tus papás, tus amigos, todos intervienen para que hagas algo, en mi caso no sé, mmm... que te veas más bonita, que te cuides mucho [...] pero vas creciendo y te tienes que cuidar (P7, p. 13).

Pero sí, se siente muy diferente [el cuerpo] a partir de que tu mamá te dice que vas a empezar tu primera menstruación y tienes que cuidar esa parte [...] porque sientes que esa parte es muy delicada, tú la tienes que cuidar (P8, p. 11).

Los discursos relativos a la corporalidad paulatinamente se aproximan a la experiencia del propio cuerpo. Como resultado de ese acercamiento, el discurso externo se interioriza y pasa a formar parte de la propia concepción del cuerpo:

[refiriéndose a su mamá] el que me viera y que me dijera ¡estás muy bonita o estás adelgazando o el que me viera y me dijera: ¡ay, ya subiste de peso, ya comiste!, eso a mí como que me shoquea mucho! (P2, p. 4)

Si, bueno, antes casi ni me importaba mi cuerpo [...] hasta los nueve, porque después ya sí, como que ya era diferente la forma de ver *¿qué empezó a importar después de los nueve?* Aaaah... bueno, por ejemplo como te veías y como te veían los demás. Aaaah, en ese tiempo como que en las mujeres ya empiezan los cambios ¿no?, por ejemplo a mí me empezaron entre los nueve y los diez (P7, p. 12).

En un proceso de varios años, las jóvenes introducen en sus significados del cuerpo elementos presentes en los mensajes de los adultos. Esta introyección cambia a partir de la convivencia con información e interlocutores que cuestionan el orden desde el que han construido sus significados, hecho que ejemplifica el papel de la información en la conformación de la agencia en las sociedades modernas expuesto por Giddens (1994) y que permite evidenciar la configuración de la *agency sexual* de las jóvenes, desde la cual se favorece la resignificación de su corporalidad, del placer sexual y de diversas prácticas sexuales (faje, masturbación, sexo oral) como experiencias generadoras de bienestar.

El segundo proceso: modulación de las prácticas sexuales, se refiere a la participación de las jóvenes en distintas prácticas sexuales (besos, faje, caricias sin ropa, sexo oral, coito), en torno a las cuales se aprecian cuatro sucesos: presencia de mensajes de familiares en el noviazgo; prácticas de continencia; participación selectiva en prácticas sexuales y, por último, necesidad de interlocutores cercanos a sus necesidades.

- a) Presencia de mensajes de familiares en el noviazgo. Aunque las jóvenes se hayan distanciado de la familia como interlocutora de sus relaciones de noviazgo, frecuentemente relacionan su experiencia con el discurso familiar:

Bueno, sentía así como que como dicen, mariposas en el estómago de estar con él y me ponía muy nerviosa y me gustaba estar con él (P1, p. 14).

Porque mi mamá me decía: ¡es que si un chico te espera es porque te quiere!, entonces pues se me quedó la idea, yo decía: ¡pues es que si me espera, sí me quiere! (ríe) (P1, p. 15).

Sucesos que ejemplifican el alcance de los discursos, más allá de las figuras que los pronunciaron.

b) Prácticas de continencia. Se derivan de la apropiación de la moralidad adulta. Son visibles en las prácticas sexuales ya referidas, tanto las individuales, como las que se llevan a cabo con la participación de otras personas:

Y entonces nos empezamos a besar y llego un punto en que dije “hasta aquí porque puede pasar esto y no me siento capaz de llegar a ese punto contigo” (P3, p. 11).

En la continencia ocupan un rol especial las consecuencias negativas de las relaciones sexuales: embarazo y abandono del proyecto de vida, enunciadas varios años antes desde el discurso familiar, pedagógico y de pares:

Y tiene unas consecuencias que sí llegan a pasar, pues yo voy a salir perjudicada yo, no él [...] podía quedar embarazada, o que... pues no sé mi mamá se enterara y me regañara muy feo, cosas así (P3, pp. 11-12)

El quedar embarazada [...] Sí, porque después de eso [refiriéndose a un coito], en un mes no me bajó y me entró el pánico, porque yo decía, ¡no!, ¡cómo? (P7, p. 8).

c) Participación selectiva en prácticas sexuales. Aunque se describe en secciones posteriores, otro de los efectos de los discursos se refiere a la intervención o rechazo de prácticas sexuales que han sido jerarquizadas desde sistemas de género o de valoración sexual, lo que redundaría en la elección de las jóvenes de una práctica sexual predominante: el coito heterosexual-reproductivo.

La elección de esta práctica sexual se vincula también con la existencia de una sexualidad patriarcal que posiciona en la cima de la *normalidad sexual* a la heterosexualidad y estratifica en línea descendente el resto de prácticas sexuales:

Pues es que, vaya personitas que te encuentras... tengo una compañera, porque ya no es amiga, que me decía que con un consolador, que metiéndose el dedo, que muchas cosas así y yo era así de “ah, ok”. Porque pues ella hacía cosas así, entonces fue así de “no, gracias” (P7. P. 10).

Pues... es que una vez me contaron de una chava que se metía una flauta, y yo así de aah... (risas) creo que en ese aspecto sigo siendo muy inocente. *Por ejemplo, de esta amiga ¿qué pensaste así de como que...?* Que estaba loca (risas), qué tal si se lastima o yo qué sé [...] si quería sentir placer, por qué con un instrumento musical, qué tal si se lastima o se rompe [...], por lo que me han contado, podría ser con las manos, un vibrador, no sé, con cosas que sean... que no hagan daño (P7, pp. 10-11).

Las expresiones: “vaya personitas”, “no, gracias”, “que estaba loca”, ilustran la calificación negativa de aquellas prácticas sexuales que excluyen el coito, así como un estigma del cual las jóvenes prefieren distanciarse para permanecer en el lugar socialmente conveniente.³⁴ Estas opiniones, derivadas de la apropiación de los discursos, se construyen sin la propia experiencia de las jóvenes, la cual, como ya se ha señalado, resulta determinante de la resignificación de todos esos hechos.

La apropiación de los significados transmitidos mediante los discursos se aprecia también en el estatus dado a las personas que hacen uso de la pornografía:

³⁴ No se ignora que al ser la masturbación una práctica sexual desvalorada, reconocerla como gusto personal pueda resultar un hecho difícil de externar en una entrevista. Cabe aclarar que se entiende por masturbación la “estimulación deliberada de los propios órganos sexuales u otras partes del cuerpo con el fin de obtener placer” (Jones, 2010, p. 23).

Dice: ¡es que se siente bien chido! Y yo le digo: ¿qué sientes, qué sientes al ver esas porquerías? y me dice: ¡no sé!, ¿cómo no sabes? y me dice: ¡es que me da gusto verlas! y yo así de ¿qué te pasa? (ríe), eres rara y me dice: no, en serio, deberías de ver uno, la otra vez me dice: te voy a poner uno y me lo ponía, pero pues como a mí no me llama la atención le dije: ¡ay apaga eso! (P1, p. 20).

Observar material pornográfico, videos en estos casos, se considera algo desagradable, incluso asqueroso. En ninguno se refirió excitación o placer ante su contemplación:

Es que estaba con una amiga [de la primaria], pedimos el teléfono, ella lo agarró y lo abrió; al abrirlo empezó a correr el video. Entonces, lo vi, qué será, como por dos minutos y me dio mucho asco; me fui y ella se quedó viendo (P5, p. 14).

(Refiriendo una experiencia con una prima 6 meses menor que ella) la fui a buscar y cuando la encontré estaba viendo eso y no me gustó y me salí [...] yo me quedé así de “¿qué haces?” y me dijo viendo esto, ven acá, ven a ver. Y ya, yo me espanté y dije “no, ya me voy” y me salí (P7, p. 6).

Al explorar sus razones, a diferencia del estudio de Jones (2010), el cual menciona que las adolescentes no consumen pornografía por reconocerla como una práctica degradante para las mujeres, las jóvenes de este estudio expresaron que se trata de material que puede afectar la salud física o emocional, tanto de las personas que la ven, como de quienes participan en los videos:

Pues yo pienso que, por ejemplo... aaay...mmm...es malo según yo. Porque empieza a volar tu imaginación, o sea, no nada más es hacerlo y yo siento que te dañas [...] ¿qué tipo de daño es el que hace? Pues en tu mente [...] sólo te imaginas cosas que no son reales y también puede que tú quieras hacerlo con alguien... (E6, p. 11).

Creo que esto está propiciando lo que son trata de blancas, el que las chicas se sientan como objetos sexuales (E8, p. 21).

El asco derivado de ver pornografía durante pocos minutos se puede asociar con sistemas de clasificación que colocan a la pornografía y quienes la consumen en los estratos sexuales más bajos con respecto al coito-reproductivo. También se relaciona con los efectos de una sexualidad androcéntrica desde la cual se concibe la pornografía como producto para los hombres y se aparta de la comunicación de sentimientos y los vínculos afectivos, los cuales se interpretan como asuntos propios de las mujeres (Jones, 2010).

Si, y como que las mujeres son más reservadas ¿no?. Si por eso. Puede que las mujeres si lo hagan, pero no lo demuestren tanto... (P7, p. 11).

d) Necesidad de interlocutores cercanos a sus necesidades. Las proscipciones promovidas desde el discurso familiar y pedagógico propician un estilo de comunicación donde se minimiza el contacto con interlocutores adultos, no así la participación de las jóvenes en prácticas sexuales:

¿Por qué no hablar de esto? Porque creo que son experiencias que se guarda uno. Tal vez en un momento se las cuente a mis hijos, pero a alguien más, no creo [...] con mi mamá sería así como... un sentimiento de que le fallé. Entonces por eso yo creo que no se lo he dicho a mi mamá. Y a los demás pues, me he dado cuenta que cuando dices las cosas las utilizan en tu contra, entonces, mejor me quedo callada (P7, p. 10).

Ajá nunca fue de que, de que, un orgasmo es esto o de, de lo que es, de que tengas el placer o detalles así, nunca, nunca ha sido así, como que yo todo lo experimenté y lo investigué por fuera (P2, p. 17).

El resultado es un manejo selectivo de interlocutores según las experiencias de las jóvenes: las relativas al placer (comer, logros, divertirse) no se platican con nadie; aquellas relacionadas con sucesos relativos a la interacción (atracción por jóvenes, noviazgo) se comentan con su madre, abuela o amigas; cuando se trata de prácticas relativas al

placer sexual, como por ejemplo sentirse atraídas por algún joven o el inicio de un noviazgo, se hablan con la madre y abuela, pero el faje, caricias o prácticas sexuales son conocidas por algunos amigos o amigas, por lo general interlocutores que las validan y sus sensaciones de bienestar.

Esta distinción ha sido fundamental para la diferenciación entre el placer y el placer sexual sostenido en esta investigación. El placer con sus cualidades de gusto, emoción y bienestar se construye como experiencia íntima que no precisa ser hablada o explicada a nadie; poco interés reviste para sus madres, padres, hermanos o profesores. Por otra parte, el placer sexual es una experiencia que se vigila y controla, sea directa o indirectamente, se indaga, se exigen cuentas de las prácticas sexuales que tienen con su cuerpo y de sus sensaciones. Además, el placer sexual es descrito como experiencia de mayor complejidad pues transcurre entre el bienestar, el miedo y la indecisión.

PLACER SEXUAL E INTERACCIÓN

Esta línea planteó un cruce entre las ideas de Foucault, particularmente las relativas a concebir las actividades sexuales como prácticas sociales, con la teoría de Collins (2009), la cual señala que las prácticas sexuales resultan de formas de interacción controladas desde fuera del individuo, y con las ideas de Jones (2010), para quien las prácticas sexuales se hallan atravesadas por dinámicas sociales de valoración y significado a partir de los vínculos socioafectivos que las contienen.

Con el propósito de interpretar las prácticas sexuales, no como expresión de un deseo primitivo emanado de procesos inconscientes, sino como fenómeno de la interacción, el acercamiento a los significados del placer sexual se derivó de la interpretación de las líneas de vida y de las entrevistas.

Aunque para el análisis se mantuvo la separación del placer en dos grupos, uno relativo a las experiencias señaladas por las

participantes como placer y otro a las referidas como placer sexual, es importante señalar que ambos fueron referidos por las jóvenes como conjunto de hechos que las acompañan desde los dos hasta los 18 años, es decir, durante la totalidad de su vida.

Desde la experiencia de las participantes, el placer se relaciona con una amplia gama de actividades y sensaciones acontecidas en el cuerpo, cuyo elemento común es la valoración positiva que se hace de ellas: comer, disfrutar sabores, jugar, desplazarse, nadar, gritar, obtener logros personales (ingreso a la escuela, buenas calificaciones), alcanzar objetivos.³⁵ En estas actividades el placer es aludido como una sensación que remite a plenitud, tranquilidad o felicidad, aunque la autosuficiencia también es un aspecto de gran relevancia en su vivencia:

Cuando pedí que recordaras asuntos relacionados con el cuerpo y el placer, tú marcaste algunas actividades desde los cinco hasta los quince años... Yo creo que, que por ejemplo, lo que me gustaba hacer, no, bueno lo que más me llamaba la atención hacer y lo que más me gustaba hacer, que era como bailar hawaiano, este, ¿qué más?, jugar fútbol, el teatro... (P1, p. 2).

Yo tenía muchas ganas de estar en natación desde chiquita y mi mamá me dijo “pues, vamos” [...] y al hacer esa actividad sentía que era...no sé, me sentía súper grande y me sentía bien conmigo misma porque era algo que yo quería hacer (P3, p. 1).

También se asoció con diferentes actividades que enfatizan su interacción: participar en juegos, en actividades grupales (obras de teatro) o deportivas, bailar, recibir atenciones o caricias de otras personas, sentirse atraída por otras personas, ir a fiestas, socializar, salir con amigos, tener novio, entre otras:

³⁵ Este factor ha sido determinante en la aproximación conceptual al placer y el placer sexual realizado en esta investigación, la cual subraya su condición de bienestar derivado de la *agency* de las personas.

Cuando mi mamá me decía que me fuera a dormir y le pedía que me rascara mi cabeza, entonces me rascaba y me quedaba dormida [...] pues se sentía bonito cuando estaba ahí mi mamá y me empezaba a acariciar mi cabeza (P8, p. 1).

Así referido, el placer se asemeja a la descripción hecha por Foucault de las *aphrodisia*, en la que refería al placer como aquellos asuntos derivados de “los colores, los gestos, los dibujos, el teatro, la música, el perfume de las frutas, las rosas y del incienso (...) el contacto con la boca, la lengua, la garganta y el contacto con otras partes del cuerpo” (Foucault, 2005a, p. 32). Esta descripción del placer se ilustra a continuación:

Tabla 2. Concentrado de la codificación del placer

Aceptación	Hacer cosas
Algo que gusta/disfruta	Independencia
Autodependiente	Inocencia
Ayudar	Jugar
Bailar	Libertad
Beso	Lindo
Bienestar	Lo más importante que ha pasado en mi cuerpo
Boca	Logros
Calificaciones	Miedo
Calor	Motivación
Caricias	Nervios
Chocolate	Niñez
Comida	Noviazgo
Confianza	Paz
Conocimiento	Planear
Corporal/emocional	Plenitud
Cuerpo	Poder hacer cosas
Cuidados de mamá	Premios pedagógicos
Decidir	Raro
Decisiones	Reconocimiento
Difícil de explicar	Reír
Disfrute	Satisfacción
Diversión	Seguridad
Felicidad	Sentimiento
Fuerza	Ser grande
Ganar premios	Ser vista
Gusto	Tranquilidad

Fuente: Líneas de vida de las participantes. Elaboración propia

Con excepción de un par de términos (resaltados en cursivas) los cuales se revisan más adelante, el placer se asocia a la felicidad, bienestar, plenitud o tranquilidad, con una notable cualidad positiva. Aunque el placer se relaciona con sensaciones: calor, disfrute; zonas específicas: manos, cadera, estómago, piernas, boca; y acciones percibidas o ejecutadas en/con el cuerpo fuerza, bailar, hacer cosas; se identifica también con sus dimensiones emocionales: nervios, motivación, libertad, logro, plenitud, confianza, paz; y de la interacción: beso, caricias, ser vista, cuidados de mamá, reconocimiento.

El placer de cargar a mi hermana era como más sentimental, como esa felicidad de tenerla entre mis brazos... como la felicidad de que me la prestaran (P2, p. 3).

Me agradaba mucho degustar un chocolate, amo el chocolate [...] Pues yo creo que al pasar el chocolate, recorría todo. Este... en el principio pues era como degustarlo y sentía extraño en la lengua, luego pasaba y pues sentías como felicidad en todo tu cuerpo (P9, p. 1).

Estas dimensiones cobran mayor relevancia al relacionar el placer con la interacción con miembros de su familia: madre, padre, abuela, abuelo, hermanos, hermanas. En esas circunstancias el placer fue descrito a partir de las sensaciones gratificantes que acompañan las caricias, abrazos y demostraciones de afecto de esas personas.

A partir de los ocho años aparecen, entre las referencias al placer, la interacción con personas que no pertenecen a su círculo de origen (familia): amigos y amigas así como nuevos vínculos con éstos: amistad, atracción física, enamoramiento, noviazgo; los cuales son referidos como experiencias placenteras a partir de las sensaciones gratificantes y de rituales experimentados: cartas de amor, tocarse las manos, besarse.³⁶

³⁶ Sólo una de las participantes refirió enamoramiento con mujeres; el resto se identificó y refirió experiencias heterosexuales.

Sí me ponía, me daba como nervios estar ahí cerca de él y como, bueno cuando me dan nervios me sudan las manos, me sudaban las manos y me ponía rojita y mi hermano me decía: ¡es que sí te gusta! y yo ¡que no! (ríe) (P1, p. 13).

De los 15 años cuando empecé a tener novio, fue algo muy bonito, mientras duró ¡ah! (ríe), no sé como qué sentía, bueno, sentía así como que como dicen, mariposas en el estómago de estar con él y me ponía muy nerviosa y me gustaba estar con él (P1, p. 14).

Tanto las experiencias familiares como las acontecidas con personas ajenas a ésta, muestran otro componente significativo en la vivencia del placer: la interacción, que propicia copresencia situacional, interacción enfocada y solidaridad social (Collins, 2009).

En otros casos fue evidente que el placer también provenía de la relación establecida con ellas mismas:

Entre los 14 y los 16 tuve un cambio muy radical en mi cuerpo, hice ejercicio, me dediqué a cuidar mi salud y todo y yo me veía al espejo y me gustaba la persona que veía y era como ese, ahora si relacionado con el placer, del gusto de ¡todo mi cuerpo es bonito!, ¡como yo lo quiero ver!, en esa fecha es lo que más, más me encanta, ver las fotos y decir ¡wow!, de verdad si lo logré [...] era como, no sé, como el gusto físico, como y también en parte emocional como de satisfacción y felicidad (P2, p. 4).

Esta dimensión del placer también se observa en otro grupo de actividades, las relacionadas con logros personales: acreditar procesos de selección escolar (ingreso a bachillerato), obtener buenas calificaciones, hacer planes, fijarse metas y lograrlas generan una sensación de bienestar consigo mismas, de fuerza, autonomía, satisfacción, independencia y libertad, las cuales pueden identificarse claramente como agencia.

La maestra nos escogió. Éramos cinco niñas de mi salón. Entonces [...] se hicieron pruebas y ya. Entonces sé que me quedé [en la escolta], pero yo daba

las órdenes, porque me gusta mucho gritar (risas). Y entonces estaban concursando todas las primarias, escuelas, pero estaban en el cuartel y a mí me gusta mucho entrar al cuartel. Entonces empezamos, pasamos y ganamos. Y me sentí súper feliz [...] porque a mí me gustaba mucho gritar y entonces yo decía “ay, como por gritar voy a ganar”, ¿no? Y así como que me sentía rara porque, pues era algo ilógico que yo ganara algo por hacer lo que me gusta (P3, p. 2).

Y, pues ellas estaban estudiando, pero una de mis hermanas no se quedó en ninguna escuela, y pues yo sí pude quedarme en una escuela. Entonces me dio mucha felicidad y pues me sentí muy feliz. Después, cuando entré, mis amigas me festejaron mi cumpleaños aquí [en el CCH] y pues yo me sentía más feliz. Todavía lo relacionaba con que el placer era sentirse feliz (P7, p. 3).

Otro suceso que apoya el acento de interacción del placer se aprecia en situaciones acontecidas después de los 14 años: salir con amigas, asistir a fiestas, experimentar cosas nuevas. La relación con sus pares configura, refuerza y da sentido a la experiencia placentera:

Cuando salía con mis amigas y nos íbamos, no sabíamos ni a donde ir (risas) [...] y nos reíamos de todo lo que hacíamos (P8, p. 2).

Sí, por ejemplo tengo una boda, bueno se casa la mejor amiga de mi mamá, sus bodas de plata y su hijo es muy, bueno, le gusta mucho bailar, lo conozco desde que éramos niños, entonces mi mamá me dice: ¡ya se viene la boda! y yo así de: ¡ay sí, voy a bailar!, bailaré con Chucho toda la noche le digo (ríe) y se empieza a reír, porque me gusta, bueno, me agrada, me gusta bailar (P1, p. 9).

El placer se encuentra estrechamente relacionado con la mirada y el reconocimiento de otras personas (madres, padres o profesores, pareja, pares) pues su aprobación o rechazo influye en las sensaciones y su significación.

Finalmente, llama la atención que, aunque la relación con el placer aparece desde la primera infancia, a diferencia de otros sucesos, no disponen de una descripción o definición clara de él:

Es que, por ejemplo, oh, no tengo una definición concreta pero creo que puse desde mis dos años hasta los 19, lo más importante que ha pasado con respecto a mi cuerpo (P2, p. 1).

A la ausencia de definición, se suma la desvinculación del placer sexual como derecho de las jóvenes o de las mujeres, lo cual resulta interesante en un contexto de constante promoción de los derechos sexuales de las y los jóvenes por parte de instituciones de salud y educativas. Pero que no sorprende tras identificar que los discursos de familiares, pares y profesionistas impactan con más fuerza que el de los medios informativos, como la televisión o radio, el cual no fue referido por ninguna de las participantes.

El placer sexual y su significación

En esta sección se describen las características centrales del placer sexual: su carácter ambivalente; la necesidad de un contexto que lo valide y la relevancia de la *agency sexual* para su transformación en experiencia de bienestar y disfrute.

En cuanto al placer sexual como experiencia ambivalente, las participantes lo señalan en sus vidas desde los ocho hasta los 19 años; sólo una de las participantes lo asoció el chocolate y lo ubicó desde los tres años de su vida, lo cual reitera a los placeres como hechos que les han acompañado durante toda su existencia.

Pese a tratarse de una experiencia³⁷ que les acompaña durante muchos años, su descripción no resulta una tarea sencilla, lo refieren como experiencia única, sublime, compleja, incapaz de conocerse por libros o referencias de terceros, lo que subraya la importancia de la experiencia del propio cuerpo para su significación:

³⁷ De acuerdo con Foucault, se entiende por experiencia la correlación dentro de una cultura entre campos de saber, tipos de normatividad y formas de subjetividad.

Es una sensación muy rara, no sé cómo definirlo... es como que, no, no, sé... al momento que lo sientes dices: ¡ah que padre sentí!, pero ya después o sea no sé cómo definirlo, es como... te llena, o sea te llena por completo (P2, p. 13).

No sé, no soy buena para explicar eso. Pues [...] porque es algo como que te sientes bien, te hace sentir segura o... (risas) no sé cómo explicarlo (P3, p. 17).

Se reconoce su presencia al menos en dos dimensiones: a partir de sensaciones corporales como sudoración, rubor, aceleración cardiaca o excitación en los genitales:

Ay pues no sé, pero todo mi cuerpo se puso bien chinito, chinito. Me gustó, lo sentí en todo mi cuerpo porque me sentí bien (P3, p. 14).

Entonces sí era como faltar aire, sentías como tu ritmo cardiaco, tu aceleración de sangre era más rápida, más y más rápido, y sí sentías otras cosas que no sentías con... o antes de eso (P9, p. 17).

También a través de emociones (felicidad, seguridad, bienestar en todo el cuerpo, estar a gusto):

Pues sí, igual y también me sentía bien porque sentía como que había alguien que en ese momento, no sé sí... a ver, ¿cómo lo explicó? Sentía como que en ese momento me sentía querida por alguien [...] no sé, sentí como que él, igual me sentía apoyada en él, y que le importaba a alguien (P7, p. 6).

Aunque las primeras referencias lo señalan como felicidad y bienestar, la significación del placer sexual presenta una condición ambivalente, distinguida por la oposición de valores: unos asociados con el disfrute y otros relacionados con el miedo o la prohibición, los cuales coexisten mostrándolo como un hecho de mayor complejidad, lo que se aprecia en los términos con que fue referido en las líneas de vida:

Tabla 3. Concentrado de la codificación del placer sexual

Abrazo	<i>Morbo</i>
Atracción	<i>Nervios</i>
Besos	No encuentra palabras
Bienestar	<i>No estar lista</i>
Chicos	<i>No saber qué hacer</i>
<i>Complejo</i>	Novio
Confianza	<i>Peligro</i>
Convivencia	Penetración
Corporal	Poder tener hijos
Dar/recibir	Proceso
Decisión	<i>Prohíbe</i>
<i>Desconcierto</i>	Querer
<i>Desconocimiento</i>	<i>Raro</i>
Deseo	Relación sexual
Disfrute	Relajación
Diversión	<i>Represión</i>
Emoción	<i>Revancha</i>
Enseñar/aprender	Romántico
Excitación	Saber
<i>Extraño</i>	Saberse querida
Faje	Sensaciones
Fascinante	Sentimental
Felicidad	Ser mujer
Gusto	Ser su chica
<i>Incontrolable</i>	Sexo oral
<i>Inseguridad</i>	Sublime
Intensidad	<i>Sucio</i>
Juego	<i>Temblo</i>
Lugar adecuado	Tocar
Menstruación	Tranquilidad
<i>Miedo</i>	

Fuente: Líneas de vida de las participantes. Elaboración propia

Esta condición ambivalente fue confirmada en las entrevistas, donde aparece como algo deseado y al mismo tiempo pospuesto. La ambivalencia se aprecia en un conjunto de sensaciones: “rareza, extrañeza, inseguridad, miedo, nervios”; de pensamientos: “todavía no estoy lista”, “no, ya no quiero”, “voy a cometer un error”, “me voy a arrepentir”; recuerdos de lo que les han dicho: “no metas la pata tan chiquita”, “si quedas embarazada no te voy a ayudar”, los cuales coexisten simultáneamente con sensaciones placenteras “mariposas en el estómago, temblores, cosquilleo, taquicardia”, “sensaciones en

los genitales”, “gusto”, “excitación, tranquilidad, relajación”; con pensamientos: “deseo que no acabe”, “olvido del mundo exterior”; al igual que afirmaciones: “sí, ¿por qué no?”

La significación del placer sexual muestra esta ambivalencia por el cruce entre los discursos familiar, pedagógico, de pares y el contraste con la experiencia desde el propio cuerpo. Las valoraciones positivas o negativas de las personas y sus prácticas sexuales se confrontan con sensaciones, emociones y pensamientos que surgen desde la vivencia propia. La ambivalencia ilustra señalamientos feministas en torno a los efectos de la organización social de los cuerpos desde criterios binarios en oposición: bueno-malo, puro-sucio (Cobo, 1995) y los de Rubin (1989), referentes a la manera en que las sociedades disponen las posibilidades placenteras a partir de la división jerárquica hombre-mujer.

El noviazgo como contexto para las prácticas sexuales

El análisis de la información muestra que al placer sexual no se arriba como a otras actividades que generan bienestar: jugar, comer chocolate, bailar. Tampoco se le encuentra por curiosidad:

¿Tu sola?... mmm... no. ¿por alguna razón en especial? No, ninguna, nunca he... nunca me ha dado eso de... a ver que se siente tocarme yo sola, no (P2, p. 18).

Pues no... nunca lo he... hecho, creo. Bueno, no me acuerdo, o sea no exactamente (risa). Es que no, no recuerdo bien. ¿No? O sea, no me había puesto a pensar eso (P7, p. 10).

En pocas ocasiones se le encuentra por casualidad:

¿Tu sola? ¿Explorar tu cuerpo, tocarte, buscar una forma de obtener placer? Pues hasta eso no, no, por mí no. Tal vez, ahora sí que sin querer... sonará muy tonto pero por andar en bicicleta, cosas así [...] no sé, no me llama la atención (P6, p. 10).

Este primer hecho resulta significativo pues muestra que, al descontar casualidad, curiosidad o deseo, son otros los caminos para llegar a sentirlo. El dato no es extraño en un contexto de sexualidad patriarcal o de sistemas de género jerarquizados (Rubín, 1989), desde los cuales el autoerotismo y diversas prácticas sexuales en las mujeres son devaluadas o como afirma Amuchástegui, en entornos con avance en los derechos sexuales pero escasa apropiación del placer como potencialidad en la vida de las mujeres (Amuchástegui y Rivas, 2004).

Desde la experiencia de las jóvenes, la vivencia del placer sexual se aprecia como una actividad predominantemente heterosexual que precisa en primera instancia la presencia/participación de otra persona, que a la luz de los datos se trató de un varón con excepción de una participante que refirió prácticas sexuales con mujeres:³⁸

Cuando era niña es como el placer de que, yo sola puedo hacerlo y mira es mi cuerpo, es mi... soy yo y acá no. Acá en esa etapa es como que hay alguien más como que me ayuda a generar ese placer, no soy sola, o sea hay alguien más que me ayuda a generar ese placer. *¿Se requiere ese otro?* Sí, en ese aspecto sí (P2, p. 10).

Este es un rasgo determinante en la distinción entre placer y placer sexual, pues el segundo se construye invariablemente en la interacción, pero no con cualquier persona: precisa una interacción con ciertas características, entre ellas condiciones de seguridad que minimicen la posibilidad de ser abandonadas después de las prácticas sexuales:

No, qué tal si nada más quiere... algo y después ya no [...], porque ahorita ya todos los chavos nada más quieren eso y ya después adiós, adiós, ya me lo diste, adiós (P1, p. 22).

³⁸ Este es un hecho complejo para la investigación porque se trató de uno de los casos en los que no se concretó la entrevista, limitando el análisis a la información de la línea de vida y por evidenciar la provisionalidad de los resultados al acotarlos a una población heterosexual.

Pues que lo único que quería era estar conmigo, que tuviéramos relaciones. Y yo pues no, no es eso (P3, p. 11).

Como se dijo antes, la selección de la pareja es un asunto que se cuida desde las prácticas familiares y se halla presente en las decisiones de las jóvenes como un asunto de gran relevancia. En las historias de las jóvenes se cuida que el novio sea confiable, aún en situaciones adversas:

Él me decía eso, siempre, siempre me dijo: ¡es que yo te amo y... yo no te voy a hacer sufrir y... yo te voy a cuidar! y yo le decía: ¡no, es que todos dicen eso y no es cierto! y me decía: ¡es que yo soy diferente, en serio yo sí te quiero!, entonces me daba esa confianza de, de estar con él (p1, p. 14).

Se busca también que se encuentren en sintonía con respecto a las expectativas del noviazgo, es decir que ambos quieran *algo serio* o que para ambos se trate de un encuentro casual, ocasional. Ambos requisitos, varón e interacción, encuentran en la figura del noviazgo una excepcional oportunidad, pues ofrece el contexto para sentirse queridas, cuidadas y protegidas, razones por las que vigilan minuciosamente su elección de pareja. Tal como sostiene Jones (2010), el noviazgo se convierte en la interacción que legitima, ante ellas mismas y los demás (familia, amigos, profesores, tutores), la vivencia de las prácticas sexuales, ciñéndose a las pautas sociales presentes en el discurso familiar y pedagógico:

Yo decía: ¡él es el indicado!, sí, él me va a tratar bien, él me va a cuidar (P1, p. 17).

El contexto en que se llevan a cabo las prácticas sexuales adquiere relevancia al contrastarlo con las propuestas de Collins, pues de acuerdo con el autor, es en el contacto con otros, al interior de esas relaciones donde se generan los significados de las experiencias. Éstos se construyen desde la propia experiencia, apoyados en la interacción, pero precedidos por otros discursos y prácticas.

Las relaciones de noviazgo son referidas por las jóvenes como un espacio de exclusividad donde sólo dos tienen cabida; focalizan emociones, atenciones conjuntas y crean entre ellos realidades temporalmente compartidas:

No sé... no sé cómo explicarlo... era... como si... no hubiera nadie más, como si sólo fuéramos él y yo, y lo demás no me importaba ya, ni siquiera la hora, nada (P6, p. 8).

Se concibe como espacio: lindo, romántico, de seguridad:

Pues, sentía, no sé, ahora sí que lo típico, las maripositas en el estómago y era muy bonito [...] todo el tiempo quería estar con él (P6, p. 4).

Me siento protegida, no sé me siento diferente a cuando estoy sola (P3, p. 9).

El noviazgo ofrece oportunidades para la aparición de rituales e ilustra claramente algunos de sus componentes esenciales, como el encuentro cara a cara y las barreras excluyentes. Desde la perspectiva de las informantes, la interacción en el noviazgo crea condiciones de intimidad, más no se reduce a la práctica sexual, sino que se orienta hacia la construcción de una relación con un intenso sentido de solidaridad (amor):

Un sentimiento de que estamos bien, de amor y de confianza [...] y de comunicación (P8, p. 8).

Lo único que quería era estar conmigo, que tuviéramos relaciones. Y yo pues no, no es eso (P3, p. 11).

La interacción así construida genera, como señala Collins (2009) una intensificación donde mutuamente alimentan y contagian sus emociones.

La intensa interacción del noviazgo ofrece un marco para comprender las prácticas de vigilancia y prohibición iniciadas tiempo atrás por madres y abuelas pues muestra que, tras la arbitrariedad percibida por las jóvenes, se hallaba el conocimiento de las adultas con respecto al noviazgo como contexto *formal* para las prácticas sexuales y de su función para el aprendizaje de actividades que puedan derivarse en experiencias placenteras. También ofrecen sentido a los mensajes relativos a *elegir apropiadamente* a su pareja:

Pues yo decía: ¡ya estoy lista, él es el indicado!, bueno porque nosotras como mujeres decimos él es el indicado y pues con él. Yo decía: ¡él es el indicado, sí, él me va a tratar bien, él me va a cuidar... él, como yo decía, ya está más grande que yo, ya sabe qué onda, yo decía pues él, él va a saber cómo, no... no me va a lastimar (ríe) (P1, p. 20).

Pese a la selección cuidadosa del novio, no siempre se cubren las expectativas de reciprocidad e igualdad de condiciones:

Tenía un novio y este, me llevaba creo por dos años, y decidí tener mi primera relación sexual con él porque me encariñé, no fue muy agradable porque, volvemos a ese punto, él estaba jugando y yo no, entonces fue un acontecimiento de que, no lo disfruté, o sea en el momento lo disfruté, pero ya después dije ¡chín!, ¿por qué lo hice?, ¿por qué con él? (P2, p. 7).

Pese a la participación en noviazgos donde uno está enamorado y el otro sólo quiere las prácticas sexuales, la *agency sexual* ofrece posibilidades para transformar experiencias no deseadas en oportunidades de aprendizaje para mejorar la selección de pareja. También se aprecia flexibilidad en sus expectativas y la coexistencia de la normatividad discursiva y su posibilidad de acción:

Si, aunque no sea, a lo mejor, aunque no sea con el que me voy a casar pero pues que dure... mucho (P1, p. 22).

Una vez que eligen a la pareja indicada, las jóvenes cubren las condiciones sociales desde las que se accede al placer sexual: las de la heterosexualidad coital. En ese contexto inician su aprendizaje sexual con un rol distinto al de su pareja; de él esperan iniciativa e interés, en tanto que ellas ceden a sus propuestas, le siguen con confianza, aprenden y paulatinamente disfrutan:

Porque él ya tenía más experiencia, yo todavía no conocía muchas cosas y con él fui conociendo más en relación al aspecto sexual (P2, p. 13).

Con él sí fue como muy importante porque aprendí como que muchas cosas en el aspecto sexual, con él aprendí a divertirme a darle placer a la otra persona y a que me dieran placer a mí, entonces, las tres cosas juntas (P2, p. 16).

Bueno yo digo que como, como él ya sabe, o sea él que me vaya diciendo cómo y ya. No sé (voz baja), no sé, yo lo seguiría, yo lo seguiría, a él [...] yo lo seguiría, como en el baile (P1, p. 22).

La interacción sexual se presenta de forma gradual, como lo señalan Collins y Jones y con apego a prescripciones de género, como lo indican Gerhard y Koedt. Sin embargo, su rol de *aprendiz sexual* se ve modificado por tres hechos:

- Su participación en sucesivas prácticas sexuales.
- En la medida que otros indicadores, como el respeto o el amor, se afianzan en la relación y demuestran la elección de una pareja confiable para las prácticas sexuales.
- La presencia de la *agency sexual*, con la cual se cuestiona, crítica y elige el rol que quieren desempeñar.

Una acertada elección del novio no siempre se logra en la primera oportunidad. En la medida que las jóvenes participan en relaciones de noviazgo, afinan su capacidad de observación con respecto a las intenciones del pretendiente. Es en esas sucesivas experiencias

donde transforman los significados del noviazgo y de las prácticas sexuales. En sus primeros acercamientos las experiencias se viven desde la ambivalencia y se manejan con un “no”:

Y esa vez empezamos así, no, de beso en beso y se iba dando, pero yo le marqué, como que no me sentía lista y yo le dije ¡no! (P1, p. 14).

Me di cuenta que no estaba nadie en su casa y me sentí incómoda, y dijo: “pues vamos a ver una película” y dije ah bueno, ya no tiene las intenciones que yo pensaba. Y entonces nos empezamos a besar y llegó un punto en que dije: hasta aquí porque puede pasar esto y no me siento capaz de llegar a ese punto contigo (P3, p. 11).

Sin embargo, en la medida que el noviazgo adquiere rasgos de solidaridad y connotaciones rituales, el manejo de las jóvenes se aprecia distinto:

Y empiezas a sentir como que... como que ese gusto, como el disfrutar, disfrutar y el que me empiece a besar y me empiece a acariciar y entonces es ahí cuando se convierte en placer [...] y tuve esa sensación de gusto y a lo mejor de sentir como que ese disfrute en mi cuerpo (P2, p. 8).

En sí no llegamos a la parte de la penetración, sólo fue ahora sí que... tocarnos... eh... empezó con besos y después... empezó a meter su mano bajo mi blusa y pues... yo no le negué nada (P6, p. 7).

Los relatos de las jóvenes muestran la transformación del “no”, herencia de los discursos familiar y pedagógico, en una decisión que las lleva a participar, sentir, disfrutar y permitir al otro que continúe. La participación en sucesivas experiencias sexualmente placenteras, les ofrece oportunidades para dejar el rol de aprendiz pasiva, mostrar su interés y proponer prácticas sexuales a sus novios. Esta *agency sexual* se hace evidente en las jóvenes con más de un noviazgo, desdibujándose entre quienes viven sus primeras

aproximaciones, las cuales oscilan entre el no puedo y la expectativa de seguir y aprender del novio.

Placer sexual: entre detenerse o seguir

Las prácticas sexuales que pueden ofrecer placer se hallan marcadas por el freno que las jóvenes aplican ante su inminencia. El freno se materializa en una sensación de no estar lista, con dudas e inseguridad:

Ajá, sí, porque la primera vez me, pues, me daba así como que miedo, como que me sentía insegura y esa vez me sentía insegura, no era el lugar indicado, entonces yo dije: ¡no!, espera (P1, p. 17).

Pues, en ese momento sentí miedo. ¿Miedo? Por un lado sentía que estaba cometiendo un error, no sé... más que nada miedo (P6, p. 8).

El miedo aparece como experiencia ambivalente pues también revela una faceta de deseo, interés, emoción, gusto, satisfacción, relación:

¿En ese momento?... yo digo, bueno, sí pero no (ríe), sí había [placer sexual] pero era muy... muy raro, o sea era un tipo de placer así como que me daba miedo, no era como los demás, de eso del baile y todo eso, era, pues yo sentía que era nuevo todo eso y me daba temor (P1, p. 16).

El no estar lista también se expresa con pensamientos relativos a las consecuencias negativas de las prácticas sexuales, anunciadas a partir de que se manifestó la pubertad, embarazo y abandono escolar:

¿Qué fue lo que ocurrió ahí en ese momento que dijiste “no”? Porque en la primera ocasión yo creía que estaba embarazada, y le dije. Y él lo que hizo fue lavarse las manos: “yo no hice nada”, “no sé tú con quién te metas” (P6, p. 12).

Si porque mi mamá me decía: ¡es que no metas la pata tan chiquita, es que no, bueno, no cometas errores tan chiquita, tú estás muy chiquita, tú eres una niña! y me decía: ¡si quedas embarazada no te voy a ayudar! (P1, p. 16).

Igual mi mamá se dio cuenta de que no me bajaba. Y pues me dijo algo muy feo (risa), que si estaba embarazada que... pues como de papás, “te vas a la calle y buscas cómo salir adelante” (P7, p. 8).

El riesgo de embarazo muestra la asociación entre coito y pérdida de apoyo por parte de la familia, así como la continua vigilancia que las madres llevan a cabo con respecto a las prácticas sexuales de sus hijas. No se hace referencia a otros peligros como infecciones, contagio de VIH, ni a señalamientos religiosos (pecado), lo cual sugiere escasa incorporación del discurso religioso y de los medios.

El *no estar lista* también se vincula con la idealización de la primera relación sexual. Con base en su fantasía de la primera vez deciden o no tener prácticas sexuales:

Ese día me la imaginé (ríe), sí pero yo dije: ¡no, aquí no!, o sea, yo me imaginé en un lugar donde estemos él y yo solitos, que no haya interrupciones, que sea así súper lindo! [...] que sea romántico, no sé (P1, p. 21).

Tras evaluar y decidir su participación en prácticas sexuales, se aprecia una sensación común entre las jóvenes, aunque disponen de información relativa a esas prácticas, así como de conocimiento en metodología anticonceptiva recibida de sus profesores o sus madres, *no saben qué hacer*:

Fue así como una experiencia que me marcó mucho, si porque llegamos a su casa y estaba toda su familia y después toda su familia se fue y nos quedamos él y yo solitos, a mí me daba miedo porque yo no sabía qué onda (P1, p. 15).

Bueno yo decía que él ya sabía cómo, cómo era ese aspecto de... de tener relaciones, no, de cómo... aunque él me decía: ¡es que soy virgen!, pero no le creía (ríe). *¿Tú sabes cómo?* No (P1, p. 20).

Este hecho muestra nuevamente el peso de la propia experiencia para significar los sucesos relativos al placer sexual y hace evidente la existencia de roles de género: el no saber es un comportamiento esperado de las jóvenes, en contraste con un comportamiento experto de los hombres. Así mismo puede relacionarse con: las expectativas de iniciativa en los hombres y consentimiento en las mujeres, la representación del varón como sujeto de deseo activo y la mujer como sujeto de deseo moderado (Jones, 2010, pp. 50-51, Gerhard, 2001, Maines, 2001).

Al decidir participar en prácticas sexuales, desde los besos hasta la penetración vaginal, subrayándose su decisión y no del hecho de tratarse de un asunto no consciente, su experiencia transita del desconocimiento hacia lo grato e intenso:

Entonces se le ocurre darme un beso pero yo pensé que un beso era un beso, no sé, como un beso robado, y no, fue un beso bien, o sea fue esa sensación de... mm... de placer, de quiero más, o sea ya la lo experimenté y quiero más [...], en los labios fue por completo y ya después fue como que todo en el cuerpo y sentí ese escalofrío de ¿qué pasó no?, ¿por qué?, ¿por qué tengo tantas reacciones en el cuerpo? (ríe) y fue, fue, al principio fue sorpresivo, fue en los labios y ya después se fue yendo a todo el cuerpo, no, los escalofríos, de que empecé a temblar mucho, de... de que no, no podía dar un paso, de que me temblaba todo (P2, p. 5).

Las nuevas experiencias detonan reacciones inesperadas y alteran los significados construidos a partir del discurso familiar, pedagógico y de pares. A partir de ese momento la propia experiencia del placer en el cuerpo orienta la formación de nuevos significados y gana terreno a los que dijeron otras personas:

Por un lado, quería que no parara... pues me sentía diferente, no sé... no sé cómo explicarlo... era... como si [...] no quería que acabara, me gustaba sentir su piel (P6, p. 9).

Me encantaba tener relaciones sexuales con ese hombre (P2, p. 13).

Con evidente notoriedad, la *agency sexual* se manifiesta como una espiral que muestra un proceso de autodeterminación que inicia con preguntas, sigue con la búsqueda de información y nuevos interlocutores, y empuja la toma de decisiones que redundan en el disfrute de las prácticas sexuales, así como su abandono del rol de aprendiz sexual.

PRÁCTICAS SEXUALES Y JERARQUIZACIÓN

Desde esta línea analítica se retomaron las ideas de Jones (2010) y Rubin (1989) en torno a sistemas de jerarquización sexual que clasifican las prácticas sexuales en función de disposiciones sociales (sexo, edad, parentesco, entre otras). También se exploró la prevalencia de un modelo sexual heteronormativo centrado en la penetración (coito) como medio para acceder al placer sexual.

Las participantes refirieron una amplia gama de prácticas relacionadas con el placer sexual: atracción por hombres, juegos, excitación, besos, caricias con ropa, desnudarse, caricias sin ropa, faje, deseo, relaciones sexuales (coito) y sexo oral. En esas prácticas reconstruyen los significados del placer sexual a partir de su propia experiencia en la interacción con un varón.

Si bien es cierto que todas habían recibido información de distintas prácticas sexuales, ya fuera por clases de metodología anti-conceptiva, conversaciones con amigos y amigas, lo que veían en su escuela, lecturas en libros o internet; las jóvenes coinciden que es la experiencia con sus novios la que da sentido real y permite construir sus significados de la experiencia del placer sexual:

Me empecé espantar mucho porque yo no sabía, o sea, si tenía como que la teoría (P2, p. 9).

¿Qué es lo que no sabes? No sé cómo se siente... ¿Cómo se hace, eso lo sabes? No, no... tampoco (P1, p. 18).

Ya sea relacionado con sensaciones en los labios o en todo el cuerpo, el interés por participar en distintas prácticas sexuales acontece en la interacción con el novio en un contexto de “orientación mutua del amor y creación de una realidad compartida por los miembros de la pareja” (Sabido y García, 2015, p. 41). Allí se adquieren o transforman las ideas con respecto a las primeras experiencias sexuales de las jóvenes y se otorgan nuevos significados a la experiencia del placer sexual.

En sus prácticas sexuales se advierte un esquema de interacción con dos características. La primera es la concepción de las prácticas sexuales como actividad en la que los hombres tienen el rol activo y preponderante, visible en torno a que faje, caricias sin ropa, sexo oral o coito son prácticas sexuales iniciadas por ellos; la segunda: situar al coito entre personas de distinto sexo como meta de las prácticas sexuales, como la norma o modelo de la relación sexual:

Entonces empezó a decirme cosas como: me gustas, eres muy bonita [...] no quitó el dedo del renglón y cosas así. El chiste es que empezamos a besarnos y él empezó a acariciarme y fue cuando lo detuve y le dije: no, no puedo, no quiero y... ¡como que no!; entonces ese... como buen hombre... me hizo terapia psicológica (ríe), me empezó a tocar, permití que fluyera y es ahí cuando empezamos a tener relaciones sexuales (P2, p.14).

Empezó a besarme, a darme besos en el cuello, a tocar mi cabello, me abrazaba y me besaba (P6, p. 9).

También muestra que la interacción sexual entre mujeres y hombres atiende los roles de género que señalan a los hombres como

sujetos con experiencia sexual, de iniciativa, y a las mujeres seguidoras de los hombres; así como sanciones familiares, del grupo de pares y de los novios para aquellas mujeres que se acercan al comportamiento *masculino*. En todos los casos, el acercamiento al placer sexual transita a través patrones de interacción o secuencias ritualizadas bien delimitadas:

Entre los 13 que fue mi primer beso y los 18, más o menos, nunca en mi vida, así nunca había tenido un faje, o sea siempre tuve contacto, no tuve como que ese escalón [...] los besos, faje, la relación. O sea siempre fue así como que pues, primeros los besos y la relación no, entonces a los 18 llega alguien que todavía está, se llama "L" y por primera vez tengo un faje, entonces yo no sabía qué era eso hasta hace poquito (ríe), entonces, digo como ¿qué onda? porque me salte ésa rutina (P2, p. 16).

Sucesos que coinciden con la propuesta de Jones (2010), quien refiere que antes de llegar a la penetración, las parejas comparten una secuencia de actividades eróticas que incluyen besos en la boca, abrazarse, caricias en distintas partes de cuerpo, en los genitales y otros contactos sexuales; lo que da cuenta del proceso gradual de aprendizaje de las prácticas sexuales.

La jerarquización de las prácticas sexuales (Rubin, 1989), se aprecia a través de una valoración donde el coito ocupa el lugar central:

A los 17 y marcaste tu primer placer como algo más ¿cómo está eso? Pues... fue... eh... la primera vez que... eh...experimenté, por así decirlo, una relación... sexual (P7, p. 6).

El coito define una relación sexual: *no pasó nada*, señalan al referirse a experiencias placenteras como el faje o caricias sin ropa. Además de que éste constituye la vía para acceder al placer, lo cual se corrobora por la ausencia de fantasías sexuales, actividad autoerótica u otras prácticas sexuales en pareja, mismas que son desestimadas

para las mujeres al interior de una sexualidad patriarcal (Maines, 2001; Koedt, 2001; Gerhard, 2001).

En el coito se aprecian roles sexuales complementarios, donde el varón tiene la posición central, de conocimiento, de enseñar y la mujer el papel de inexperta y dependiente del conocimiento del varón. Esta organización coincide con los sistemas de valoración existentes en la cultura griega descrita por Foucault, la cual a partir del coito definía también otras relaciones del individuo: “la actividad de palabra, el estatuto. La vida política, la libertad y finalmente el nombre mismo del individuo” (Foucault, 2005b, p. 34).

En un contexto heterosexual centrado en el coito y el noviazgo, otras prácticas sexuales, como la masturbación, quedan excluidas para las mujeres:

No sé, no me llama la atención (P6, p. 10).

Nunca he... nunca me ha dado eso de... a ver que se siente tocarme yo sola no... (P2, p. 18).

Esta práctica sexual no aparece como opción para vivirse sola ni en pareja; no se habla de ella, no se busca información, no se interesan en experimentarla. Tampoco se menciona en sus charlas ni en las actividades con el novio, no se sugiere como actividad sexual por ninguna de las partes; no hay un respaldo pedagógico, familiar ni de pareja que valide su experiencia. Pese a que se tiene conocimiento de su existencia, no es una opción dentro de su repertorio sexual. En términos de Jones, no forman parte de los escenarios culturales de las mujeres, y para este estudio son prácticas sexuales que muestran el efecto de una sexualidad patriarcal.

Pues no sé. Mmm, pues es que hay cosas que no... bueno según yo, pues si lo quieres hacer pues para eso existe, no sé... tener un novio, o bueno un esposo, pero... es que yo siento que si lo haces es como... eh... pues no sirve, o bueno, según yo no sirve (P7, p. 10).

Sólo sé de la masturbación y eso pero no, [...] No pues no, nunca lo había pensado pero, yo siento que no. No sirve de nada (P8, p. 12).

Desde la perspectiva de Rubin, es posible afirmar que la centralidad del coito y el noviazgo revelan la presencia de sistemas que evalúan los actos sexuales a partir de su representación más acabada: las relaciones sexuales heterosexuales, reproductivas y validadas mediante el matrimonio y que devalúan otras prácticas sexuales como la masturbación, el sexo oral o el uso de pornografía.

En el caso del sexo oral, referido como práctica sexual realizada por dos participantes, se describe como algo sucio y desagradable:

No me gustó, no le vi la intención, no le vi... *¿Para ti no fue algo que te gustara?*
No que no me gustó, sino que no le vi la intención (P3, p. 17).

Mmm, pues me dio, no sé, como que siento que es muy sucio (P3, p. 19).

Pues... mmm... no me gusta, porque se me hace como muy sucio, pero creo que eso ya depende de cada quien. (P6, p. 14).

La expresión “no le vi la intención” enfatiza que, más allá de las sensaciones provocadas, lo relevante de una práctica sexual es su utilidad, entonces el coito es la práctica sexual que la tiene, aunque no se especifica en qué sentido.

La segunda participante que tuvo sexo oral lo describe como una práctica desconocida y desconcertante al principio, resignificada posteriormente como muy placentera. En su caso el proceso de acercamiento a esta práctica siguió el ya referido: ella lo desconoce, el varón la propone, se accede con miedo y sin saber qué hacer, se deja llevar por el otro y tras varias veces de practicarlo llega a ser una experiencia placentera, de bienestar.

En cuanto a la pornografía, concebida como práctica sexual masculina por Jones, (2010), dos jóvenes mencionan haber visto

videos pornográficos incidentalmente y se refirieron a ellos como sucesos desagradables:

Ahorita contando de eso, en la primaria vi por primera vez un video de pornografía, estamos hablando de primaria [...] porque pedí prestado un celular, entonces al abrirlo había un video [...] Es que estaba con una amiga, pedimos el teléfono, ella lo agarró y lo abrió: al abrirlo empezó a correr el video, entonces lo vi, que será, como por dos minutos y me dio mucho asco, me fui y ella se quedó viendo (P6, p. 14).

Otras dos participantes presenciaron videos pornográficos que sus amigos en la escuela les mostraron a manera de juego o como forma de molestarlas. Para ellas, como para quienes refirieron nunca haber visto material pornográfico, también se trató de un evento desagradable que rompe con la privacidad de una práctica sexual:

Pues creo que, no sé, no me gusta. Creo que eso es algo muy privado (P8, p. 6).

¿Por qué dejar que otras personas te vean cuando tienes el acto sexual? No digo que esté bien o esté mal, pero así como de: ¿por qué dejas que te vean las personas? Bueno, tal vez a las personas les gusta, les gusta que los demás las vean, pero es así como de no me llama la atención el ver a otras personas teniendo relaciones (P3, p. 18).

No es por tabú de la religión ni nada, va más allá que creo que esto está propiciando lo que son la trata de blancas, el que las chicas se sientan como objetos sexuales, este... pues sí, voy más en contra de todo esto que propicia los pederastas que hacen pornografía (P9, p. 21).

Las razones de las jóvenes para no consumir pornografía muestran la jerarquía sexual que ubica entre “las castas sexuales más despreciadas [...] a trabajadores del sexo, tales como prostitutas, las prostitutas y quienes trabajan como modelos en la pornografía” (Rubin, 1989, p. 18). Esta perspectiva coloca a sus consumidores

en un estatus cercano a lo enfermizo; pero también hace evidente la consciencia de la industria pornográfica, sus vínculos con redes de prostitución y la solidaridad con las mujeres que ingresan a esa actividad mediante el abuso.

En las historias de las jóvenes se aprecian dos aspectos más: un particular manejo de sus experiencias, pues cuando el placer deviene del faje, caricias con novios o relaciones sexuales, dejan de hablarse con la familia y pasan a ser conocidas por un limitado número de personas (generalmente amigos, amigas, novios).³⁹ Madre y abuela dejan de ser interlocutoras válidas y ese sitio pasa a ser ocupado por profesores, medios de comunicación, libros, médicos y amigos.

Otro aspecto se deriva de la centralidad del coito y del noviazgo como contexto para las prácticas sexuales y se aprecia con el aprendizaje del placer sexual fuera del noviazgo, referido sólo por una de las participantes. En su caso aparece una sensación de extrañeza y desconcierto por experimentar placer al besarse o tener un faje con alguien que no sea su novio. La extrañeza puede interpretarse como resultado de la ruptura de los roles de género marcados, desde los que se espera el papel de mujer contenida, capaz de entregarse al novio estratégicamente seleccionado o bien como un estigma que devalúa a las mujeres que participan en prácticas sexuales no legitimadas bajo el noviazgo o el matrimonio.

Abuso y vulnerabilidad: otra cara de las prácticas sexuales

Aparecen también en las líneas de vida cinco sucesos: una violación por parte de un exnovio, un intento de extorsión llevada a cabo por un exnovio, una experiencia que pudiera constituir un intento de abuso sexual por un cuñado, exhibición y tocamiento del pene de un tío y lo que aparentan ser juegos sexuales no deseados en la niñez

³⁹ Sólo una participante refirió hablar de esas prácticas con su mamá.

con un vecino. Las expresiones: *pudiera constituir un intento de abuso sexual* y *lo que aparentan juegos sexuales*, denotan dos hechos: que desde la experiencia de las jóvenes nunca fueron referidas como experiencias de abuso sexual y en segundo lugar que desde la perspectiva de reconocidos autores en la temática del abuso sexual en la niñez como Louis Everstine, David Finkelhor, Arturo Loredó, Beate Besten o Félix López-Sánchez, estos hechos constituyen de forma evidente experiencias sexuales no deseadas en la infancia.

Dado que la línea de vida no ofrecía detalles de estas experiencias, en las entrevistas se indagaron las razones por las que aparecen en una indagatoria relativa al placer sexual. Los primeros dos eventos: violación e intento de extorsión fueron referidos por la misma participante. El intento de extorsión ocurrió a los 15 años, resultó de su primera relación sexual, la cual fue fotografiada sin que ella lo supiera; el segundo suceso, la violación, ocurrió a los 16 años, fue perpetrada por otro exnovio y ocurrió después de la ruptura de la relación. En ninguno de los casos los eventos fueron vividos con placer, ni generaron bienestar. De acuerdo con la participante, las razones para anotarlas en la línea de vida fueron en primer lugar que son asuntos relacionados con su historia sexual y, en segundo lugar, en el caso específico de la violación, porque se relaciona con una sensación placentera alcanzada tiempo después de asistir a terapia psicológica en la Procuraduría General de la República, de recibir seguridad especial por parte de la policía, de los cuidados de su familia y de translaborar la agresión.⁴⁰ El placer puede sintetizarse en sus palabras:

El gusto de: ahora va la mía... de sentir ese placer de decir no te puedes acercar porque si te acercas o sea estás ya como en el filo, no, porque obviamente te ponen seguridad especial y cosas por el estilo y sin embargo a él no le

⁴⁰ Se retoma de Slaikeu el concepto de translaboración, entendiéndolo como una de las etapas de recuperación emocional por las que atraviesan los sobrevivientes de crisis circunstanciales de la vida, en la cual se expresan pensamientos, sentimientos e imágenes relacionados con el evento traumático (Slaikeu, 2000).

importaba, pero yo era así como que intocable, entonces ya fue el gusto de decir: ¡acércate, acércate y ahora si de a como nos toca, no! Porque una patrulla iba por mí hasta el metro y me regresaba a mi casa y de mi casa al metro y en el transcurso del metro o sea había alguien que me esperaba en la estación, o sea mis amigos, bla, bla, bla, a la escuela, entonces yo siempre estaba como muy vigilada, pero saqué fuerzas y gusto de decir: ¡yo puedo y el día que tú te acerques, ese día me vas a dar a mí el gusto de joderte, entonces no te acerques!, entonces es ahí cuando saco fuerzas.

El placer acontece tras una importante resignificación de los hechos y se relaciona con la fortaleza adquirida para enfrentar a su agresor.

El tercer suceso se trató de un evento entre una niña de 13 años y un varón varios años mayor casado con su hermana. Aconteció una tarde en la casa donde vivía la joven junto a sus padres, su hermana y su cuñado. Después de que su madre salió a hablar por teléfono. Al encontrarse ella dormida en su cama, sintió que levantaron la cobija, pero ella se dio cuenta que quien lo hizo fue su cuñado, el cual se retiró tras ver que la joven se despertó. Pasados los hechos ella le contó a su padre:

Cuando lo hablé con mi papá, él habló con mi hermana y cuando regresó mi cuñado, mi cuñado le dijo que no era verdad y pues ya, yo fui y le dije y me dijo bueno y ya. Mis papás no hicieron nada, bueno, sólo como que me dijeron que guardara mi distancia con él, pero todavía seguía viviendo en la casa (P7, p. 16).

Desde el razonamiento de la joven, el evento se anotó en la línea de vida por tratarse de un hecho relacionado con su cuerpo; sin embargo, lejos de ser una experiencia placentera, fue vivida con miedo pues temía que tocara su cuerpo o que la violara, ya que en programas de televisión había visto situaciones similares. Aunado a la experiencia de la joven, son varios los hechos que apoyan una suposición en torno a tratarse de una experiencia sexual no deseada: el miedo ante un evento de contenido sexual (violación); el invadir o traspasar un espacio de intimidad separado de la mirada

de los demás: la cama, la cobija;⁴¹ ocurrir justo ante la ausencia de la madre; la negación de los hechos del cuñado. A estas presunciones se suma la perspectiva de Weeks (2012), quien señala que la violación forzosa física o mental del espacio o el cuerpo constituye un acto de violencia sexual:

La violencia sexual es un acto de poder que utiliza la sexualidad para garantizar la perpetuación de las relaciones de dominio y subordinación [...] Es nada más y nada menos que el proceso consiente de intimidación por medio del cual todos los hombres mantienen a todas las mujeres en un estado de miedo (Weeks, 2012, p. 266).

La cuarta experiencia está relacionada con la exhibición y tocamiento del pene de un tío. Ocurrió a los 13 años y fue referida por una de las jóvenes que canceló la entrevista sin que pudieran conocerse a profundidad los detalles plasmados en su línea de vida. En ésta la experiencia fue referida como “toqué y vi un pene; fue de un tío”. Pese a la ausencia de información, la experiencia remite a interacciones que se hallan proscritas por tratarse de miembros de la familia, las cuales se consideran periféricas a los rangos de “normalidad sexual” señalados por Rubín y que infringen sistemas morales de comportamiento.

La quinta y última de este grupo de experiencias se refiere a *juegos* en la niñez con un vecino. Ocurrieron a la edad de 11 años, en la casa del vecino, mientras los padres de ambos se encontraban en el trabajo:

Entonces llegaba y como sus papás no estaban, estaban trabajando, nos poníamos a jugar y en ese tiempo pues como de... estaban ahí sus hermanos y

⁴¹ Elías señala que la intimidad ha pasado a ser considerada como una forma específica de la relación amorosa en la que se comparten los cuerpos, así como atenciones exclusivas hacia la persona amada. El acceso al cuerpo y la cohabitación son elementos que se vulneran en la experiencia de la joven pues acontecen descontextualizados del marco amoroso que podría legitimarlos.

decían: “pues vamos a jugar”, ¿no, pues a qué? Pues a la mamá y al papá. Tú cuidas a los niños y así... Y en cierto punto como que me decía: “pues, vamos al cuarto” y me daba miedo, y entonces me empezaba a tocar y me daba más miedo, y ya como que me fui alejando de ellos porque, pues estábamos chicos y le decía a mi mamá y así de: “pues voy a platicar con sus papás”, pero pues a mi mamá nunca les prestaba atención porque estaba trabajando (E3, p. 10).

Se trató de una experiencia no placentera que fue anotada en la línea de vida por relacionarse con los tocamientos (abrazos) que se daban durante el “juego”. La presunción de tratarse de una experiencia sexual no deseada se deriva de dos hechos: en primer lugar por los tocamientos en el cuerpo (hombros, cuello), los cuales se asociaron con el miedo; en segundo término, por el contexto donde se llevaban a cabo: un espacio *privado o alejado* de la vista de los demás participantes.

El hecho de que cuatro de las nueve participantes refirieran experiencias *de abuso*, desagradables o vividas con miedo, no es un asunto que pueda pasar desapercibido en una investigación que ha señalado la desigualdad como elemento constitutivo de la interacción entre hombres y mujeres. Los cinco casos muestran prácticas sexuales asociadas al ejercicio de poder, donde las mujeres jóvenes son colocadas en condiciones de vulnerabilidad, ya sea por la visión romántica de las relaciones amorosas o por la ausencia de adultos que les protejan de personas con intenciones abusivas. Su presencia exige algún acercamiento teórico que las explique, ofreciéndose dos perspectivas para ello. La primera se deriva de la teoría de la interacción sexual de Collins (2009), quien señala una segunda faceta del interés de las personas por el sexo. Como fue planteado en el capítulo dos, el autor se refiere a la interacción y sus efectos: co-presencia, foco de atención común, solidaridad, como elementos centrales en la búsqueda del placer sexual. Sin embargo, también plantea una interacción sexual de “baja solidaridad”, la cual muestra un escenario donde la gratificación y búsqueda del placer se halla en la interacción que acontece en el momento en que el hombre se

pavonea frente a otros por su *efectiva actuación sexual*. En los dos primeros casos la perspectiva de Collins muestra suficientes elementos para explicar el comportamiento abusivo de los hombres; sin embargo, dado el reiterado señalamiento de una sexualidad patriarcal, es conveniente complementar su perspectiva con otra visión que contribuya al esclarecimiento de esos hechos en la vida de las jóvenes participantes. En este sentido Weeks señala:

Las causas más vastas de la violencia de los hombres deben ubicarse en sociedades que construyen la “masculinidad” en términos de la afirmación del poder heterosexual [...] colocando el objeto de la sexualidad en las mujeres y el sujeto del deseo en los hombres (2012, p. 267).

Conviene entonces entender esos hechos como expresión de prácticas de poder, las cuales hallan en las relaciones amorosas, así como en la interacción sexual, un campo fértil para su manifestación.

CONCLUSIONES

Se inició este estudio con el objetivo de conocer la manera en la que mujeres jóvenes habitantes de la Ciudad de México significan la experiencia del placer sexual a partir de su propia vivencia y las relaciones con los otros, partiendo del supuesto *que la significación de la experiencia del placer sexual está estrechamente vinculada a hechos sociales*, objeto de largos periodos de negociación histórica y con una pregunta central: *¿de qué manera significan la experiencia del placer sexual un grupo de mujeres jóvenes de la Ciudad de México?*

El interés por este estudio respondió, como se expresó en distintas secciones, a la carencia de análisis en torno al placer sexual y a la prevalencia de textos centrados en el orgasmo como expresión máxima del placer sexual. Ante este panorama, la investigación presenta una serie de reflexiones que subrayan la relevancia de su incorporación como objeto de estudio relevante para distintos campos del conocimiento social.

En primera instancia para las perspectivas que consideran al placer sexual como un fenómeno psicofisiológico, resultante de estímulos excitantes, manifiestos en una serie de respuestas corporales genitales (erección, lubricación vaginal) o extragenitales (incremento en frecuencia respiratoria, en la circulación sanguínea, entre otras) asociadas a un ciclo de respuesta sexual. En segundo

lugar, hacia aquellas disciplinas que conciben placer sexual como resultado de procesos inconscientes de manifestación genital, acorde a disposiciones *normalizadas* del comportamiento sexual. Ante estas perspectivas, la propuesta de esta investigación ha sido considerar la experiencia del placer sexual no como un fenómeno individual y momentáneo, sino como asunto social, longitudinal, construido desde la interacción, sujeto a prácticas reguladoras y aprendido a través de múltiples acercamientos.

La investigación ha construido una aproximación conceptual al placer sexual planteándolo como: *fenómeno relacional de bienestar asociado con procesos corporalizados estrechamente vinculados a significaciones sociales, regulados desde dispositivos de poder, con dos niveles de análisis interconectados: el de los procesos donde se configura (discursos, mandatos sociales); y el relacional, donde se define el trasfondo social y sus significantes (experiencia íntima, noviazgo, prácticas sexuales, agencia).*

Se considera como fenómeno relacional pues, tanto las prácticas sexuales como la significación del placer sexual, acontecen en la interacción con otras personas. Inicia, según los datos presentados, con las mujeres de su familia de origen con quienes tienen vínculos intensos, ellas preparan las bases para las primeras significaciones relativas a un cuerpo que cambiará y ante el cual las jóvenes deben prepararse y hacer ajustes en su comportamiento. Desde la perspectiva de las mujeres adultas, es la inminencia de la menstruación la que promueve las advertencias de cambio en sus cuerpos, sus sentimientos y sus patrones de convivencia con los hombres. Para las jóvenes, por su parte, constituyen una serie de declaraciones y peticiones ajenas a su experiencia, incomprendidas, pero paulatinamente incorporadas en su vida cotidiana, las cuales se aprecian en la interacción con sus hermanos y padres.

El carácter relacional se aprecia con bastante claridad en un segundo momento; en la interacción que tienen con sus pares: amigas, amigos, primas, compañero de escuela o de clase. Son ellos quienes ofrecen información del cuerpo, los sentimientos y del noviazgo;

enunciados que contradicen los mensajes de los adultos, quienes abierta o circunstancialmente, les muestran sus prácticas sexuales y comparten sus significados. Son ellos quienes brindan puntos de vista alternativos para comprender los cambios promovidos por familiares. Deviene entonces con mayor contundencia, un modo de interacción que ofrece la posibilidad de significar, desde la propia experiencia en el cuerpo, los dichos de sus familiares y pares: el noviazgo, el cual ofrece acceso a una relación anticipada por terceros y deseada por las jóvenes debido a su asociación con *ser grande*, *participar en actividades propias de los adultos* y por ser el contexto válido para tener aquellas prácticas sexuales que han escuchado o visto entre sus pares.

El noviazgo constituye la interacción clave en la significación de la experiencia del placer sexual, pues ofrece la posibilidad de vivir en el propio cuerpo todo aquello que hasta ese momento sólo había sido *teoría y confusión*. Se aprecia como la interacción que ofrece mejores condiciones para significar la experiencia del placer sexual, pues muchos de los mensajes recibidos u observados se explican a partir de la propia experiencia en el cuerpo. Advertencias con respecto a lo que sentirían: “mariposas en el estómago, te va a gustar”, cobran sentido una vez que pasan por su experiencia. Sin embargo, esta nueva resignificación no deriva sólo de contar con un novio. Tal como lo señaló Collins, se busca un noviazgo con foco de atención compartido, consonancia emocional, sentimientos de membresía y seguridad. Lo que se ejemplifica en la relevancia dada a la selección de pareja y la construcción de una relación “bonita, que dure”. La práctica sexual redundante en sensaciones de bienestar no sólo por las terminaciones nerviosas existentes en el cuerpo, sino por las características de la interacción y los efectos que produce entre sus integrantes: solidaridad, amor.

La posibilidad de significar la experiencia del placer sexual, precisa una serie de decisiones conscientes; primero, participar en prácticas sexuales, las cuales, aunque proscritas por los adultos, son deseadas por las jóvenes; y en segundo lugar requerimientos para

transformarlas en actividades de bienestar. En ambos casos es la *agency sexual* la que impulsa a las jóvenes a rebasar los límites señalados por familiares, amigos y profesionistas, la que ofrece bases para la experiencia en el propio cuerpo, para la transformación del miedo, nervios, confusión, rareza, suciedad o represión en disfrute, intensidad, excitación y bienestar. La experiencia en el propio cuerpo y la *agency sexual* se revelan, en este estudio, como los elementos más importantes en la conformación de los significados de la experiencia del placer sexual.

Por otro lado, la significación de la experiencia del placer sexual se aprecia como proceso longitudinal, el cual inicia en la pubertad ante la inminencia de la aparición de los caracteres sexuales secundarios, específicamente de la menstruación. Comienza con una serie de maniobras ejecutadas por los miembros de sus familias (inicialmente sus madres y abuelas, después hermanos, padres, abuelos), se aprecia en el control de la ropa que usan, los lugares que visitan, las personas con quienes conviven, el contacto físico con hombres, el noviazgo o las potenciales prácticas sexuales de las jóvenes. A las acciones iniciadas por los miembros de la familia de origen se suman otros actores, quienes asumen la tarea de educar a las jóvenes: profesores, tutores, psicólogos escolares. Sus intervenciones incluyen recomendaciones, proscripciones, condicionamientos y amenazas, todas derivadas de los incipientes cambios corporales advertidos por los adultos. Este cuerpo continuamente vigilado sirve como sedimento para sus primeras ideas del placer sexual, las cuales, aunque inespecíficas e incomprendidas, se convierten paulatinamente en un conjunto de restricciones en su vida cotidiana.

Plantear la experiencia del placer sexual como proceso longitudinal señala, por un lado, su carácter de largo plazo, y por otro su estructura cambiante, las modificaciones derivadas de nuevos sucesos, voces, actores y mensajes que acontecen en la vida de las jóvenes. Pero esta transformación resulta de su posibilidad de actuar: dudar, cuestionar lo dicho, tomar decisiones que rompan las



barreras señaladas, de la *agency sexual*; esa posibilidad de no hallarse totalmente determinado que se sustenta en el conocimiento y la capacidad para hacer diferencia (García Adriana, 2013a).

La revelación de la *agency sexual* en este estudio rebasa las consideraciones iniciales en torno a la perspectiva del sujeto-sujetado por los sistemas de saber-poder o la injerencia de las prácticas de sí, y ofrece otras perspectivas para comprender las significaciones de la experiencia del placer sexual. Si bien en las primeras etapas de la significación de las jóvenes, son personas adultas con cercanía afectiva quienes les transmiten mensajes de las prácticas sexuales (besos, fajes, coito) y del placer sexual, seguidos de discursos pedagógicos, de los pares y de los medios informativos; en la medida que las prácticas sexuales pasan por la propia experiencia, lo expresado por los adultos ocupa un lugar secundario. A partir de ese momento el sentido *real* deviene de la experiencia, la cual cuestiona, trastoca la norma y las primeras significaciones. La *agency sexual* no aparece de forma espontánea, sino que deviene de un largo proceso de negociación de los contenidos recibidos a través de las prácticas sociales. Se construye en paralelo a los discursos dominantes y a las voces que les ofrecen nueva información. Esta negociación de significaciones precisa al menos tres condiciones:

- a) Ingreso de información distinta a la proporcionada por el discurso familiar y pedagógico, consistente en su mayoría de historias de prácticas sexuales gratificantes, las cuales cuestionan el *statu quo* atribuido por los adultos. En esta resignificación se transita a través de la curiosidad, el miedo o la ambivalencia hacia el disfrute de las prácticas sexuales.
- b) Una pareja solidaria cuyos intereses no se limiten a la práctica sexual y se ubiquen en un horizonte de pareja de mediano o largo plazo.
- c) La participación continua en interacciones sexuales, la cual, sumada a las condiciones previas, ofrece potencial para trasladar la perspectiva del placer construida desde el dicho de

otras personas hacia la significación del placer desde la vivencia en el cuerpo. Este proceso longitudinal puede representarse del siguiente modo:

Tabla 4. Aspectos relevantes en la significación de la experiencia del placer sexual

<ul style="list-style-type: none">• Menor experiencia con el placer vivido en el propio cuerpo• Ausencia de posibilidad de decisión• Escasa participación en relaciones de noviazgo• Menor edad		Mayor influencia de prácticas de control de los adultos en las jóvenes
<ul style="list-style-type: none">• Mayor experiencia con el placer sentido en el propio cuerpo,• Mayor posibilidad de decisión,• Experiencia derivada de relaciones de noviazgo,• Mayor edad		Menor influencia de prácticas de control de los adultos en las jóvenes

Fuente: elaboración propia

La *agency sexual* modifica al cuerpo obediente y lo corporaliza, lo que se aprecia en la resignificación de la experiencia del placer sexual. A través de su participación en relaciones de noviazgo y en prácticas sexuales se construyen, desde su experiencia, otras perspectivas: “me encantaba tener relaciones con ese hombre”, “no le negué nada”, “lo hice por sentir”; ejemplos que muestran la disminución de los efectos de prácticas de saber-poder que les proscriben dichas experiencias. A través de la *agency sexual* se desobedece, lo que se manifiesta cuando se besan con quien les gusta, se enamoran, inician relaciones de noviazgo, se esconden o buscan espacios para “fajar”, tener coitos o cuando experimentan excitación y orgasmo. Mediante la *agency sexual* se distancian de algunos contenidos de los discursos (negativo, malo, sucio), los cuestionan o ignoran.

Aunque la *agency sexual* ocupa el lugar más relevante en la significación de la experiencia del placer sexual, no es omnipotente. No elimina los efectos de los discursos (confusión, malestar),

la insistencia adulta de influir en las decisiones de las jóvenes. No modifica la estructura social en que acontecen las prácticas sociales relacionadas con el placer sexual ni la estructura predominante del noviazgo como contexto para las prácticas sexuales. No extingue la reproducción de roles sexuales o de género que señalan tipos de interacción, participantes, edades y otras características de los escenarios sociales del placer sexual. Una sexualidad patriarcal permea las prácticas sexuales de las jóvenes, las cuales se ajustan a los sistemas de jerarquización sexual que devalúan las actividades que no involucran la penetración (masturbación, masturbación mutua, caricias con o sin ropa, entre otras), así como los roles sexuales de las jóvenes que se distancian de la aprendiz inexperta sexual. Por ello esta investigación ha insistido en señalar al placer sexual como categoría sociopolítica pues, se advierte acompañada de acciones de vigilancia relacionadas con normatividades que perpetúan roles sexuales para mujeres y hombres.

Como fenómeno relacional y de carácter longitudinal, es posible plantear que la significación de la experiencia del placer sexual, se construye desde la hibridación de tres sucesos: los discursos encaminados a modular el acercamiento a las actividades sexuales, la propia experiencia del placer en el cuerpo y la interpretación de las sensaciones de bienestar experimentadas durante las prácticas sexuales y que éstas se hallan marcadas por la ambivalencia, la heterosexualidad y la centralidad del coito.

La ambivalencia remite a una doble cualidad de la experiencia del placer sexual; una valoración *negativa*, de peligro, miedo, prohibición, rareza, suciedad; que coexiste con una valoración *positiva*, de diversión, disfrute, emoción, excitación, relajación; ambas experimentadas en sus interacciones. Se origina en el discurso de los adultos, el cual ofrece bases para las primeras significaciones del cuerpo (en crecimiento), de las prácticas sexuales y del placer sexual. La ambivalencia aparece como respuesta a los discursos familiares imprecisos, vagos y difíciles de comprender, que dificultan la significación del placer sexual como asunto cotidiano, al que se

puede acceder por interés personal en cualquiera de sus modalidades (autoerótica, en pareja o entre más de dos personas).

La significación de la experiencia del placer sexual se aprecia como un fenómeno heterosexual-de pareja, en torno al cual se despliegan una serie de disposiciones que reflejan un imaginario del placer sexual y un conjunto de condiciones para su vivencia (control, regulación). La heteronormatividad muestra su dominio en el modelo de *noviazgo igualitario* con intención matrimonial, dando cuenta de ello las sanciones hacia prácticas sexuales gratificantes que acaecen en relaciones ocasionales. La heterosexualidad revela también la introyección del modelo jerárquico que filtra distintas prácticas sexuales que puedan redundar en placer y bienestar. Las historias de las jóvenes muestran, en todos los casos, un escenario de pareja como requisito para la práctica sexual, el cual acontece primero en el terreno de la fantasía y se materializa en sus interacciones y prácticas sexuales.

En cuanto al coito, en un contexto donde otras prácticas sexuales (autoerotismo, sexo oral) y otras orientaciones sexuales son veladas, prohibidas o signadas como enfermizas, el horizonte se reduce a la aceptación de la normatividad coital o bien a vivir al margen de las disposiciones sexuales. La primacía del coito y la ausencia de otras prácticas sexuales en el repertorio de las jóvenes no puede resultar del desinterés o casualidad, sino que se interpreta como efecto de un sistema de poder que sólo habilita aquellas opciones que perpetúan el comportamiento sexual reproductivo que, de acuerdo con Rubín (1989), se ubica en la cima de la jerarquización sexual.

La investigación revela también que el placer sexual, no como experiencia, sino como objeto de estudio, presenta poca producción teórica (2.9% de los 2 027 artículos revisados en revistas de ciencias sociales), escasa problematización y una asociación con el orgasmo que le invisibiliza como objeto de estudio con implicaciones macro y microsociales. Se le advierte también polarizado, entre aproximaciones que consideran las prácticas sexuales como producto de factores intrapsíquicos determinantes del individuo y

perspectivas construccionistas que las plantean como fenómenos socialmente determinados. En contraste, este estudio muestra la presencia e influencia mutua de ambos procesos y otorga un papel de mayor relevancia a la *agency sexual*, como elemento altamente significativo en la vivencia y construcción de los significados de la experiencia del placer sexual.

Con respecto al horizonte teórico, las propuestas de Foucault, particularmente las relativas a las tecnologías del poder, ejercieron notable influencia en el diseño y primeras fases del análisis de los datos. Por ello, al inicio de la investigación se buscó en las historias de las jóvenes, un cuerpo sujeto a los discursos y las prácticas de sí. Sin embargo, en los hallazgos empíricos, esas propuestas mostraron importantes limitaciones. Ciertamente, se apreció que la significación del placer sexual se halla atravesada por procesos de entrenamiento corporal; sin embargo, a diferencia de las prácticas de sí, dispuestas como actividades sociales reveladas al escrutinio de uno mismo y de otras personas, la experiencia del placer no presentó un tamizaje pedagógico o institucional abierto a la mirada de los otros. Por el contrario, la experiencia del placer apuntó, como se señaló con la expresión conceptual *a nivel del self*, hacia un conjunto de vivencias que, si bien son conocidas y estimuladas por terceras personas, su valoración se construye desde la intimidad, siendo escasamente compartidas con familiares o amigos. Situación distinta aconteció cuando dichas experiencias adquirían connotaciones *sexuales*, ya fuera por el significado atribuido a los cambios del cuerpo o por tratarse de experiencias de noviazgo. Fue a partir de su denominación *sexual* que los cuerpos se transformaron en sujetos vigilados, escenario donde se apreció con mayor claridad el efecto de las tecnologías de poder descritas por Foucault, pues a través del control ejercido por las mujeres adultas, quienes prevén actividades que puedan terminar en prácticas sexuales placenteras, se iniciaron maniobras para retrasarlo. Este proceso también es realizado con la progresiva participación de otros actores: los de la educación formal (profesores, tutores, psicólogos educativos) y los

pares, quienes se suman al proceso de sujeción de la vivencia del placer sexual al señalar sus riesgos (los cuales más allá de resultar de la propia experiencia, provienen del conjunto de condiciones desventajas e inequitativas desde las que se construye la interacción sexual de las mujeres) y justificar la necesidad de posponerlas.

Aun cuando ofrece interesantes reflexiones en torno |de la construcción de la significación del placer sexual, este trabajo presenta limitaciones que acotan sus interpretaciones. La primera está relacionada con el número de participantes y las condiciones en que se logró el trabajo de campo, particularmente con la dificultad para conseguir que todas las participantes respondieran los tres instrumentos. Es difícil saber si las entrevistas canceladas cambiarían el rumbo de los hallazgos, aunque es posible afirmar, por las líneas de vida, que una de esas entrevistas habría proporcionado información del ámbito de relaciones homoeróticas y un valioso panorama para esta investigación.

La segunda es la provisionalidad de sus hallazgos, los cuales se acotan a un grupo de jóvenes estudiantes de bachillerato de dos grandes casas de estudios del país: el IPN y la UNAM. En el mismo sentido, el perfil de las participantes las revela como un grupo con limitaciones económicas (la mayoría identifica un ingreso familiar que apenas atiende las necesidades de todos los miembros de la familia) y culturales (sus interacciones transcurren entre personas con similares condiciones de vida, así como vivir bajo condiciones de control significativas). La investigación también se ve limitada por su realización en la Ciudad de México, una urbe con alta densidad de población, oferta educativa, acceso a medios de comunicación, entre otras. Sin ignorar estas limitaciones, la investigación ofrece un panorama valioso al señalar fenómenos y procesos invisibilizados que ejercen influencia en la experiencia del placer sexual y su significación.

La significación del placer sexual como experiencia de interacción, es una hipótesis que habrá de ser sondeada en contextos socioeconómicos distintos y en mujeres con otras condiciones de

vida: analfabetas, con educación básica, con mujeres no estudiantes (empleadas, campesinas, indígenas) o con edades inferiores y superiores a las de las jóvenes que participaron en este estudio.

ANEXOS

Anexo I. Guión de entrevista

Rubro	Preguntas que se podrían formular durante la entrevista
Cuerpo	<p>¿Te gusta tu cuerpo?, ¿por qué? Si pudieras, ¿cambiarías algo de tu cuerpo? ¿Crees que las mujeres viven presionadas por el aspecto físico?, ¿por qué? ¿Crees que los hombres viven presionados por el aspecto físico?, ¿por qué? ¿Crees que esas presiones afecten la experiencia del placer?, ¿de qué manera a las mujeres?, ¿de qué manera a los hombres?</p>
Placer (para cada evento señalado en la línea de vida)	<p>¿Qué relación existe entre cada evento recordado, tu cuerpo y el placer?</p> <ul style="list-style-type: none"> • <i>Descripción del placer</i> ¿Cómo era? ¿Dónde se sentía? ¿Cómo se sentía? ¿Qué situaciones o actividades lo detonaban? • <i>Efecto del desarrollo físico en la relación con el placer</i> ¿Presenta cambios de acuerdo a hitos del desarrollo, por ejemplo: aparición de características sexuales secundarias? • <i>Efecto de otra(s) personas en la vivencia o relación con el placer</i> ¿Quiénes? ¿Qué decían? ¿Qué hacían?

(continuación)

Experiencias sexuales no deseadas	¿Cuáles? ¿En qué contexto se presentaron? ¿Quiénes participaron? / ¿Qué hiciste después? / ¿Recibiste apoyo?, ¿de quién? / ¿Consideras que ha tenido efecto en la vivencia del placer y el placer sexual?
-----------------------------------	--

Anexo 2. Cuestionario

A continuación, encontrarás una serie de requerimientos. Por favor responde todo el instrumento. Si tienes alguna duda, pregunta al aplicador del cuestionario.

I. Información general

Ocupación actual	
Estado civil	
Colonia en que vives	
Nivel máximo de estudios	
Escuela donde cursaste el bachillerato	
Si dejaste de estudiar, señala las razones	

2. Información de la familia

Edad de tus padres	
Escolaridad de tus padres	
Ocupación de tus padres	
Estado civil de tus padres	
Número de hermanos y hermanas	
Ocupación de los hermanos y hermanas	
Tipo de vivienda en que habitan (rentada, propia)	
Personas que viven en tu casa	
Ingreso familiar mensual	

REFERENCIAS

- Anónimo (noviembre 23 de 2012). La cirugía estética vaginal se pone de moda entre las niñas británicas. En Salud en ElMundo.es. Recuperado de www.elmundo.es/elmundo/2012/11/23/internacional/1353665646.html el 12 de junio de 2017.
- Amezcuca, J. (2001). *El significado del placer, del dolor y el amor: una revisión crítica e interpretativa de su estudio en psicología*. Tesis de licenciatura. UNAM.
- Amigot, P. y Pujat, M. (2006). Ariadna danza: lecturas feministas de Michel Foucault. *Athenea Digital*. Primavera, 9, 100-129.
- Amuchástegui, A. (2001). *Virginidad e iniciación sexual en México*. México: Edamex.
- Amuchástegui, A. (2002). El significado de la virginidad y la iniciación sexual. Un relato de investigación, pp. 137-172. En Szasz, I. y Lerner, S. (comps). *Para comprender la subjetividad. Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*. México: Colmex.
- Amuchástegui, A. (2005). Saber o no saber sobre sexo: los dilemas de la actividad sexual femenina para jóvenes mexicanos, pp. 107-135. En Szasz, I. y Lerner, S. (comps). *Sexualidades en México. Algunas aportaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*. México: Colmex.
- Amuchástegui, A. y Rivas, M. (2004). Los procesos de apropiación subjetiva de los derechos sexuales. Notas para la discusión. *Estudios demográficos y Urbanos*. Septiembre-diciembre, 57, 543-597.
- Asociación Americana de Psiquiatría (1995). *DSM-IV Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*. Barcelona, España: Masson.
- Asociación Americana de Psiquiatría (2002). *DSM-IV TR Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*. Barcelona, España: Masson.

- Asociación Americana de Psiquiatría (2014). *Guía de consulta de los criterios diagnósticos del DSM-5*. Arlington, EUA: APA.
- Becker, H. S. (2011). *Trucos del oficio: cómo conducir su investigación en ciencias sociales*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Béjin, A. (1984). El poder de los sexólogos y la democracia sexual, 283-306. En Aries, P., Béjin, A., Foucault, M. y otros. *Sexualidades occidentales*. México: Paidós.
- Béjin, A. (1987). *Sexualidades occidentales*. México: Paidós.
- Belmont, M. T. (2006). *El proceso histórico de la construcción del erotismo en las mujeres*. Tesis de Licenciatura. FESI-UNAM.
- Belleveau, F. y Richter, L. (1976). *La inadaptación sexual según Masters y Johnson*. Barcelona, España: Fontanella.
- Bertaux, D. (1980). El enfoque biográfico: su validez metodológica, sus potencialidades. *Proposiciones*. Marzo 1999, 29, 1-23.
- Bourdieu, P. (1984). La opinión pública no existe, 239-250. En Bourdieu, P., *Sociología y cultura*. México: Grijalbo.
- Bourdieu, P. (1999). *La dominación masculina*. Barcelona, España. Anagrama.
- Bourdieu, P. y Chamboredon, J.-C. (2002). *El oficio de sociólogo. Presupuestos epistemológicos*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Braun, V. (2005). In Search of (Better) Sexual Pleasure: Female Genital 'Cosmetic' Surgery. *Sexualities*. 8(4), 407-424.
- Brusendorff, O., Henningsen, P. (1963). *Los cuadros del amor. Historia del placer y de la indignación moral. Tomo I*. México: Libros y discos.
- Capdevielle, J. (2012). La sociología figuracional de Norbert Elias y el estructuralismo genético de Pierre Bourdieu: encuentros y desencuentros. *Aposta. Revista de ciencias sociales*, 52, 1-23.
- Caporale, S. (1995). Foucault y el feminismo: ¿un encuentro imposible? *Anales de filología francesa*, 7, 5-15.
- Castro, R. (2002). *La vida en la adversidad: el significado de la salud y la reproducción en la pobreza*. México: CRIM-UNAM.
- Castro, R. (2002a). En busca del significado: supuestos alcances y limitaciones del análisis cualitativo, 57-85. En Szasz, I. y Lerner, S. (comps). *Para comprender la subjetividad. Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*. México: Colmex.
- Cobo, R. (1995). Género, 55-83. En Amorós, C. *10 palabras clave sobre mujer*. Navarra, España: Verbo divino.
- Collins, R. (2009). *Cadenas rituales de interacción*. Barcelona, España: Anthropos/UAM-Azcapotzalco/FCPyS-UNAM/Editorial Universidad Nacional de Colombia.
- Croissant, J. (2006). The New Sexual Technobody: Viagra in the Hyperreal World. *Sexualities*. 9(3), 333-344.

- Damasio, A. (2009). *En busca de Spinoza. Neurobiología de la emoción y los sentimientos*. Barcelona, España: Crítica
- De Lauretis, T. (1989). *Technologies of Gender. Essays on theory, film and fiction*, Londres, Inglaterra: Macmillan Press.
- Diken, B. y Lausfsen, C. (2005). Sea, sun, sex and the discontents of pleasure. *Tourist Studies*, 4(2), 99-114.
- Elias, N. (2012). *El proceso de la civilización*. México: FCE.
- Elizarrarás, E. (2014). *Conceptualización semántica de conceptos vinculados al erotismo*. Tesis de licenciatura. UNAM.
- Elliot, A. (2009). Sexualidades: teoría social y la crisis de identidad. En *Sociológica*. XXIV(69), 185-212.
- Ema, J. (2004). Del sujeto a la agencia (a través de lo político). *Athenea Digital*, 6, 1-24.
- Entwistle, J. (2002). *El cuerpo y la moda*. Barcelona, España: Paidós.
- Foucault, M. (1988). El sujeto y el poder. *Revista mexicana de sociología*. 50(3), 3-20.
- Foucault, M. (1989). *El poder: cuatro conferencias*. México: UAM.
- Foucault, M. (2005). *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad del saber*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2005a). *Historia de la sexualidad. 2. El uso de los placeres*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2005b). *Historia de la sexualidad. 3. La inquietud de sí*. México: Siglo XXI.
- Frith, H. (2000). Focusing on Sex: Using Focus Groups in Sex Research. *Sexualities*. 3(3), 275-297.
- Freud, S. (2012). *El porvenir de una ilusión y El malestar en la cultura*. México: Grupo Editorial Tomo.
- García, A. (2013). Una lectura del amor desde la sociología: algunas dimensiones de análisis social. *Sociológica*, 29(80), 155-188.
- García, A. (2013a). *Giddens y Luhmann: ¿opuestos o complementarios? La acción en la teoría sociológica*. México: UAM-Azcapotzalco.
- García, A. y Cedillo, P. (2011). Tras los pasos del amor: un recuento desde las ciencias sociales. *Estudios sociológicos*, XXIX(86), 551-602.
- García, A., Sabido, O. y Cedillo, P. (2011). *Consideraciones metodológicas para la selección de artículos referidos al tema del cuerpo y el amor de 1989 a 2008*. Reporte de investigación. UAM-Azcapotzalco.
- García, F. (1994). El cuerpo como base del sentido de la acción. *Revista española de investigaciones sociológicas*, 68, 41-83.
- García, R. (2013). Abuso sexual en la niñez. *Boletín científico Sapiens Research*, 3(2), 13-17.

- García, R. (2015). Placer y orgasmo en mujeres jóvenes: construcción de sus significados. México: UPN.
- Gerhard, J. (2001). De vuelta a “El mito del orgasmo vaginal”: el orgasmo femenino en el pensamiento sexual estadounidense y el feminismo de la segunda ola. *Debate feminista*, 12(23), 220-253.
- Giddens, A. (1994). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Hird, M. J. (2002). Out/Performing Our Selves: Invitation for Dialogue. *Sexualities*, 5(3), 337-356.
- INEGI (2011). *Encuesta nacional de juventud 2010. Resultados generales*. México: SEP/IMJUVE.
- Jones, D. (2010). *Sexualidades adolescentes. Amor, placer y control en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires, Argentina. CLACSO-Ediciones Ciccus.
- Kinsey, A., Pomeroy, W. y Martin, C. (1948). *Sexual Behavior in the Human Male*. Indiana, EUA: Indiana University Press.
- Koedt, Anne (2001). El mito del orgasmo vaginal. *Debate feminista*, 12(23), 254-263.
- Lamas, M. (comp.) (1996). Usos, dificultades y posibilidades de la categoría “género”, 327-366. *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México: UNAM-Porrúa.
- Lamas, M. (2000). Diferencias de sexo, género y diferencia sexual. *Cuicuilco*, 7(18), 1-24.
- Lamas, M. (2016). Género, 155-170. En Moreno, H. y Alcántara, E. (coords.), *Conceptos clave en los estudios de género*. México: PUEG-UNAM.
- Lambevski, A. (2005). Bodies, Schizo Vibes and Hallucinatory Desires-Sexualities in Movement. *Sexualities*, 8, 570-586.
- Laqueur, T. (1990). “Amor Veneris, vel Dulcedo appeletur”, 91-131. En Feher, M., Nadaff, R. y Tazi, N. (eds). *Fragments for a story of the Human Body. Part Three*. Nueva York, EUA: Zone.
- Laqueur, T. (1994). *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Madrid, España: Cátedra/Universidad de Valencia/Instituto de la Mujer.
- Lehrman, N. (1976). *Las técnicas sexuales de Masters y Johnson*. Argentina: Granica.
- Lonzi, C. (1981). *Escupamos sobre Hegel. La mujer clitorica y la mujer vaginal*. Barcelona, España: Anagrama.
- Maines, R. (2001). La tecnología del orgasmo. *Debate feminista*, 12(23), 166-219.
- Margolis, J. (2004). *Historia íntima del orgasmo*. Argentina: Emecé
- Marsal, J. (1976). La sociología de Freud. *Papers: Revista de Sociología*, 6, 95-121.
- Martínez, C. (2002). Introducción al trabajo cualitativo de investigación, 33-56. En Szasz, I. y Lerner, S. (comps.). *Para comprender la subjetividad. Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*. México: Colmex.

- Matthews-Grieco, S. (2005). Cuerpo y sexualidad en la Europa del Antiguo Régimen, 167-228. En Corbi, A. et al. *Historia del cuerpo. Vol. 1. Del nacimiento al siglo de las luces*. Madrid, España: Taurus.
- Minelo, N. (2005). De las sexualidades. Un intento de mirada sociológica, 35-47. En Szasz, I. y Lerner, S. (comps.), *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*. México: Colmex.
- Mondimore, F. (1998). *Una historia natural de la homosexualidad*. Barcelona, España: Paidós.
- Nieto, J. (1998). *Transexualidad, transgenerismo y cultura. Antropología, identidad y género*. Madrid, España: Talasa Eds.
- Oerton, S. y Phoenix, J. (2001). Sex/Bodywork: Discourses and Practices. *Sexualities*, 4(4), 387-412.
- Organización Mundial de la Salud (1995). *Clasificación Internacional de Enfermedades 10ª versión. Trastornos mentales y del comportamiento*. Madrid, España: Meditor.
- Pelayo, Á. y Moro, Ó. (1989). *Michel Foucault y el problema del género*. Alicante, España: Espagracic. Doxa 26. Cuadernos de filosofía del derecho.
- Pérez, S. (2012). La crítica metódica de Michel Foucault. En De la Garza, E. y Leyva, G. (eds.) *Tratado de metodología de las ciencias sociales: perspectivas actuales*. México: UAM/FCE.
- Plástica. Imagen & Juventud (s/f). Cirugía genital femenina. Avanza la cirugía genital femenina en Colombia Recuperado de www.plasticacolombia.com/noticias/avanza+cirugia+genital+femenina+colombia.php el 12 de junio de 2017.
- Priani, E. (1998). *El libro del placer*. Tesis de doctorado. UNAM.
- Rodríguez, M. (1999). *Foucault y la genealogía de los sexos*. México: Anthropos/ UAM Iztapalapa.
- Roudinesco, E. (2006). *La familia en desorden*. México: FCE.
- Rubin, G. (1989). *Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad* Recuperado de www.cholonautas.edu.pe el 7 de enero de 2014.
- Sabido, O. (2013). Los retos del cuerpo en la investigación sociológica. Una reflexión teórico-metodológica, 19-54. En M. Á. Aguilar y P. Soto (coords.), *Cuerpos, espacios y emociones. Aproximaciones desde las ciencias sociales*, México: UAM Iztapalapa/Porrúa Ediciones.
- Sabido, O. y García, A. (2015). El amor como vínculo social: con Elias y más allá de Elias. *Sociológica*, 30(86), 31-63.
- Salinas, L. (1994). La construcción social del cuerpo. *Revista española de investigaciones sociológicas*, (68), 85-96
- Schauffer, M. (2013). Erotismo y sexualidad: Eros o ars erótica. Foucault frente a Marcuse y Freud. *De prácticas y discursos. Cuadernos de ciencias sociales*, 2(2), 2-18.

- Scribano, A. y Vergara, G. (2009). Feos, sucios y malos: la regulación de los cuerpos y las emociones en Norbert Elias. *Caderno CRH*, 22(56), 411-422.
- Singer, H. (1997). *La nueva terapia sexual*. Tomo 1. México: Alianza Editorial.
- Singer, H. (1997a). *La nueva terapia sexual*. Tomo 2. México: Alianza Editorial.
- Sistema de Información de Desarrollo Social de la Ciudad de México, Recuperado de <http://www.sideso.df.gob.mx/index.php?id=551>.
- Slaikeu, K. (2000). *Intervención en crisis. Manual para práctica e intervención*. México: El manual moderno.
- Sosa, I. (2005). *Significados de la salud y la sexualidad de jóvenes. Un estudio de caso en escuelas públicas de Cuernavaca*. México: Inmujeres.
- Sosa, I., Lerner, S. y Erviti, J. (2014). Civilidad menstrual y género en mujeres mexicanas: un caso de estudio en el estado de Morelos. *Estudios sociológicos*, XXXII(95), 355-383.
- Stewart, F. J. (1999). Femininities in Flux? Young Women, Heterosexuality and (Safe) Sex. *Sexualities*. 2(3), 275-290.
- Szasz, I. (2005). Primeros acercamientos al estudio de las dimensiones sociales y culturales de la sexualidad en México, 11-34. En Szasz, I. y Lerner, S. (comps.). *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*. México: Colmex.
- Szasz, I. y Lerner, S. (comps.) (2002). *Para comprender la subjetividad. Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*. México: Colmex.
- Szasz, I. y Lerner, S. (comps.) (2005). *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*. México: Colmex.
- Taylor, S. y Bogdan, R. (1987). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación: La búsqueda de significados*. Barcelona, España: Paidós.
- Tinat, K. (2016). Diferencia sexual, 51-62. En Moreno, H. y Alcántara, E. (coords.), *Conceptos clave en los estudios de género*. México: PUEG-UNAM.
- Tordjman, G. (1977). *La frigidez femenina y como tratarla*. Barcelona, España: Gedisa.
- Turner, B. (1994). Los avances recientes en la teoría del cuerpo, 11-39. *Revista española de investigaciones sociológicas*, (68).
- Urteaga, E. (2013). El pensamiento de Norbert Elias: proceso de civilización y configuración social. *Barataria. Revista Castellano-Manchega de Ciencias Sociales*, (16), 15-31.
- Vance, C. (1989). *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*. Madrid, España: Talasa Eds.
- Vendrel, J. (2004). El debate esencialismo-constructivismo en la cuestión sexual, 35-64. En Careaga, G. y Cruz, S. (coords.), *Sexualidades diversas*. México: Cámara de Diputados/PUEG-UNAM/Miguel Ángel Porrúa.

- Vendrel, J. (2004a). La centralidad de la sexualidad en la era moderna, 65-93. En Careaga, G. y Cruz, S. (coords.), *Sexualidades diversas*. México: Cámara de Diputados/PUEG-UNAM/Miguel Ángel Porrúa.
- Weeks, J. (1994). La sexualidad e historia: reconsideración, en Pérez, J. (coord.), *Antología de la sexualidad humana. Tomo I*. México: Porrúa-Conapo. pp. 179-201.
- Weeks, J. (1998). *Sexualidad*. México: PUEG-UNAM/Paidós.
- Weeks, J. (2005). La construcción de las identidades genéricas y sexuales. La naturaleza problemática de las identidades, 199-222. En Szasz, I. y Lerner, S. (comps.). *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*. México: Colmex.
- Weeks, J. (2005a). La construcción cultural de las sexualidades. ¿Qué queremos decir cuando hablamos de cuerpo y sexualidad?, 175-198. En Szasz, I. y Lerner, S. (comps.). *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*. México: Colmex.
- Weeks, J. (2012). *Lenguajes de la sexualidad*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.
- Yamuni, V. (1985). El ser y el valer de la mujer comparados con el ser y el valer del hombre. En Hierro, G. (coord.). *La naturaleza femenina*. México: UNAM.
- Zabludovsky, G. (1999). Por una psicología sociohistórica: Norbert Elias y las críticas a las teorías de la racionalidad y la acción social, 151-179. *Sociológica*, 14(40).

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

Leticia Ramírez Amaya *Secretaría de Educación Pública*
Francisco Luciano Concheiro Bórquez *Subsecretaría de Educación Superior*

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL

Rosa María Torres Hernández *Rectoría*
María Guadalupe Olivier Téllez *Secretaría Académica*
Arturo Latabán López *Secretaría Administrativa*
Pilar Moreno Jiménez *Dirección de Biblioteca y Apoyo Académico*
Cristina Leticia Barragán Gutiérrez *Dirección de Difusión y Extensión Universitaria*
Benjamín Díaz Salazar *Dirección de Planeación*
Maricruz Guzmán Chiñas *Dirección de Unidades UPN*
Yiseth Osorio Osorio *Dirección de Servicios Jurídicos*
Silvia Adriana Tapia Covarrubias *Dirección de Comunicación Social*

COORDINACIONES DE ÁREA

Tomás Román Brito *Política Educativa, Procesos Institucionales y Gestión*
Jorge García Villanueva *Diversidad e Interculturalidad*
Gerardo Ortiz Moncada *Aprendizaje y Enseñanza en Ciencias, Humanidades y Artes*
Ruth Angélica Briones Fragoso *Tecnologías de la Información y Modelos Alternativos*
Eva Francisca Rautenberg Petersen *Teoría Pedagógica y Formación Docente*
Rosalía Menéndez Martínez *Posgrado*
Rosa María Castillo del Carmen *Centro de Enseñanza y Aprendizaje de Lenguas*
Patricia Adriana Amador Islas *Unidad de Igualdad de Género e Inclusión*

COMITÉ EDITORIAL UPN

Rosa María Torres Hernández *Presidencia*
María Guadalupe Olivier Téllez *Secretaría Ejecutiva*
Cristina Leticia Barragán Gutiérrez *Coordinación Técnica*

Vocales Académicas

Esperanza Terrón Amigón
Laura Magaña Pastrana
Alma Eréndira Ochoa Colunga
Mariana Martínez Aréchiga
Rita Dromundo Amores
Maricruz Guzmán Chiñas

Mildred Abigail López Palacios *Titular del Área de Fomento Editorial*
Manuel Ricardo Hinojosa Hinojosa *Edición*
Angélica Fabiola Franco González *Formación*
Jesica Gabriela Coronado Zarco *Diseño de portada*

Esta primera edición de *La experiencia del placer sexual en mujeres jóvenes: discursos, prácticas y agencia* estuvo a cargo del Área de Fomento Editorial de la Dirección de Difusión y Extensión Universitaria de la Universidad Pedagógica Nacional y se publicó en agosto de 2023.